JOÃO GUIMARÃES ROSA

PRIMERAS HISTORIAS

SEIX BARRAL BIBLIOTECA FORMENTOR

Título de la obra original:
PRIMEIRAS ESTORIAS

Traducción de Virginia Fagnani Wey

Primera edición española
(Primer a cuarto millar), 1969

© de la edición original: Vilma Guimarães Rosa

© de los derechos en lengua castellana y de la traducción española:

Editorial Seix Barral, S. A. - Barcelona, 1968

Depósito Legal: B. 45335 - 1968 Printed in Spain

PRÓLOGO

Aunque Brasil ocupa prácticamente la mitad de América Latina, la literatura brasileña es casi desconocida en el resto del continente de habla española. La aparente semejanza de las lenguas, cuyo tronco común es indiscutible, enmascara una dificultad de lectura que acaba por desanimar a los hispanohablantes. En esto, los brasileños demuestran más imaginación. No es extraño ver libros en español en las mejores bibliotecas particulares del Brasil. En cambio, es casi una señal de esnobismo encontrar un libro en portugués en la biblioteca de un escritor hispanoamericano, a no ser que se trate de un lusitanista.

Pasa aquí algo similar a lo que también revela un análisis profundo de la geografía cultural de América del Sur; aunque unido por los fondos a casi todos los países de habla española (sólo con Chile y Ecuador, no tiene fronteras), el Brasil les da la espalda. En vez de estar enlazados por los grandes ríos, por la selva infinita, por esa tierra de nadie que es el corazón compartido de todo el continente verde, ambos grupos vecinos se desconocen y miran obsesivamente a las metrópolis culturales del hemisferio norte.

Por eso mismo, no es extraño que el descubrimiento de la obra impar de João Guimarães Rosa no haya sido realizado en las grandes editoriales de la América española sino en la España misma. A la publicación de *Grande Sertão: Veredas* en 1967, en la magnífica traducción de Ángel Crespo, sucede ahora la de *Primeiras Estorias*, libro que por su brevedad densa, por

su poesía, constituye la mejor introducción al universo complejo del autor mineiro.

La frontera y las fronteras

Mi acceso al mundo de Guimarães Rosa fue este mismo libro, en su edición brasileña de 1962. Dos grandes amigos, Walter y Virginia Wey, me facilitaron en Montevideo un ejemplar de la edición que acababa de publicarse en Río de Janeiro. Ya entonces, Virginia estaba en contacto con don João para iniciar los trabajos de traducción con el resultado que el lector tiene ahora a la vista. Apenas empecé a leer estos cuentos (conocía alguno de revistas), me fui sintiendo atrapado por la peculiar atmósfera que creaba el escritor, por la intensidad de sus imágenes, por el sabor único de sus palabras.

Si es fácil no conocer a Guimarães Rosa, y son tantos los que lo ignoran dentro y fuera del Brasil, es muy difícil no convertirse en adicto si uno ha empezado a vislumbrar, así sea muy exteriormente, ese mundo mágico que sus libros han creado. Es como Kafka o como Borges: apenas una frase de ellos entra en nuestro sistema circulatorio estamos perdidos. Nada podemos hacer si no es pedir más, buscar más, conseguir más. El primer cuento que yo había leído era nada, o casi nada. Se llama *La tercera margen del río* y cuenta la historia de un hombre que deja a su mujer e hijos y se va a vivir en un bote en el centro del río. Pero esa historia lograba, por los medios más simples e intensos, crear para el lector la imposible promesa de su título: una tercera dimensión de la realidad, la tercera margen, se hacía patente, se convertía en experiencia, se encarnaba en la imaginación. De

golpe, me convertí al culto, entonces casi secreto en la América hispánica, de Guimarães Rosa.

No había leído sino aquel volumen cuando tuve ocasión de pasar una quincena en Río de Janeiro con mi mujer. Hablo del invierno de 1963, estación que en Río se distingue muy poco de un verano uruguayo, húmedo y algo tristón. En casa de Eva Pimentel Brandão, en la hermosa y viva biblioteca de su marido, que ella conserva con la más impecable devoción, encontré el Anuario del Ministerio de Relaciones Exteriores del Brasil que me ofrecía los pocos datos oficiales sobre Guimarães Rosa. Era una biografía de diplomático que estaba reducida a sus servicios en el cuerpo: Nacido en Cordisburgo, Minas Gerais, el 3 de junio de 1908, Guimarães Rosa pertenece a una familia patricia del gran estado brasileño. Se recibe de médico y ejerce en el estado natal; luego, en 1934, entra en la carrera diplomática y asciende a lo largo de tres décadas hasta su puesto de Embajador en Itamaraty, Departamento de Demarcación de Fronteras. Ha prestado servicios de cónsul en Hamburgo, en vísperas de la segunda guerra mundial; ha estado internado en Baden-Baden en plena contienda. A partir de 1942 representa a su patria en la América Latina (secretario de embajada en Bogotá, 1942-1944) y en Europa otra vez (consejero en París, 1948-1951). En el Anuario no hay una sola palabra sobre su carrera literaria. Ésa pertenece no al Embajador sino al otro.

El que me interesaba era el escritor pero estaba dispuesto a correr el riesgo de tropezarme sólo con el Embajador cuando conseguí que Afrânio Coutinho, gran historiador de las letras brasileñas y amigo, me llevara hasta el Palacio de Itamaraty una tarde de esas cariocas en que la ciudad arde a fuego lento. Coutinho hace las presentaciones y se excusa. Es un hombre ocupado en mil cosas y, además, prefiere de-

jarme a solas con Guimarães Rosa. Yo me siento perdido pero me aguanto a pie firme. Si la oficina no puede ser más burocrática, el hombre alto y corpulento, pero no grueso, de pelo gris cortado muy corto, de lentes y sonrisa afable, gestos precisos y nítidos, me tranquiliza. Su figura se recorta contra un fondo de viejos mapas, de fotografías amarilladas por el tiempo, de gráficas persistentes y tal vez inútiles. En medio de esa erosión, el hombre está vivo. Guimarães Rosa tiene del diplomático sólo la apostura exterior, la exquisita cortesía, una sobreentendida reserva. Apenas empieza a hablar, modulando con precisión cada sílaba con una voz suave pero firme, apenas subraya ciertas palabras con un súbito estallido de los ojos, apenas apoya un poco el pedal de la intención para circundar de color un significado, descubro que estoy frente al narrador. La voz que suena acariciando cada una de las sílabas es la voz que se escucha, apenas audible, en las páginas de *Primeras Historias*.

Guimarães Rosa no pierde el tiempo en vaguedades: habla de su arte y de su oficio. Escribe mucho, me cuenta; luego deja descansar lo escrito y vuelve más tarde a revisar, haciendo muchas correcciones, cortando sin piedad. Ese primer trazo copioso de su escritura tiene como propósito *ocupar el territorio*, marcar los límites entre los que se va a mover el cuento o la novela corta o la narración más extensa. Mientras lo escucho hablar con precisión y sin prisa pienso que esa tarea es, también, un servicio de demarcación de fronteras, como el que ahora tiene a su cargo el Embajador. Al corregir, al rechazar, al omitir, Guimarães Rosa sufre las furias y las penas de todo creador apasionado con lo que ha escrito. Para engañar al subconsciente (confiesa) suele decirse que ese material rechazado no va a morir al cesto de pape-

les. Al contrario, lo copia cuidadosamente en un cuaderno especial que titula *Rejecta:* así lo destina a posteriores y tal vez inexistentes obras. De ese modo, el subconsciente calla y acepta.

Cuando reedita un libro, vuelve sobre cada palabra, cada coma, cada ritmo. Una de sus colecciones de cuentos, la primera y que se titula *Sagarana* (1946), ha sido retocada infinitamente. A cada nueva tirada, Guimarães Rosa decidía poner otra vez todo el libro en el taller. Hasta que un día se dio cuenta de que si no paraba y decidía que lo escrito, escrito está, se iba a pasar la vida corrigiendo el mismo libro. Ahora piensa (con una casi imperceptible nostalgia flaubertiana) que debía tomar uno de sus cuentos, uno cualquiera, y seguirlo corrigiendo hasta el fin de sus días, como modelo y ejemplo.

Pero tiene que seguir escribiendo. Para su edad, Guimarães Rosa ha publicado relativamente poco: los cuentos ya mencionados de *Sagarana,* su primer libro; dos tomos de novelas breves que recogió bajo el título de *Corpo de baile,* en 1956, y que ahora se han desdoblado en tres; la narración larga que le ha valido fama internacional, *Grande Sertão: Veredas,* de 1956 también; y el tomo de *Primeiras Estorias,* 1962. Posteriormente al encuentro que evoco ahora, publicó otro volumen de cuentos, *Tutaméia* (1967), que subtituló con cierta intención, *Terceiras Estorias.* Las *Segundas Estorias* están todavía inéditas en libro.

En el taller del filósofo

Cuando lo visité en 13 de julio de 1963 era imposible encontrar en Río un ejemplar de sus primeros tres títulos. Un librero, especialista en literatura brasileña y también editor (Carlos Ribeiro, de la Livra-

ria São José) me dice que tiene más de cien ejemplares pedidos de *Grande Sertão: Veredas*. El mismo Guimarães Rosa se excusa por no poder conseguirse uno y me cuenta que para poder enviar la novela a los editores europeos que se interesaban en leerla, debió saquear las bibliotecas de los amigos. Para documentar mejor estos problemas, se refiere a las traducciones en curso, a las cartas de Alfred A. Knopf (su editor norteamericano y amigo personal), a las cartas de editores alemanes, a las Editions du Seuil, en París, que le escriben misivas de exquisita cortesía francesa: allí lo saludan como maestro y señalan con aplauso la condición irracional de sus cuentos y la naturaleza casi mítica de su imaginación. Felizmente, en 1966 se han reeditado en portugués todos sus libros y ahora en Brasil su nombre es algo más que un nombre.

Guimarães Rosa se ha levantado para mostrarme la carpeta en que guarda las cartas de sus editores extranjeros y ese gesto (que podría revelar una vanidad superficial, casi infantil) está desmentido por la presencia de gran señor con que se mueve, por la delicada ironía que asoma a sus ojos y a esa semi-sonrisa que hay siempre en sus labios. Es una ironía que se vuelca impecablemente sobre sí mismo. Pienso en Cervantes y en ese encuentro crepuscular del autor del *Quijote* con un admirador que se conmueve tanto al conocerlo; recuerdo las páginas en que él mismo cuenta (en el prólogo del *Persiles*) ese encuentro; evoco la doble o triple instancia de esa vanidad irónica.

También en la gran novela del autor brasileño encontraré más tarde rastros de la misma ironía; también en ella se reconoce la gran tradición (cómica, paródica, pero asimismo épica) del *Quijote*. Guimarães Rosa me muestra la carpeta con las cartas y sigue hablando de sus libros. Habla con cariño pero es un cariño atemperado por los buenos modales y una con-

vicción, muy honda, de que el verdadero goce de crear no está jamás en el aplauso recibido sino en la acción misma de crear. Por eso sigue contándome cosas. Cuando planea un relato o una novela, empieza siempre por el marco, el paisaje, que invariablemente es el de su Minas natal. Luego trabaja el argumento que le permitirá revelar aspectos psicológicos o morales de sus personajes. Todo eso es, para él, sólo un aspecto, una parte de la creación, ya que en el centro de sus narraciones busca siempre expresar algo ético, algo trascendente. Esta preocupación lo hace calificarse de filósofo, con sobreentendidos similares a los de Azorín.

«Tengo horror a lo efímero», me dice. Siempre pienso en libros. El volumen de *Primeras Historias* surgió de la invitación de un periódico de Río de Janeiro. Se comprometió a escribir una serie de cuentos. Pero antes de entregar el primero, debió pensar mucho, esbozar unos cuantos, tener por lo menos tres ya escritos y furiosamente revisados, para estar seguro (desde el comienzo) sobre cuál sería la visión general del libro en que irían a parar esas historias de seres soñadores, seres débiles, de temibles bandoleros, de mujeres trágicas, de sucesos extraños como fábulas, mágicos como la misma leyenda del interior del Brasil.

Escribiendo y corrigiendo, descubre a veces un error y en vez de retocarlo, resuelve aprovecharlo. Así, por ejemplo, en *Grande Sertão: Veredas* hay una piedra preciosa que cambia varias veces de nombre: la primera vez se habla de un *topacio*, luego se convierte en *zafiro*, casi de inmediato pierde el nombre preciso y es sólo una piedra valiosa, pero antes de concluir la narración será una *amatista*. Releer todo el libro (594 páginas en la edición brasileña) para uniformar el nombre de la piedra, le pareció tarea estéril. Prefirió agregar unas líneas cerca del final en que las mismas dudas y contradicciones sobre el cambio de

nombre sirvieran para acentuar el carácter ambiguo del relato entero. Al fin y al cabo, esa piedra preciosa que el protagonista se siente tentado a regalar a la mujer que ama pero que quisiera regalar a un compañero, al que también ama, es símbolo de un corazón dividido. «Hay que trabajar a favor de las limitaciones», me dice Guimarães Rosa con una sonrisa en que se refleja su sentido irónico, complejo, de la vida.

Es tarde cuando salgo de su oficina ese día de julio de 1963. El Palacio de Itamaraty, sus paredes rosadas o blancas, se perfilan como un decorado italiano contra el violento azul del cielo carioca, contra los morros violáceos que cubren como lujoso fondo el panorama algo teatral. En las calles hay gente que se dirige presurosa a las paradas de los omnibuses y trollebuses: son cientos, marchan en hileras, hacen cola con fatigada paciencia. Hay un calor húmedo de verano en el pleno invierno del Hemisferio Sur. En la oficina de Demarcación de Fronteras queda un señor alto, de lentes, impecablemente vestido con un traje azul piedra que tiene una tenue rayita blanca, de corbata de moña y aire fresco y reposado. En la oficina no hace calor, nada se agita, todo está en su sitio. Pero esa calma, esa serenidad estudiada que difunde Guimarães Rosa no es sino la máscara urbana de su creación profunda. En sus libros, en la violencia y frenesí de sus libros, se encuentra la misma vitalidad, el mismo calor apasionado, la misma fuerza oscura de esta muchedumbre que se ordena presurosa hacia su destino. Pienso que en la serena dimensón de su arte, Guimarães Rosa también expresa el mismo espíritu vital.

Este encuentro no hizo sino exacerbar mi apetito. Volví a Montevideo, cargoseé a los Wey hasta que se desprendieron del único, del valiosísimo ejemplar de *Grande Sertão: Veredas* que poseían. Me lo llevé a casa como se lleva un venado el cazador. Los críticos somos insaciables y ese enorme libro me prometía alimento para muchos días y muchas noches. Apenas lo abrí, descubrí por qué Guimarães Rosa era (a pesar de su fama en el Brasil y en algunos países de Europa) un autor todavía secreto. Leí y volví a leer, y releí, las tres o cuatro primeras páginas de la novela. No diré que no entendí nada porque sería exagerar un poco. No en balde había vivido muchos de mis mejores años de infancia y adolescencia en Río de Janeiro, había estudiado y me había empapado del portugués que se habla allí, ese sabroso «brasileiro». Pero lo que yo había aprendido, y que me permitía circular sin lágrimas por la literatura brasileña o portuguesa, parecía nada frente a esas primeras formidables páginas de *Grande Sertão: Veredas*. Porque Guimarães Rosa (como Joyce, como Valle Inclán, como Miguel Ángel Asturias en algunas de sus obras) no sólo usaba la lengua común; también abusaba de ella. Cada palabra, casi cada sílaba, de la novela había sido sometida a un proceso creador que obligaba al lector a progresar, si progreso había, a paso de caracol.

Tardé un poco en sobreponerme a la humillación de creer que había perdido del todo una de las lenguas de mi infancia. Me animé a hablar con Virginia y con Walter que me tranquilizaron: Guimarães Rosa es difícil también para el lector brasileño. Volví al libro, volví a sus páginas, seguí leyendo y vislumbrando cosas, adivinando otras, completándolo en mi ima-

ginación. Hasta que un día (como pasa con una lengua que estamos empezando a dominar) descubrí que todo era más claro; hasta que un día me encontré leyendo el «brasileiro» de Guimarães Rosa, esa habla suya que él supo crearse dentro de la rica lengua general del Brasil.

Casi insensiblemente, habían pasado algunos años; me había vuelto a encontrar con Guimarães Rosa en Europa y en los Estados Unidos, arrastrados los dos hacia congresos literarios, pasando cerca como trenes que coinciden en alguna estación aunque corran hacia distintos destinos. En esos encuentros, trataba siempre (lo que no era fácil) de hacerle hablar de su obra y de su oficio. Una vez en el salón ducal de la municipalidad de Génova (era en enero 1965), sentado en esos grandes sillones incómodos mientras el alcalde se felicitaba en voz alta de ver a tantos latinoamericanos reunidos en la patria de Colón (si Colón era realmente genovés), Guimarães Rosa me habló de Joyce y de su influencia sobre su obra. Reconoció entonces que tanto *Ulysses* como *Finnegans Wake* habían sido un modelo, un paradigma, a los que él quiso acercarse. Con respecto a William Faulkner, con el que se suele compararsele, me manifestó una aversión muy clara: rechaza su visión del mundo, su crueldad algo sádica. Guimarães Rosa cree en lo sobrenatural pero cree en un misterio menos doloroso. Su espíritu religioso no espera sólo las sombras del más allá. Reconoce, en cambio, su predilección por el Sartre de los relatos de *Le Mur*, que leyó con deslumbramiento. Le insinuó que a través de Sartre recogió sin duda cosas que el narrador francés había extraído antes de Faulkner, y acepta.

Otra vez (es junio 1966 y estamos en Nueva York) le pido que me hable de Clarice Lispector, la gran narradora del Novo Romance Brasileiro. Me contestó

muy abiertamente que cada vez que leía una de sus novelas aprendía nuevas palabras o redescubría el uso de las que ya conocía. Pero al mismo tiempo reconoció que no era muy receptivo a ese estilo incantatorio de la novelista brasileña. Le parecía ajeno a él. En la misma ocasión hablamos de las traducciones de sus propios libros. Según me cuenta, sólo la reciente traducción de *Corpo de baile* al alemán, o la anterior de *Grande Sertão: Veredas,* realizan la tarea casi imposible de ser a la vez fieles al original y legibles en la lengua a que se traduce. Las versiones francesas racionalizan demasiado, según él, las complejidades de la dicción original. La norteamericana (realizada con enorme cuidado por James L. Taylor y Harriett de Onis) se lee mucho más fácilmente que el original, le digo, y esto mismo sólo puede ser considerado un elogio equívoco. En cuanto a las versiones al español, Guimarães Rosa se declara maravillado con la que ha hecho Ángel Crespo de su única novela («Debí haberla escrito en español», me dice; «es una lengua más fuerte, más adecuada para el tema») y ha aprobado con entusiasmo que comparto la de sus *Primeras Historias* hecha por Virginia Fagnani Wey. Pero aún las más fieles versiones resultan incapaces de dar en toda su riqueza esa textura a la vez sutilísima y brusca que es la marca de fábrica de su estilo. Traducir a Guimarães Rosa es como traducir a Joyce: el suyo es también un mundo estrictamente verbal.

El pormenor de la ausencia

Todos estos encuentros con Guimarães Rosa se realizaban bajo el signo de un corazón fatigado. Aunque me había dicho una vez que estaba enfermo, que no podía realizar ningún esfuerzo, que temía un segundo

infarto, yo lo veía tan sólido y claro, tan entero y lúcido, tan cordial, que su aprensión se me hacía fábula, un poco de coquetería, un temor excesivo. Olvidaba que había sido médico durante tantos años en su Minas natal. Pero él sabía más. El mismo año en que lo visité en Río por primera vez, había sido elegido para ocupar el sillón núm. 2 de la Academia Brasileira de Letras. Una oscura superstición, un presentimiento, le habían forzado a dilatar año tras año el ingreso. Hasta que un buen día se decidió a fijar la fecha del jueves 16 de noviembre de 1967, día en que su predecesor en el sillón, João Neves da Fontoura, hubiera cumplido ochenta años de haber seguido viviendo. Cuentan los amigos que Guimarães Rosa se había preparado para esta ceremonia con la minuciosidad que caracterizó siempre cada uno de sus actos. Dos días antes de la recepción solemne, había ido a la Academia a estudiar bien el terreno, y a averiguar hasta el último detalle de la ceremonia. Incluso había prevenido a un par de amigos que si durante el largo discurso (una hora y quince minutos) sentía flaquear el corazón, haría una discreta señal con la mano para prevenirlos. Pero la ceremonia se realizó con toda felicidad y pompa. El corazón resistió el duro trance, la emoción de los aplausos, la corriente cálida de la amistad. Tres días más tarde, el domingo 19, se quedó solo en su casa mientras su mujer iba a misa con una nietecita. Estaba en su escritorio y se entretuvo en hablar por teléfono con algunos amigos. Al término de esas conversaciones se sintió mal y llamó por teléfono a una antigua secretaria. Mientras le contaba que temía una crisis asmática y pedía socorro, se quedó callado. Cuando llegó su mujer ya estaba muerto.

En el discurso que había pronunciado tres días antes en la Academia, hay unas palabras que sin duda escribió pensando en su predecesor pero que también

debió haber secretamente referido a sí mismo: «De repente, murió: que es cuando el hombre llega entero, pronto de sus propias profundidades. Se pasó para el lado claro. (...) La gente muere para probar que vivió. (...) Pero ¿qué es el pormenor de ausencia? Las personas no mueren. Quedan encantadas.» Un hombre como él, podría agregarse, está para siempre encantado en las páginas perdurables de sus libros.

EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL

París, noviembre de 1967.

1

LAS MÁRGENES DE LA ALEGRÍA

I

Este es el cuento. Iba un niño con sus Tíos, a pasar días en el lugar donde se construía la gran ciudad. Era un viaje inventado en lo feliz; para él se producía como cosa de sueño. Salían todavía a oscuras, el aire fino de olores desconocidos. La Madre y el Padre venían a llevarlo al aeropuerto. La Tía y el Tío se encargaban de él, todo justito. El avión era de la Compañía, especial de cuatro asientos. Le contestaban todas las preguntas, hasta el piloto conversó con él. El vuelo iba a ser de poco más de dos horas. El niño vibraba en el ánimo, alegre hasta reír para sí mismo confortadito, con un aire de hoja que cae. La vida, a veces, podía rayar en una verdad extraordinaria. Aun abrocharle el cinturón de seguridad se tornaba fuerte caricia, de protección, y luego un nuevo sentido de esperanza: hacia lo no sabido, lo más. Así un crecer y descontenerse —cierto como el acto de respirar— o el de huir hacia el espacio en blanco. El Niño.

Y las cosas venían de repente dulcemente, siguiendo armonía previa, bienhechora, en movimientos concordantes: las satisfacciones antes de la conciencia de las necesidades. Le daban caramelos, chicles, a elección. Solícito, por bien humorado, el Tío le enseñaba cómo reclinar el asiento —bastaba que uno apretase la palanca. Su lugar era el de la ventanilla, hacia el móvil mundo. Le entregaban revistas, para hojear, las que quisiese, hasta un mapa, donde le mostraban los puntos en que ora y ora se estaba, por encima de dónde.

El Niño las dejaba, harto, sobre las rodillas y espiaba: las nubes de amontonada amabilidad, el azul de sólo aire, aquella claridad a sus anchas, el suelo llano en visión cartográfica, repartido en plantaciones y campos, el verde que se iba hacia amarillos y rojos, y a pardo, y a verde; y, más allá, baja, la montaña. Si hombres, niños, caballos y bueyes: ¿así insectos? Volaban supremamente. El Niño, ahora, vivía; su alegría despidiendo todos los rayos. Sentábase, entero, dentro del blando rumor del avión: el buen juguete trabajoso. Aún no había notado que, de verdad, tenía ganas de comer, cuando la Tía ya le ofrecía sandwiches. Y le prometía el Tío las muchas cosas con que iba a jugar y ver, y hacer, y pasear, apenas llegasen. El Niño tenía todo de una vez, y nada, ante la mente. La luz y la larga-larga-larga nube. Llegaban.

II

Mientras mal vacilaba la mañana. La gran ciudad apenas empezaba a hacerse, en un semiyermo, en el altiplano: la mágica monotonía, los diluidos aires. El campo de aterrizaje estaba a corta distancia de la casa: de madera, sobre estacas, casi penetrando en el monte. El Niño veía, vislumbraba. Respiraba mucho. Quería poder ver aún más vívido —las nuevas tantas cosas— lo que para sus ojos se pronunciaba. La vivienda era pequeña, en seguida se pasaba a la cocina, y a lo que no era bien el patio, sino un breve claro, de árboles que no pueden adentrarse en la casa. Altas, lianas y orquídeas amarillitas de ellos se cuelgan. De allí ¿podrían salir indios, el jaguar, león, lobos, cazadores? Sólo sonidos. Uno —y otros pájaros— con largos cantos. Eso fue lo que abrió su corazón. ¿Aquellos pajaritos tomaban aguardiente?

¡Señor! Cuando avistó el pavo en el centro del terreno, entre la casa y los árboles del monte. El pavo, imperial, le volvía la espalda para recibir su admiración. Hizo estallar la cola y se infló, haciéndose rueda: el raspar de las alas en el suelo —brusco, rígido—, se proclamó. Glugluteó agitando el abotonado grueso de las rojas carúnculas; la cabeza poseía matices de un azul-claro, raro, de cielo y tángaras; y él, completo, torneado, redondón, todo en esferas y planos, con reflejos de verdes metales en azul-y-negro —el pavo para siempre. ¡Bello, bello! Tenía alguna cosa de calor, poder y flor, un desbordamiento. Su rígida grandeza tronante. Su colorida soberbia. Satisfacía los ojos, era de sonar trompetas. Colérico, erizado, andando, glugluteó otro gluglú. El Niño rio, con todo el corazón. Mas sólo entrevió. Ya lo llamaban para el paseo.

III

Iban en *jeep*, iban a donde sería el rancho del Ipé. El Niño en lo íntimo se repetía el nombre de cada cosa. El polvo le da albricias. El malvón del campo, los lentiscos. Los adelfos de pelusa. La culebra verde cruzando la carretera. El árnica; en candelabros pálidos. La aparición angélica de los papagayos. Las pitangas y su gotear. El venado campero: la cola blanca. En pompa, las flores moradas del ñandubay. Lo que el Tío hablaba: que aquello estaba «negro de perdices». La tropilla de sariamas, más allá huyendo en fila indio-trasindio. El par de garzas. Ese paisaje de mucha amplitud que el grande sol alargaba. El *buriti* a orillas del riachuelo, donde, por un momento, se atascaron. Todas las cosas surgidas del opaco. Se sostenía en ellas su incesante alegría, bajo especie soñadora, bebida, en

nuevas creces de amor. Y en su memoria quedaban, en la perfección pura, castillos ya armados. Todo, para a su tiempo ser dado, descubierto, se había hecho primero extraño y desconocido. Él estaba en los aires.

Pensaba en el pavo cuando regresaban. Sólo un poco, para no gastar fuera de hora lo caliente de aquel recuerdo, de lo más importante, que estaba guardado para él, en el terrenito de los árboles bravos. Sólo pudo tenerlo un instante, ligero, grande, moroso. ¿Habría uno, así, en cada casa, y de uno?

Tenían hambre, servida la comida, se tomaba cerveza. El Tío, la Tía, los ingenieros. ¿De la sala, no se escuchaba su gallardo regañar, su glugluteo? Esta gran ciudad iba a ser la más elevada del mundo. Él abría su abanico, soberbio, en estallido, se inflaba... Mal comió de los postres, el dulce de membrillo, de allí mismo, que se cortaba bonito, el perfume en azúcar y carne de flor. Salió, ávido de reverlo.

No vio: inmediatamente. Es el monte que era feo de tan alto. Y —¿dónde? Sólo unas plumas, restos, en el suelo. —«*Pues, se mató. ¿Mañana no es el cumpleaños del doctor?*» Todo perdía la eternidad y la certeza; en un soplo, al instante, se robaban de uno las más bellas cosas. ¿Cómo podían? ¿Por qué tan de repente? Supiese que así iba a acontecer, por lo menos habría mirado más al pavo —aquel. El pavo —su desaparecer en el espacio. Sólo, en el grano nulo de un minuto, el niño recibía en sí un miligramo de muerte. Ya lo buscaban: —«*Vamos a donde la gran ciudad va a ser, el lago...*»

IV

Se encerraba, grave, en un cansancio y en una renuncia a la curiosidad, para no pasear con el pensa-

miento. Iba. Tendría vergüenza de hablar del pavo. Quizá no debiera, quizá no estuviese bien tener por causa de él aquel doler, que, de pena, pone y punge disgusto y desengaño. Mas, que lo matasen, también le parecía oscuramente un error. Se sentía siempre más cansado. Mal podía con lo que ahora le enseñaban, en la circunstristeza: un horizonte, hombres en el trabajo de terraplenaje, los caminos de cascajo, los vagos árboles, un arroyuelo de aguas cenicientas, los adelfos apenas una planta desteñida, el encantamiento muerto y sin pájaros, el aire lleno de polvo. Su fatiga, de impedida emoción, formaba un miedo secreto: descubría lo posible de otras adversidades en el mundo maquinal, en el hostil espacio; y que entre la alegría y la desilusión, en la balanza infidelísima, casi nada media. Bajaba la cabecita.

Allí se fabricaba el gran suelo del aeropuerto —transitaban por la extensión las compresoras, carros, cilindros, el ariete machacando con sus dientes de pilón, las embetunadoras. ¿Y cómo habían cortado allá el monte? —la Tía preguntó. Le mostraron la derribadora que había también: al frente una lámina espesa parecida al rastrillo, a modo de hacha. ¿Quería ver? Se indicó un árbol: sencillo, sin siquiera notable aspecto, a orillas del área del monte. El hombrecito tractorista tenía una colilla en la boca. La cosa se puso en movimiento. Recta, hasta tarda. El árbol, con poco ramaje en lo alto, fresco, de corteza clara... y fue sólo el golpe: *ruh*... en un instante para allá se cayó, todo, todo. Había flameado tan bello. Sin siquiera poderse recibir con los ojos el acierto —el inaudito choque—, el pulso del golpe. El Niño hizo arcadas. Miró al cielo —atónito de azul. Temblaba. El árbol, que había muerto tanto. La limpia esbeltez del tronco y el murmullo inmediato y final de sus ramas —de la parte de nada. Guardó dentro de la piedra.

V

De regreso, no quería salir más al patio; allá estaba una nostalgia abandonada, un incierto remordimiento. Él mismo no lo sabía bien. Su pensamientito estaba todavía en la fase jeroglífica. Pero fue, después de cenar y —la no menos espectacular sorpresa— lo vio, suave inesperado: el pavo, ¡allí estaba! Oh, no. No era el mismo. Más chico, mucho menos. Tenía el coral, la fuerte cola, la barba, el gluglutear, pero faltaba en su emplumada elegancia el aplomo, el englobo, la belleza estirada del primero. Su llegada y presencia, en todo caso, consolaban un poco.

Todo se suavizaba en la tristeza. Hasta el día; es decir: ya el venir de la noche. Pero, el subir de la nochecita es siempre y así sufrido, en toda parte. Salía el silencio de sus guardados. El Niño, timorato, se aquietaba con el propio quebranto: en él alguna fuerza trabajaba por echar raíces, por aumentarle el alma.

Mas el pavo avanzaba hasta la orilla del monte. Allí adivinaba —¿Qué? —Mal se podía ver en el oscurecer. Y era la cabeza degollada del otro, echada a la basura. El Niño se dolía y se entusiasmaba.

Pero no: No por simpatía compañera y sentida el pavo hasta allí había venido, cierto, atraído. Lo movía un odio. Empezó a picar, feroz, aquella otra cabeza. El Niño no entendía. El monte, los más negros árboles eran un montón demasiado; el mundo.

Ya las tinieblas.

Pero, volaba la lucecita verde, viniendo del monte mismo, la primera luciérnaga. Sí, la luciérnaga, sí, ¡era linda! —tan pequeñita en el aire, un solo instante, alta, lejana, yéndose. Era, otra vez en cuando, la Alegría.

2

FAMIGERADO

Fue en incierta vez —el evento. ¿Quién puede esperar cosa tan sin pies ni cabeza? Yo estaba en casa, el pueblo continuaba del todo tranquilo. Se me paró a la puerta el tropel. Me asomé a la ventana.

Hombres a caballo. Esto es, viéndolo mejor: un caballero a ras, frente a mi puerta, equiparado, exacto; y derrengados, a un lado, tres hombres a caballo. Todo en un relance insolitísimo. Me puse nervioso. El caballero ese —el oh, hombre, oh— con cara de ningún amigo. Sé lo que es influencia de fisonomía. Había salido y venido, aquel hombre, para morir en guerra. Me saludó seco, corto pesadamente. Su caballo era alto, un alazán; bien enjaezado, herrado, sudado. Y concebí gran duda.

Ninguno se apeaba. Los otros, tristes tres, mal me habían mirado; tampoco miraban a nada. Semejaban a la gente recelosa, tropa desbaratada, soñolientos, constreñidos —coaccionados, sí. Eso, porque el caballero solerte tenía aires de comandarlos: con medio gesto, despreciativo, los había obligado a tomar el lugar adonde ahora se arrimaban. Puesto que el frente de mi casa entraba, metros, del lineamento de la calle, y por los dos lados avanzaba la verja, se formaba allí un rincón, especie de resguardo. Valiéndose de esto, el hombre había obligado a los otros a ir al punto donde serían menos vistos, mientras les barreaba cualquier fuga; sin contar que, así unidos, los caballos apretándose, no disponían de rápida movilidad. Todo había

visto adueñándose de la topografía. Los tres serían sus prisioneros, no sus secuaces. Aquel hombre, para así proceder, sólo podría ser un bravo *sertanejo*, valentón hasta la espuma de los bofes. Sentí que no me era útil dar cara amena, muestras de temeroso. Yo no tenía arma al alcance. Tuviera, igual, no serviría. Con un punto en la i, él me disolvía. El miedo es la suprema ignorancia en momento muy agudo. El miedo, El. El miedo me maullaba. Lo invité a desmontar, a entrar. Dijo que no, conforme las costumbres. Conservaba el sombrero. Se veía que pasaba a descansar en la silla —seguramente aflojaba el cuerpo para darse más a la ingente tarea de pensar. Pregunté: me contestó que no estaba enfermo, ni había venido por receta o consulta. Su voz se espaciaba queriéndose tranquila; el habla de gente de más lejos, tal vez sanfranciscano. Sé de ese tipo de valentón que nada alardea, sin fanfarronear. Pero avieso, raro, perverso brusco, pudiendo concluir con algo, de repente, por un eres-no-eres. Con cuidado, mentalmente, empecé a organizarme. Él habló:

—«Yo vine a preguntar a usted una opinión suya, explicada...»

Había cargado el ceño. Causaba otra inquietud su cara tiznada, catadura de caníbal. Pero se desfruncó, casi se sonrió. Entonces, bajó del caballo; ágil, imprevisto. Sería para responder con mayor valía por mejores modos; ¿por viveza? Retuvo en el pulso la punta del cabresto, el alazán era de paz. El sombrero siempre en la cabeza. Un alarbe. Más los impenetrables ojos. Y él era para mucho. Había que verse: tenía armas —y armas limpias. Se podía sentir el peso de la de fuego, en el cinturón, usado bajo, para que ella estuviese al nivel justo, a la mano, en tanto que él persistía de brazo derecho pendido, listo, manuable. De notarse era la silla, un apero especial *urucuiano*, de encontrarse pocos, en la región, por lo menos de tan

buena hechura. Todo, de gente brava. Aquél proponía sangre en sus intenciones. Pequeño, pero duro, grueso, todo en tronco de árbol. Su máxima violencia podía ser para cada momento. Hubiera aceptado entrar y un café; me calmaba. Pero así, del lado de afuera, sin las gracias del huésped ni sordez de paredes, había para inquietarse, sin medida y sin certeza.

—«Es que usted no me conoce. Damazio, de los Siqueiras... Estoy viniendo de la Sierra...»

Sobresalto. Damazio, ¿quién no había oído de él? El feroz con leguas de historias, con decenas de cargadas muertes, hombre peligrosísimo. Constando también, si verdad, que desde algunos años se había serenado —evitaba lo de evitarse. Pero, ¿quién se iba a fiar en tales treguas de pantera? Allí, antenasal, ¡de mí a un palmo! Continuaba:

—«Sepa usted que, en la Sierra, últimamente, compareció un joven del Gobierno, muchacho medio estruendoso. Sepa que contra él estoy en rebeldía. No quiero problema con el Gobierno, pues no estoy en salud ni edad... El muchacho, muchos hallan que él es un tanto chiflado.»

Con ímpetu, calló. Como arrepentido de haber empezado así, evidente. Contra eso, ahí estaba con su hígado en malas orillas; pensaba, pensaba. Cabizmeditaba. Entonces, se resolvió. Levantó las facciones. Si se pudiese llamar risa: aquella crueldad de dientes. Encarar, no me encaraba, sólo mirada de reojo. Le latía un orgullo indeciso. Redactó su monologar.

Lo que flojo decía: de otras, varias personas y cosas, de la Sierra, del Santón, enredados asuntos, sin secuencia, con dificultad. La charla telarañosa. Tenía que entenderle las mínimas entonaciones, seguir sus propósitos y silencios. Así en el encerrarse con el juego, zonzo, para eludirme, él enigmatizaba. Y, pa':

—«Usted, ahora, hágame la buena obra de enseñar-

me lo que es, de veras: *¿Famisgerado... faz-me-gerado... falmisgeraldo... familias-gerado...?*

Dijo, de golpe, traía entre dientes aquella frase. Había sonado con risa seca. Pero el gesto el que la siguió, se imponía con toda rudeza primitiva, de su presencia dilatada. Detenía mi respuesta, no quería que la diese de inmediato. Y ya ahí, otro susto vertiginoso me tenía en suspenso: alguien podía haber hecho intriga, chismerías de atribuirme la palabra de ofensa a aquel hombre; que mucho, pues, se enfureciese viniendo para exigirme, cara a cara, lo fatal, la vergonzosa satisfacción.

—«Sepa usted que hoy mismito salí de la Sierra, que vine, sin parar, esas seis leguas, expreso, directo, con el propósito de preguntarle la pregunta, en lo claro...»

Si sería serio, lo era. Me encogí.

—«Allá, y entremedio de esos caminos, no hay nadie esciente, ni se tiene el legítimo —el libro que enseña las palabras... Es gente de información torcida, por fingirse menos ignorantes... Sólo si el cura, fuera capaz, pero con los curas no me doy: ellos en seguida confunden... Por el bien. Ahora, si me concede el favor, que usted me diga, a lo hombre, en lo más perfecto: ¿qué es eso que ya le pregunté?»

Si sencillo. Si le digo. Se me escapó. Esos trises:

—«*¿Famigerado?*»

—«Sí, señor...» —y, alto, repitió, veces, la palabra, al final ya en los bermejones de la rabia, la voz fuera de foco. Y ya me miraba, inquisidor, intimativo —me apretaba. Yo tenía que mostrar la cara. —«*¿Famigerado?*». Habité preámbulos. Mucho me hacía falta otro ínterin con inducias. Como por socorro espié a los otros tres, en sus caballos, callados hasta entonces, muy, muy mudos. Pero Damazio:

—«Usted declare. Esos ahí no están para nada, no.

Son de la Sierra. Sólo han venido conmigo, para testimonio...»

Sólo tenía que desatascarme. El hombre quería estricto el carozo: el veroverbo.

—*Famigerado* es innocuo, es «célebre», «notorio», «notable»...

—«Usted no vea mal en mi grosería de no entenderlo. Pero dígame: ¿Es desaforado? ¿Es de burla? ¿Es para renegar? ¿Farsantería? ¿Nombre con ofensa?»

—«Viltanza ninguna, ningún vituperio. Son expresiones neutras para otros usos.»

—Pues... ¿y qué quiere decir en habla de pobres, lenguaje de los días-de-semana?»

—«*¿Famigerado?* Bueno. Es "importante", que merece alabanza, respeto...»

—«¿Usted lo garantiza, para la paz de las madres, mano en la "Escritura"?»

Sí, ¡cierto! Era para empeñarse las barbas. De eso el diablo, y sincero le dije:

—«Mire: yo como usted me ve, con ventajas, hun, lo que quisiera en una hora de éstas, era ser "famigerado", muy "famigerado", ¡lo más que se pudiese!...»

—«¡Ah, bueno!...» —soltó, exultante.

Montando rápido, se levantó como si fuera de resortes. Se elevó en sí, se desagraviaba, en gran desahogo. Se sonrió, otro. Dio satisfacción a aquellos tres: —«Ustedes pueden irse, compadres. Oyeron bien la buena descripción...» —y ellos rápidos partieron. Sólo entonces se arrimó orillando a mi ventana, aceptaba un vaso de agua. Dijo: —«¡Nada hay como las grandezas machas de una persona instruida!» ¿Sería que de nuevo, por un mero, se turbaba? Dijo: —«Qué sé yo, a veces lo mejor, para ese joven del Gobierno, era irse, no sé, no...» Pero más sonrió, se le había apagado la inquietud. Dijo: —«Uno tiene esas dudas tontas, esas desconfianzas... Sólo para agriar la mandioca...» Agra-

deció, quiso apretarme la mano. Otra vez aceptaría entrar en mi casa. Oh, pues. Espoleó, se fue, el alazán, no pensaba en lo que lo había traído, tesis para alto reír, y más, el famoso asunto.

3

SOROCO, SU MADRE, SU HIJA

Aquel coche había parado en los rieles suplementarios, desde la víspera, había venido con el expreso de Río, y allá estaba en el desvío, el de adentro, en la explanada de la estación. No era un vagón común de pasajeros, de primera, sino más vistoso, todo nuevo. Si uno se fijaba podía notar las diferencias. Así, repartido en dos, en uno de los compartimentos las ventanas de rejas, como en la cárcel, para los presos. Uno sabía que, luego, iba a rodar de vuelta, enganchado al expreso de ahí abajo, haciendo parte del convoy. Iba a servir para llevar a dos mujeres, para lejos, para siempre. El tren del interior pasaba a las 12.45 horas.

Las muchas personas ya estaban agrupadas, a orillas del coche, para esperar. Las gentes no querían poder quedar entristeciéndose; conversaban, cada una buscando hablar con sensatez, como si supiese más que los otros la práctica del acontecer de las cosas. Siempre llegaba más gente —el movimiento. Aquello casi al final de la explanada, del lado del corral de embarque de ganado, antes de la garita del guardafrenos, cerca de las pilas de leña. Soroco iba a traer a las dos, de acuerdo. La madre de Soroco era de edad, contaba más de unos setenta. La hija, sólo aquella tenía. Soroco era viudo. Fuera de ellas, no se le conocía pariente alguno.

La hora era de mucho sol —la gente cazaba un modo de quedarse bajo la sombra de los cedros. El coche recordaba una barcaza en seco, navío. Uno mi-

raba: en los destellos del aire, parecía que estaba torcido, que en las puntas se empinaba. La curva panzuda de su tejadito alumbraba en negro. Parecía cosa de invento de muy lejos, sin niguna piedad, y que uno no pudiese bien imaginar ni acostumbrarse a ver, y no ser de nadie. Para donde iba, al llevar a las mujeres, era un lugar llamado Barbacena, lejos. Para el pobre, los lugares son más lejos.

El Guarda de la estación apareció, de uniforme amarillo, con el libro de tapas negras y las banderitas verde y roja bajo el brazo. —«*Anda a ver si pusieron agua fresca en el coche...*» —mandó. Después, el guarda-frenos anduvo revisando las mangueras de enganche. Alguien dio el aviso: —*¡Ahí vienen!* Apuntaban de la Calle de Abajo, donde vivía Socoro. Era un hombrón, de cuerpo talludo; con cara grande, una barba, peluda, enmugrecida en amarillo; y unos pies con alpargatas: los niños le tomaban miedo; más, por la voz, que era casi poca, gruesa, que luego se afinaba. Venían como un venir de comitiva.

Ahí, paraban. La hija —la joven— se había puesto a cantar, levantando los brazos; la canción no se mantenía cierta, ni en la tonada, ni en el decir de las palabras —nada. La joven ponía los ojos en alto, como los santos y los espantados, venía adornada con disparates, un aspecto de admiración. Así con paños y papeles, de diversos colores, una capucha sobre los desparramados cabellos, y enfundada en tantas ropas y aún más mezclas, tiras, cintas, colgadas-girandulejas: materia de loco. La vieja estaba sólo de negro, con una túnica negra, acompasaba dulcemente con la cabeza. Aunque distintas, se asemejaban.

Soroco les daba el brazo, una de cada lado. De mentira, parecía entrada a la iglesia, en un casamiento. Daba tristeza. Parecía entierro. Todos se quedaban aparte, la chusma de gente sin querer fijar las vistas

a causa de aquellos desmanes y despropósitos, de dar reír, y por Soroco —para no parecer que hacían poco caso. Él, hoy, estaba calzado con botines, y de saco, sombrero grande, puesta su mejor ropa, los pocos trapos. Y estaba reportado, achicado, humildoso. Todos le presentaban sus respetos, de lástima. Él contestaba: «*Dios os pague esa atención...*»

Lo que entre ellos se decían: que Soroco había tenido mucha paciencia. Siendo que no iba a sentir falta de esas probrecitas trastornadas, sería hasta un alivio. Eso no tenía cura, ellas no iban a volver, nunca más. Antes, Soroco había soportado repasar tantas desgracias, vivir con las dos, luchaba. Entonces, con los años, ellas empeoraron, él no podía más solo, tuvo que pedir ayuda, que fue preciso. Tuvieron que mirar por su socorro, determinar las providencias de merced. Quien pagaba todo era el Gobierno, que había enviado el carro. De modo que, por fuerza de eso, iban ahora redimir las dos, en hospicios. El seguirse.

De repente la vieja desapareció del brazo de Soroco, fue a sentarse en el peldaño de la escalerilla del coche. —«*Ella no hace nada, señor Guarda...*» —la voz de Soroco estaba muy dócil: —«*Ella no acude, cuando se la llama...*» La joven, entonces, tornó a cantar, vuelta hacia la gente, al aire, su cara era un reposo estancado, no quería darse en espectáculo, mas representaba grandezas de otros tiempos, imposibles. Pero se vio a la vieja mirarla con un encanto de presentimiento muy antiguo —un amor extremado. Y, empezando bajito, pero después, forzando la voz se puso a cantar, también, tomando el ejemplo, la misma canción de la otra, que nadie entendía. Ahora cantaban juntas, no paraban de cantar.

Ahí que ya estaba llegando la horita del tren, habían de dar fin los preparativos, hacer entrar a las dos al vagón de ventanas escaqueadas de rejas. Aho-

ra, en su consumar, sin ninguna despedida, que ellas ni habían de poder entender. En esa diligencia, los que iban con ellas, por bienhechores, en el largo viaje, eran Nenego, despabilado y animoso, y José Benito, persona de mucha cautela; éstos servían para ponerles la mano, en toda conyuntura. Y subían también al vagón unos muchachitos, cargando los atados y valijas, y las cosas de comer, muchas, pues no se iba a hacer mengua, los paquetes de pan. Al fin, Nenego aún se asomó a la plataforma, para los ademanes de que todo estaba en orden. Ellas no habrían de dar trabajos.

Ahora, seguro, lo que sólo se escuchaba era lo animado del canto de las dos, aquella chirimía que abogaba: que era constancia de las enormes diversidades de esta vida, que podían doler a uno, sin jurisprudencia de causa o lugar alguno, pero por lo antes, por lo después.

Soroco.

Ojalá se acabara aquello. El tren llegaba, la locomotora maniobraba solita para venir a enganchar el coche. El tren pitó y pasó, y se fue, lo de siempre.

Soroco no esperó a que todo desapareciese. Ni miró. Sólo quedó con el sombrero en la mano, la barba más cuadrada, sordo —lo que más espantaba. El triste del hombre, allá, definido, embarazado por poder hablar algunas de sus palabras. Al sufrir el así de las cosas, él, en el vacío sin orillas, bajo el peso, sin quejas, todo ejemplo. Y le hablaron: —«*El mundo es así...*» Todos, en el ancho respeto, tenían la vista añublada. De repente todos querían mucho a Soroco.

Él se agitó de un modo desconcertado, jamás sucedido, y se volvió para irse. Estaba volviendo a casa, como si estuviese yendo lejos, sin tener en cuenta.

Pero, se detuvo. En eso, se puso raro, parecía que iba a perder lo de sí, parar de ser. Así, en un exceso

de espíritu, fuera de sentido. Y pasó lo que no se podía prevenir: ¿quién iba a pensar en aquello? En un romper —él empezó a cantar, alto, fuerte, pero sólo para-sí— y era el mismo desatinado canto que las dos tanto habían cantado. Cantaba continuando.

La gente se enfrió, se hundió —un instantáneo. La gente... Y fue sin combinación, tampoco nadie entendería lo que se hiciera: todos, de una vez, por compasión de Soroco, empezaron, también, a acompañar aquel canto sin razón. ¡Y con las voces tan altas! Todos caminando, con él, Soroco, y canta que cantando, tras él, los de más atrás casi que corrían, nadie que dejase de cantar. Fue algo de no salir más de la memoria. Fue un caso sin comparación.

Ahora la gente estaba llevando a Soroco a su casa, de verdad. La gente, con él, iba hasta adonde iba ese cantar.

4

LA NIÑA DE ALLÁ

Su casa estaba detrás de la Sierra del Mim, casi en el medio del paular de aguas limpias, lugar llamado El Temor-de-Dios. El Padre, pequeño granjero, trabajaba con vacas y arroz; la Madre, *urucuiana*, no se desprendía del rosario, aún matando gallinas o regañando a alguien. Y ella, niñita de nombre María, Ñiñiña llamada, había nacido ya para muy menuda, cabezudota y con enormes ojos.

No parecía mirar o ver a propósito. Quedaba quieta, no quería muñecas de trapo, ni juguete, siempre sentadita donde se encontrase, poco se movía. —«Nadie entiende mucha cosa de lo que habla...» —decía el Padre, con cierto espanto. Menos por lo extraño de las palabras, pues sólo a veces ella preguntaba, por ejemplo: «*¿Él churugó?*» —y, vaya uno ver quién y qué, jamás se sabría. Pero, por lo raro del juicio o adornado del sentido. Con risa imprevista: —«*Armadillo no ve la luna...*» —decía. O contaba cuentos, absurdos, vagos, todo muy corto: de la abeja que voló hacia una nube; de muchas niñas y niños sentados a una mesa de dulces, larga, larga, por un tiempo que no se finiquitaba; o de la necesidad de hacerse una lista de las cosas todas que en el día a día se vienen perdiendo. Sólo la pura vida.

Pero, por lo general, Ñiñiña, con sus no contados cuatro años, no molestaba a nadie, y no se hacía notar, a no ser por la perfecta calma, inmovilidad y silencios. No parecía gustarle o disgustarle especialmente alguna persona o cosa. Le servían la comida, ella con-

tinuaba sentada, el plato de peltre en el regazo, comía en seguida la carne o el huevo, los chicharrones, lo que fuese más sabroso y atrayente e iba consumiendo después lo demás, frijol, pirón, o arroz, zapallo, con artística lentitud. De repente uno se asustaba de verla tan perpetua e imperturbada: —«Ñiñiña, ¿qué es lo que estás haciendo?» —le preguntaba. Y ella contestaba, alargada, sonreída, moduladamente: —«*Yo... to-y... ha-a-ciendo.*» Hacía vacíos. ¿Sería de veras un tanto bobita?

Nada la intimidaba. Oía al Padre cuando quería que la Madre colase el café fuerte, y comentaba, sonriéndose: —«*Niño pedigüeño... Niño pedigüeño...*» También solía dirigirse a la Madre en esta forma: —«*Niña grande... Niña grande...*» Con eso, Padre y Madre se enojaban. En vano. Ñiñiña murmuraba apenas: —«*Deja... Deja...*», persuasibilísima, inhábil como una flor. Lo mismo decía cuando venían a llamarla para cualquier novedad, de esas que entusiasman adultos y niños. No le importaban los sucesos. Tranquila, pero lozana de salud. Nadie tenía real poder sobre ella, no se sabían sus preferencias. ¿Cómo punirla? Y, pegarle, no osasen, tampoco había motivo. Pero, el respeto que tenía por Madre y Padre, más parecía una graciosa especie de tolerancia. Y Ñiñiña me quería.

Charlábamos, ahora. Ella apreciaba el capote de la noche. —«*¡Lleniitas!*» —miraba las estrellas, delebles, sobrehumanas. Las llamaba «*estrellitas pía-pía*». Repetía: —«*¡Todo naciendo!*» —esa su exclamación dilecta, en muchas ocasiones con el deferir de una sonrisa. Y el aire. Decía que el aire olía a remembranza: —«*No se ve cuando se acaba el viento...*» Estaba en el patio, de vestidito amarillo. A veces, lo que decía era común, uno era el que lo escuchaba exagerado: —«*Alturas de cuervolar...*» No, sólo había dicho: —«*...alturas de cuervo no volar...*» El dedito llegaba casi al cielo.

Se acordó de: —«*Capulín de viene-a-verme...*» Suspiraba, después: —«*Yo quiero ir para allá.*» ¿A dónde? —«*No lo sé.*» Entonces observó: —«*El pajarito desapareció de cantar...*» De hecho, el pajarito había estado cantando, y, en el deslizar del tiempo, yo pensaba que no lo estuviera oyendo; ahora, él se había interrumpido. Dije yo: —«El avecita.» De ahí en adelante, Ñiñiña pasó a llamar al tordo «*Senora visita*». Y tenía respuestas más amplias: «*¿Y yo? Toy haciendo añoranza.*» En otra hora, se hablaba de parientes ya muertos, ella rio: —«*Voy a visitarlos...*» La regañé, le di consejos, le dije que tenía la luna. Me miró, burlona, sus ojos muy perspectivos: —«*¿Él te churugó?*» No vi más a Ñiñiña.

Pero sé que fue por entonces cuando ella empezó a hacer milagros.

Ni Madre ni Padre notaron en seguida tal maravilla, repentina. Más Tiantonia. Parece que por la mañana. Ñiñiña sola, sentada mirando para nada adelante de las personas: «*Yo quisiera el sapo venir aquí.*» Si la oyeron bien, pensaron que fuese un patrañar, sus disparates de siempre. Tiantonia, por costumbre, le hizo señas con el dedo. Pero, en eso, derecho, a los saltitos, el ser entraba en la sala hacia los pies de Ñiñiña —no el sapo de papo, sino bella rana de brezal, venida del verdín, la rana verdísima. Visitas de esas, jamás había acontecido. Y ella rio: —«*Ella está haciendo un hechizo...*» Los otros se pasmaron; demasiado silencio.

Días después con la misma tranquilidad: —«*Quiero un tamalito de guayaba...*» —susurró; y no bien a la media hora, llegó una doña, de lejos, que traía los panecillos de guayabate envueltos en la paja. Aquello ¿quién lo entendía? Tampoco los otros prodigios que vinieron siguiéndose. Lo que ella quería, que decía, pronto acontecía. Sólo que quería muy poco, y siem-

pre las cosas levianas y descuidadas, lo que no pone ni quita. Así, cuando la Madre se enfermó con dolores, para los que no había remedios, no hubo como hacer con que Ñiñiña dijese la cura. Sonreía, apenas, secreteando su —«*Deja... Deja...*» —no podían disuadirla. Pero llegó vagarosa, abrazó a la Madre y la besó, calentita. La Madre, que la miraba con espantada fe, se sanó entonces en un minuto. Supieron que ella tenía, también, otros métodos.

Decidieron guardar secreto. No fueran a venir allí los curiosos, gente maldadosa e interesada, con escándalos. O que los curas, el obispo, quisiesen tomar cuenta de la niña, llevarla para serio convento. Nadie, ni los parientes más cercanos, debería saber. También el Padre, la Madre y Tiantonia no querían, siquiera, versar conversación, sentían un extraordinario miedo de la cosa. Considerábanla ilusión.

Lo que al Padre, poco a poco, empezaba a fastidiar, era que de todo eso no se sacase un sensato provecho. Vino la sequía, la más grande, hasta el paular amenazaba secar. Experimentaron pedir a Ñiñiña: que quisiese la lluvia. —«*Mas, no puede, pues...*» —ella movía la cabecita. La instaron: que si no, se acababa todo, la leche, el arroz, la carne, los dulces, las frutas, la melaza. —«*Deja... Deja...*» —se sonreía, reposada, llegó a cerrar los ojos, cuando insistieron, como en el súbito adormecer de las golondrinas.

De ahí a dos mañanas, quiso: quería el arco iris. Llovió y en seguida aparecía el arco del cielo, sobresaliente en verde y el rojo —que más era un rosa fuerte. Ñiñiña se alegró, dejó la seriedad, por la tarde, con el frescor. Hizo lo que jamás se le había visto, saltar y correr por la casa y el fondo. —«*¿Vio pajarito verde?*» * —Padre y Madre se preguntaban. Y ellos, los

* Frase figurada y familiar: Tener grandísimo gusto y satisfacción.

pajaritos, cantaban, diputados de algún reino. Pero sucedió que Tiantonia, en cierto momento, reprendió a la niña, muy enojada, muy fuerte, fuera del uso, hasta la Madre y el Padre no lo entendieron, no les gustó. Y Ñiñiña, suave, volvió a quedarse sentadita, inalterada como si soñase, todavía más inmóvil con su pajarito-verde pensamiento.

Padre y Madre cuchicheaban, contentos: que cuando ella creciese y tuviera juicio podría ayudarlos mucho, según a la Providencia, de seguro, plugiese.

Y entonces, Ñiñiña enfermó y murió. Se dice que del agua mala de esos parajes. Todos los vivos actos ocurren demasiado lejos.

Sobrevenido aquel hecho, hubo dolores, muchos y variados, de todos, los de la casa: un de repente enorme. La Madre, el Padre y Tiantonia se daban cuenta de que era lo mismo que si en cada uno de ellos se hubiese muerto una mitad. Y para más colmar el corazón, verse a la Madre, cuando rezaba el rosario, en vez de las avemarías sólo pudiendo gemir aquello de —«*Niña grande... Niña grande...*» con toda ferocidad. Y el Padre acariciaba con las manos el banquito en que Ñiñiña se sentaba tanto, y en el que él mismo no podría sentarse, que con el peso de su cuerpo de hombre el banquito se rompería.

Ahora, tenían que mandar recado, al pueblo, para que hicieran el cajón y aprontaran el entierro, con acompañamiento de vírgenes y ángeles.

Ahí, entonces, Tiantonia se hizo de valor, precisaba contar: que aquel día, del arco iris de la lluvia, del pajarito, Ñiñiña había dicho un despropositado desatino, por eso la había regañado. Lo que fue: que quería un cajoncito rosado, con adornos verdes brillantes... ¡El agüero! Ahora, ¿era para encargarse el cajoncito, así, su voluntad?

El Padre, en bruscas lágrimas gritó: ¡que no! Ah,

que si consintiera en eso sería cargar culpa, todavía estar ayudando a morir a Ñiñiña.

La Madre quería, empezó a discutir con el Padre. Pero, en lo más fuerte del llanto se serenó —la sonrisa tan buena, tan grande— detenida en un pensamiento: que no era necesario encargar, ni explicar, pues habría de salir bien así, de ese modo, color rosado con verdes funebrillos porque era; tenía que ser: por el milagro, el de su hijita en gloria, Santa Ñiñiña.

5

LOS HERMANOS DAGOBÉ

Enorme desgracia. Se estaba en el velatorio de Damastor Dagobé, el mayor de los cuatro hermanos, absolutamente facinerosos.

La casa no era chica; pero en ella mal cabían los que venían a velar. Todos preferían quedar cerca del difunto, todos temían, más o menos, a los tres vivos.

Demonios los Dagobés, gente de ninguna valía. Vivían en estrecha desunión, sin mujer en hogar, sin más parientes, bajo el mando despótico del finado. Éste había sido el gran peor, el cabecilla, el fierabrás y maestro que había llevado a la obligación de la mala fama a los más jóvenes —los muchachos, según su rudo decir.

Pero ahora, estando allí muerto, sin tales condiciones, dejaba de ofrecer peligro, poseyendo —a la luz de las velas, en el entre algunas flores— sólo aquella mueca, sin quereres, el mentón de piraña, nariz torcida y su inventario de maldades. Bajo la vista de los tres en luto, se le debía, sin embargo, guardar aún acatamiento, convenía.

Se servían, de vez en cuando, café, aguardiente quemado, rosetas, como es la costumbre. Sonaba un bisbiseo sencillo, de los grupos de personas, en los rincones oscuros o bajo los focos de los candiles y faroles. Afuera, la noche cerrada; había llovido un poco. De vez en cuando alguien hablaba más fuerte, y súbito se moderaba y se compungía, acordándose del descuido. En fin igual a lo de siempre, la ceremonia,

a la moda de allá. Pero todo tenía un aire de espantoso.

He aquí que: un don nadie pacífico y honesto, llamado Liojorge, estimado de todos, era el que había enviado a Damastor Dagobé para el sin fin de los muertos. El Dagobé, sin conocida razón, había amenazado cortarle las orejas. Entonces, cuando lo vio, avanzó, con puñal, de punta en blanco, mas el callado muchacho, que había conseguido una pistola, le descerrajó el tiro en el medio del pecho por encima del corazón. Hasta ahí el cuento.

Pero, después de lo mucho que aconteció, se espantaban de que los hermanos no hubiesen efectuado la venganza. En vez, apresuraron en arreglar velorio y entierro. Y era mismo extraño.

Tanto más que aquel pobre Liojorge permanecía en el pueblo, solitario en casa, ya resignado a lo peor, sin ánimo para cualquier movimiento.

¿Se podía entender aquello? Ellos, los sobrevivientes Dagobés, cumplían con los debidos honores, serenos, y, hasta, sin jarana, pero con alguna alegría. Principalmente Derval, el menor, se movía, social, tan diligente, hacia los que llegaban o ya estaban: —«*Disculpe los malos tratos...*» Doricón, ahora el mayor, ya se mostraba solemne sucesor de Damastor, como él corpulento, entre leonino y mular, el maxilar avanzado y los ojitos en el veneno; miraba para lo alto, con especial compostura, pronunciaba: —«*¡Dios habrá de tenerlo!*» Y el del medio, Dismundo, hermoso hombre, ponía una devoción sentimental, sustentada, al ver el cuerpo en la mesa: —«*Mi buen hermano...*»

En efecto, el finado, tan sórdidamente avaro, o más, cuan mandón y cruel, se sabía que había dejado buena cantidad de dinero, en billetes, en caja.

Eso parecía, no lo era: a nadie engañaban. Sabían el hasta-que-punto, lo que no estaban haciendo. Aque-

llo era para acecho. Luego. Sólo querían ir por partes, nada de apurados, tal era su no rapidez. Sangre por sangre; pero, por una noche, unas horas, mientras honraban al fallecido, podrían deponer armas, en el falso fiar. Después del cementerio, si agarraban a Liojorge, terminaban con él.

Era lo que se comentaba, por los rincones, sin ocio de lengua y labios, en un susurrido, en las muchas perturbaciones. Por lo que eran aquellos Dagobés; brutos con sólo asomarse, pero mañeros, también, para guardárselas, y los jefes de todo no iban a dejar una paga en paz: se veía que habían formado designio. Era por eso mismo que no conseguían disimular un cierto solerte contentamiento, próximos al reírse. Saboreaban ya el sangrar. Siempre, en cada momento posible, sutilmente se tornaban a juntar, en un ángulo de la ventana, en menuda confabulación. Tomaban. Nunca uno de los tres se alejaba de los demás: ¿qué era?, ¿por qué se cautelaban? Y a ellos se allegaba, una vez tras otra, algún compareciente, más compadre, más confianzudo —traía noticias, secreteaba.

¡De asombrarse! Se iban y venían en el escampar de la noche y lo que trataban en el hablar era sólo referente al muchacho Liojorge, homicida en legítima defensa, cuyas manos hicieron al Damastor Dagobé pasar de aquí al más allá. Ya se sabía de qué, entre los velantes; siempre alguien, poco a poco, pasaba el dicho. Liojorge, solito, en su morada, sin compañeros, ¿se chiflaba? Tal vez no tuviese la expedición de aprovecharse para escapar, lo que no resultaba —fuera donde fuese, pronto los tres lo agarrarían. Inútil resistir, inútil huir, todo inútil. Debía estar achantado, verse en amarillas por allá, salpicado de miedo, sin medios, sin valor, sin armas; ¡ya era alma para sufragios! Y, no es que, entretanto...

Sólo una primera idea. Es que, alguien, de allá ve-

nía de vuelta y a los dueños del muerto daba la información, el contenido de este recado. Que el muchacho Liojorge, osado labrador, aseguraba que no había querido matar hermano de ningún ciudadano cristiano, sólo había tirado del gatillo en lo último del instante, por un deber de librarse, ¡por destino de desastre! Que había matado con respeto. Y que, por prueba de valor estaba dispuesto a presentarse desarmado, allí en presencia, prometía venir, personalmente, para declarar su fuerte falta de culpa, caso tuviesen lealtad.

El pálido pasmo. ¿Ya se vio tal caso? De miedo, ese Liojorge se había enloquecido, ya estaba sentenciado. ¿Tendría el mediano coraje? Viniese: saltar de la sartén a las brasas. Y un hecho para erizar —lo que tanto se sabía— que, presente el matador, ¡vuelve a brotar sangre el muerto! Tiempos, éstos. Y peor que, en el lugar, ni autoridad había.

La gente espiaba a los Dagobés, aquellos tres pestañeos. Sólo: —«*Deja estar...*» —decía el Dismundo. Derval: —«*Esté a gusto...*», hospitalario, honraba la casa. Severo, en sí, enorme el Doricón. Sólo hizo no decir. Aumentó en la seriedad. Por recelo, los circunstantes tomaban más aguardiente. Había caído otra lluvia. El plazo de un velatorio, a veces, parece muy dilatado.

Mal acabaron de oír. Se suspendieron las indagaciones. Otros embajadores llegaban. ¿Querían conciliar las paces, o poner urgencia en la maldad? ¡La alocada proposición! Que era: que Liojorge se ofrecía para ayudar a cargar el cajón... ¿Se oyó bien? Un chiflado —y las tres fieras locas; ¿con lo que había no bastaba?

Lo que nadie podía creer: tomó la palabra de mando el Doricón, con gesto destemplado. Habló indiferentemente, se le dilataban los fríos ojos. Entonces, que sí, que viniese —dijo— después de cerrado el cajón. La enredada situación. Se ve lo inesperado.

¿Sí y sí? La gente iba a ver, a la espera. Con taciturnos pesos en los corazones, cierto esparcido susto, por lo menos. Eran horas precarias. Y despacio despertó el día. Ya la mañana. El difunto hedía un tanto. ¡Arre!

Sin escena, se cerró el cajón, sin las gracias. El cajón, de larga tapa. Miraban con odio los Dagobés —sería odio a Liojorge. Así supuesto, se cuchicheaba. Rumor general, lúgubre bulla: —«*Ya y ya él viene...*» —y otras concisas palabras.

Cierto, llegaba. Se tenía que poner ojos desencajados. Alto, el joven Liojorge, rematado de todo el atinar. No lo era animosamente, ni sería por afrentar. Era así de alma entregada, una humildad mortal. Se dirigió a los tres: —«*¡Con Jesús!*» —él, con firmeza. ¿Y? —ahí, Derval, Dismundo y Doricón— éste, el demonio en forma humana. Sólo dijo un casi: —«*Hum... ¡Ah...!*» Qué cosa.

Vino el asir para cargar: tres hombres de cada lado. Liojorge cogería el asa de adelante, del lado izquierdo —indicaron. Y lo encuadraban los Dagobés, con odio en derredor. Entonces fue saliendo el cortejo, terminando lo interminable. Variado así, manojo de gente, una pequeña multitud. Toda la calle embarrada, los chismosos más adelante, los prudentes en la retaguardia. Se cataba el suelo con la mirada. Adelante de todo, el cajón, con las vacilaciones naturales. Y los perversos Dagobés. Y Liojorge ladeado. El importante entierro. Se caminaba.

Pie con pie, paso a paso. En aquel entrevero, todos, en cuchicheo o en silencio, se entendían, con hambre de preguntar. Liojorge, ése, sin escape. Tendría que hacer bien su parte. Bajar las orejas. El valiente, sin retorno. Como un criado. El cajón parecía pesado. Los tres Dagobés, armados. Capaces de cualquier sopetón. Ya habían puesto la mira. Sin verse, se adivinaba. Y,

en eso, caía una llovizna. Caras y ropas se empapaban. Liojorge —¡que espantaba!— su porfiar en ir, su tranquilidad de esclavo. ¿Rezaba? No sabría nada de sí, sólo la presencia fatal.

Y, ahora, ya se sabía: bajado el cajón en la sepultura, a boca de jarro lo mataban en un santiamén. La llovizna ya se ablandaba. ¿No se entraba en la iglesia? No, en el lugar no había cura.

Se proseguía.

Y entraban al cementerio. «*Aquí todos vienen a dormir*» —estaba en el portón el letrero. Se hizo el airado agrupamiento, en el lodo, a orillas del hoyo; pero muchos, más para tras, preparando el huye-huye. La fuerte circunspección. El ningún adiós al que fue una vez Dagobé, Damastor. Depositado al fondo, en regla, por medio de rígidas cuerdas. Tierra encima: pala y pala; asustaba aquel sonido. ¿Y ahora?

El muchacho Liojorge esperaba, se resbaló en sí. ¿Sólo veía siete palmos de tierra frente a su nariz? Tuvo una mirada ardua. Hacia la pandilla de los hermanos. El silencio se torcía. Los dos, Dismundo y Derval, esperaban por Doricón. Súbito, sí: el hombre desenvolvió los hombros; ¿solamente ahora veía al otro, en medio de aquello?

Lo miró cortamente. ¿Llevó la mano al cinturón? No. Uno era quien así lo preveía, la falsa noción del gesto. Sólo dijo, súbitamente se oyó: —«*Joven, váyase, vuelva a casa. Lo que pasa es que mi extrañado hermano era un diablo de dañino...*»

Dijo eso, bajo y mal tono. Se dio vuelta hacia los presentes. Los otros dos hermanos, también. A todos agradecían. Si no era que sonreían apresurados. Sacudían de los pies el lodo, limpiaban la cara de los respingos, Doricón ya fugaz, dijo, completó: —«*Nosotros nos vamos a vivir en ciudad grande...*» El entierro estaba acabado. Y otra lluvia empezaba.

6

LA TERCERA ORILLA DEL RÍO

Nuestro padre era hombre cumplidor, de orden, positivo y fue así desde jovencito y niño, por lo que testimoniaron las diversas personas sensatas, cuando indagué la información. En lo que yo mismo recuerdo, él no parecía más extravagante ni más triste que los otros, conocidos nuestros. Solamente quieto. Era nuestra madre la que mandaba y quien a diario regañaba a mi hermana, a mi hermano y a mí. Pero ocurrió que, cierto día, nuestro padre mandó que se le hiciera una canoa.

Era en serio. Encargó la canoa, una especial, de palo *vinhático*, pequeña, sólo con la tablita de popa, como para caber justo el remero. Tuvo que ser toda fabricada, elegida fuerte y arqueada en rígido, apropiada para durar en el agua unos veinte o treinta años. Nuestra madre mucho renegó contra la idea. ¿Sería que él, que no se ocupaba de esas artes, se iba a proponer ahora pesquerías y cacerías? Nuestro padre no hablaba. Nuestra casa, en ese tiempo, estaba aún más próxima del río, cosa de menos de cuarto de legua: el río por ahí se extendía grande, hondo, callado siempre. Ancho, de no poder verse la otra orilla. Y no puedo olvidarme el día en que la canoa estuvo terminada.

Sin alegría, sin inquietud, nuestro padre se caló el sombrero y decidió un adiós. No dijo otras palabras, ni llevó provisión y ropa, ni hizo ninguna recomendación. Nuestra madre, pensé que iba a gritar, pero per-

sistió, solamente alba de tan pálida, mordió el labio y bramó: —«*¡Vete, puedes quedarte, no vuelvas más!*» Nuestro padre contuvo la respuesta. Me miró, manso, haciendo ademán de que lo acompañara, sólo algunos pasos. Temí la ira de nuestra madre, pero, de golpe, mañoso, obedecí. El rumbo de aquello me animaba, me asaltaba una idea y pregunté: —«*Padre, ¿usted me lleva también en esa canoa suya?*» Volvió a mirarme y me dio la bendición, con un gesto me mandó de vuelta. Hice como que vine, pero volví a la gruta del monte para saber. Nuestro padre entró en la canoa, la desamarró para remar. Y la canoa salió alejándose, lo mismo su sombra, como un yacaré, extendida larga.

Nuestro padre no volvió. No iba a ninguna parte. Sólo ejercitaba la invención de permanecer en aquellos espacios del río, de medio a medio, siempre en la canoa, para no salir de ella nunca más. Lo extraño de esa verdad espantó a la gente. Aquello que no había, acontecía. Los parientes, vecinos y conocidos nuestros, se reunieron, y juntos se aconsejaron.

Nuestra madre, avergonzada, se portó con mucha cordura por eso todos atribuyeron a nuestro padre el motivo del que no querían hablar: locura. Unos consideraban que podría tratarse del cumplimiento de alguna promesa o que, nuestro padre, tal vez, por escrúpulo de alguna enfermedad, como ser la lepra, desertaba para otra suerte de vida, cerca y lejos de su familia.

Las voces de las noticias eran dadas por ciertas personas —pasantes, moradores de las riberas, incluso de la lejanía del otro lado— diciendo que nuestro padre nunca se asomaba a buscar tierra, en ningún punto o rincón, ni de día, ni de noche, y del modo como cursaba el río, libre solitario. Entonces, nuestra madre y los parientes nuestros concluyeron: que las provisiones que estuvieran escondidas en la canoa se gasta-

rían; y, él, o desembarcaba y se alejaba yéndose para siempre, lo que por lo menos se condecía con lo correcto, o se arrepentía, de una vez, y volvía a casa.

Eso era un engaño. Yo mismo cumplía con llevarle, cada día, un tanto de comida hurtada: idea que tuve, ya en la primera noche, cuando nuestra gente experimentó con prender fogatas a la orilla del río, mientras que a su claridad, se rezaba y se llamaba. Después, seguido, aparecí con piloncillo, broa de maíz, racimo de plátanos. Avisté a nuestro padre, al fin de una hora, muy costosa de transcurrir: así solo, él allá a lo lejos, sentado en el fondo de la canoa, detenida en el liso del río. Me vio, no remó hacia acá, no hizo señas. Le enseñé la comida, la deposité en una cueva de piedras en la barranca, a salvo de bichos, de lluvia y rocío. Eso, hice y rehíce siempre, mucho tiempo. Sorpresa que más tarde tuve: nuestra madre sabía de esa agencia, sólo que disimulaba no saberla; ella misma dejaba, facilitadas, sobras de cosas, para que yo las consiguiese. Nuestra madre no se manifestaba mucho.

Hizo venir a nuestro tío, su hermano, para auxiliar en la hacienda y en los negocios. Hizo venir al maestro para nosotros, los niños. Encomendó al cura que un día se paramentase, en la orilla, para conjurar y rogar a nuestro padre que desistiera de la entristecedora porfía. Otra vez, por disposición de ella, para amedrentar, vinieron los dos soldados. Todo lo cual no valió de nada. Nuestro padre pasaba a lo largo, entrevisto o desleído, cruzando en la canoa, sin dejar que se acercase nadie a la mano o a la voz. Incluso cuando estuvieron, no hace mucho, dos hombres del periódico, que trajeron lancha y pretendían retratarlo, no vencieron: nuestro padre desaparecía por el otro lado, aproaba la canoa en el brezal, de leguas, que hay, por entre juncos y matorrales, y él sólo conocía, a palmos, su oscuridad.

Uno tuvo que acostumbrarse a aquello. A las penas, que trajo aquello, uno nunca se acostumbró, es verdad. Lo sé por mí, que lo que quería, y lo que no quería, sólo con nuestro padre lo hallaba; esto tironeaba para atrás mis pensamientos. Lo duro era no entender, de ninguna manera, cómo él aguantaba. De día y de noche, con sol o aguaceros, calor, escarcha, y en los terribles fríos de la mitad del año, sin protección, sólo con el sombrero viejo en la cabeza, por todas las semanas, y meses, y los años —sin tener en cuenta su irse del vivir. No bajaba en ninguna de las orillas, ni en las islas y los bajíos del río, nunca más pisó suelo o pasto. Claro, que al menos, para dormir, su poco, él debería amarrar la canoa en alguna punta de la isla, en lo escondido. Pero ni prendía fueguito en la playa, ni disponía de luz fabricada, nunca más frotó fósforo. Lo que comía era un casi; aun de lo que uno depositaba entre las raíces de la gameleira o en la gruta de la barranca, él recogía poco, ni lo suficiente. ¿No enfermaba? Y la constante fuerza de los brazos, para tener derecha a la canoa, resistente, aún en la demasía de las arroyadas, en el subir de las aguas, ahí cuando, en la embestida de la enorme corriente del río, todo arrolla el peligroso, aquellos cuerpos de animales muertos y troncos de árboles bajando —en espanto, en encuentro. Y jamás habló palabra con persona alguna. Nosotros, tampoco, hablamo más de él. Sólo pensábamos. No, nuestro padre no podía borrársenos; y si, por un rato, uno hacía como que olvidaba, era apenas para despertarse de nuevo, de repente, con la memoria, al provocarse otros sobresaltos.

Se casó mi hermana; nuestra madre no quiso fiesta. Uno pensaba en él, cuando se comía comida más sabrosa; también, abrigados de noche, en el desamparo de esas noches de mucha lluvia, fría, fuerte, y nuestro padre, sólo con la mano y una calabaza para ir va-

ciando la canoa del agua del temporal. A veces, algún conocido nuestro encontraba que me iba pareciendo más a nuestro padre. Pero yo sabía que él ahora se había vuelto greñudo, barbón, con uñas grandes, enfermo y flaco, negro por el sol y por los pelos, con aspecto de bicho, casi desnudo, aunque disponía de piezas de ropa que de cuando en cuando se le proporcionaban.

Y no quería saber de nosotros; ¿no nos tenía afecto? Justamente por afecto, por respeto, las veces que me alababan a causa de alguna buena acción mía, yo siempre decía: —«*Fue papá el que un día me enseñó a hacerlo así...*»; lo que no era cierto, exacto; era mentira, por verdad. ¿Si él no se acordaba, ni quería saber más de nosotros, por qué, entonces, no subía o bajaba el río, hacia otros parajes, lejos, en lo no encontrable? Sólo él sabía. Pero mi hermana tuvo un niño, ella porfió que quería mostrarle el nieto. Fuimos todos al barranco, fue un lindo día, mi hermana con vestido blanco, el del casamiento; ella levantaba en los brazos la criaturita, el marido sostuvo, para protegerlos, la sombrilla. Nosotros llamamos, esperamos. Nuestro padre no apareció. Mi hermana lloró, nosotros todos lloramos, allí, abrazados.

Mi hermana se mudó, con el marido, lejos. Mi hermano se decidió y se fue, para una ciudad. Los tiempos cambiaban en la lenta prisa del tiempo. Nuestra madre acabó yéndose también, para siempre a residir con mi hermana. Había envejecido. Yo me quedé aquí, el único. Nunca podría casarme. Yo permanecí, con los bagajes de la vida. Nuestro padre me necesitaba, lo sé —en su vagar por el río por el yermo— sin dar razón de su actitud. Cuando yo quise saber, y, resuelto, indagué, me dijeron lo que se decía: nuestro padre, alguna vez, había revelado la explicación al hombre que le preparó la canoa. Pero, ahora, ese hombre ya había

muerto, nadie que supiese, que hiciese memoria de nada. Sólo las falsas habladurías, sin sentido, como aconteció, en el comienzo, con las primeras crecientes del río, con lluvias que no escampaban, todos temieron el fin del mundo, decían: que nuestro padre había sido el elegido como Noé, y que, por lo tanto, con la canoa se había anticipado; pues ahora medio lo recuerdo. Mi padre, yo no podía condenarlo. Y apuntaban ya en mí las primeras canas.

Soy hombre de tristes palabras. ¿De qué tenía yo tanta, tanta culpa? Si mi padre siempre ponía ausencia: y el río —río— río, el río —ponía perpetuidad. Yo sufría ya el comienzo de la vejez —esta vida era sólo demorarse. Yo mismo tenía achaques, ansias, cansancios, torpezas del reumatismo. ¿Y él? ¿Por qué? Debía padecer demasiado. Por más avejentado, no iba día más, día menos, a flaquear en su vigor, a dejar que la canoa se volcase o que flotase sin pulso, en el andar del río, para despeñarse, horas abajo en el estruendo y en la caída de la cascada brava con hervor y muerte. Apretaba el corazón. Él estaba allá, sin mi tranquilidad. Soy inculpado de lo que no sé, con herida abierta dentro. Sabría, si las cosas fueran distintas. Y fui madurando una idea.

Sin demorarme. ¿Soy loco? No. En nuestra casa la palabra *loco* no se usaba, nunca más se usó, los años todos, nunca a nadie se acusó de loco. Nadie es loco. O, entonces, todos. Lo fui, porque fui allá. Con un pañuelo, para hacer más visible la señal. Estaba en mis cabales. Esperé. Por fin él apareció, ahí y allá, el bulto. Estaba ahí, sentado en la popa, estaba allí, a la voz. Llamé, unas cuantas veces. Y hablé, lo que me urgía, jurando y declarando, tuve que reforzar la voz: —«*Padre, usted está viejo, ya cumplió lo suyo... Ahora, usted viene, no precisa más... Usted viene, y yo, ahora mismo, cuando quiera, los dos de acuerdo, ¡yo tomo*

su lugar, el de usted, en la canoa...!» Y, así diciendo, mi corazón batió en el compás seguro.

Él me escuchó. Se levantó. Manejó el remo, en el agua, de proa hacia acá, conforme. Y yo temblé, hondo, de repente: porque antes, él había erguido el brazo y hecho un saludo —el primero, después de tantos años transcurridos. Yo no podía... Con pavor, erizados los cabellos, corrí, huí, me arranqué de ahí en un proceder desatinado. Porque me pareció que él venía: de la parte del más allá. Y estoy pidiendo, pidiendo, pidiendo un perdón.

Sufrí el severo frío de los miedos, enfermé. Sé que nadie supo más de él. ¿Soy hombre, después de este perjurio? Soy el que no fue, el que va a callar. Sé que ahora es tarde, y temo concluir mi vida en la mezquindad del mundo. Pero entonces, al menos, que, en el capítulo de la muerte, me agarren y me depositen también en una simple canoa, en esa agua, que no cesa, de extendidas orillas: y, yo, río abajo, río afuera, río adentro —el río.

7

BIRLIBIRLOPSIQUICIA

Aquello en la noche de nuestro teatrito fue de ¡Oh! El estilo despavorido. Por lo que sé, que se sepa, nadie, por si solo, supo bien lo que hubo. Todavía, hoy, pasados tantos años, uno se acuerda: pero, más del repente que del desorden, y menos del desorden que de rumor. Después los curas hablaron de poner fin a fiestas como esas en el Colegio. Quien nada podía explicar el ensayador, Dr. Bermúdez, catedrático de corografía e historia patria, volvió a su rincón, su tierra; si vive, allá estará ya pasado de viejo. ¿Y el endiablado negrito Alfeu, jorobado? Astramiro, ahora en la aviación, y Joaquincas —*bookmaker* y actividades adyacentes— con ambos alguna vez me encuentro, los hechos se recuerdan. La obra iba a ser el drama «Los Hijos del Doctor Famoso», sólo en cinco actos. ¿Tuvimos la culpa de su no desenlace, los elegidos para representarlo? A veces pienso. A veces no. Desde la hora en que, justo en un recreo de después del almuerzo, el bedel Sr. Siqueira, el *Surubín*, sesudo de misterios, vino a llamarnos para la gran novedad, el pacto de puro entusiasmo nuestro había avanzado sin detenerse. Éramos once, digo, doce.

Aturdidos, pues. El padre Prefecto, solemne modo, nos hizo la comunicación. Después, con el Dr. Bermúdez allí al lado, se rezó el padrenuestro y tres avemarías, a las luces del Espíritu. Ahí, el Dr. Bermúdez, que empuñaba el libro, discursó un resumen, para nuestros corazones, con todas las ganas. Entonces, ca-

da uno tuvo que leer del texto algún pasaje, extrayendo de sí la bonita voz, lo mejor que pudiese; se leyó arrebatadamente. Sólo Ze Boné no se achicó por el peor, y promovió risas, de completo beocio, que era. Cuando el Dr. Bermúdez nos despachó, nos acordamos de que en el grupo estaban peleados los dos más decididos y respetados —Ataualpa que iba a ser el *Doctor Famoso*, y Darcy, el *Hijo Capitán*. Pero los mismos en seguida convinieron en hacer las paces sin que nosotros interviniéramos, ofreciéndonos de mediadores. Se reconciliaron, dando, todavía, Ataualpa a Darcy un sello del Transvaal, y Darcy a Atualpa uno de Tasmania o China. Luego ellos, de jefes, nos miraron de arriba, y empezaron las órdenes: —*¡«Nadie cuente nada del drama a los demás!»* Concordamos, se combinó, juramos. Se carecía de unos momentos para ajustarse la grandiosa alegría en los recovecos de nuestras cabezas. No así Ze Boné, por cierto.

En efecto, Ze Boné, regularmente, tonto. Sin hacer caso de compañía o asuntos, se pasaba los recreos reproduciendo películas de cine: corría y brincaba, rápido, de acá para allá, fingía galopes, disparaba tiros, asaltaba la malaposta intimando y poniendo manos arriba, y besaba al final —figurando a un tiempo de galán, la joven, bandidos y comisario. De él, bien, se reían. El necio. Asimismo, hallaron que para el teatro él me pasaba; decidiendo, el padre Prefecto y el Dr. Bermúdez, que, por retraído y no muy desenvuelto, yo no servía para cualquier escena. No fuese el padre Director, que en buena hora venía entrando, a declarar que, aplicado, y con voz variada, cierta, de recitador, yo podía con ventaja ser el apuntador. Me sonreí de los otros, amigos, que de mí se burlaron. Joaquincas, el que iba a personificar al *Hijo Cura* me dio dos marcas nuevas de cigarros, y yo a él, dos monedas de cinco céntimos, y el medio pan que estaba guardando

en el bolsillo. En eso, Darcy y Ataualpa se hicieron de valor, alegaron no ser Ze Boné competente para las dispuestas obligaciones. Pero el padre Prefecto nos reprendió la soberbia, tanto que el papel que le tocaba a Ze Boné, de *un policía* se parlamentaba de lo más sencillo, escaso de habla. De nada servía al Araujito, haciendo del *otro policía*, poner la cara amargada: se acabó la opinión de la cuestión. No que Ze Boné a nosotros nos llenase —de inquietas cautelas. ¿El secreto, iba él a poder guardarlo?

Más, ahí, tuvimos dudas. ¿Si los demás alumnos se reuniesen para, a la fuerza, querer hacernos contar el enredo del drama? ¡Dos de ellos nos preocupaban, fuertes, de los mayores entre los internos, no requisitados para el teatrito por mal comportados e incorregibles! Tanziano y el Sopetón, centro delantero de nuestro equipo de fútbol. Y yo, aquí, tuve la idea. Precisábamos imaginar, rápido, algún otro cuento, más inventado, que falsamente íbamos a contar, embaucando a los demás en el engaño. Y de Ze Boné quedaría siempre uno cerca, cuidándolo.

Sin razón, se ve, esas preocupaciones. Ze Boné, nada de nada contaba. Ni en el enredo del drama ponía sentido, a no ser algún chiste o peripecia, pronto y mal encajados en sus películas de cine; pues él continuaba a describe —vivirlas, con aquella valentía y el ágil no cansarse, sorprendentes. Y Tanziano y Sopetón en el asunto del teatro ni tocaban, fingiendo, seguramente, no dar la debida importancia. Pero el otro cuento, por nosotros tramado, proseguía, aumentaba, con singulares-en-extraordinarios episodios, que uno u otro venía y proponía: el «fusilado», «el tren del duelo», la máscara: «hocico de perro», y, principalmente, el «estallido de la bomba». Oían, gustaban, exigían más. Hasta el negrito Alfeu, hijo de la cocinera, y lisiado, volvía arrastrándose con rapidez para escucharlo, mientras

Surubín no lo veía y echaba de ahí. Ya, entre nosotros, era el «nuestro cuento» que, a veces, llegábamos a preferir al otro, el «cuento de verdad», del drama. El cual, sin embargo, por mi orgullo de «apuntador», había yo puesto ahínco en retener de cabo a rabo de memoria y salteado. Sólo me descontentaba, en la noche de la fecha deber quedar encubierto del público, debajo de aquella caja o calabaza, que por ahora aún no se tenía en los ensayos.

—«*Representar es aprender a vivir más allá de los livianos sentimientos, en la verdadera dignidad.*» —nos exhortaba el Dr. Bermúdez, sobre sus serias barbas. Atahualpa, el «Pechudo», y Darcy, el «Pintado» determinaban que se acabase, en el acto, con esa tontería de apodos. Unas doñas estarían costurando las ropas que íbamos a revestir, los chaquetones del *Dr. Famoso* y del *Amigo*, la sotana del *Hijo Cura*, el uniforme del *Hijo Capitán*, sólo trajes. Se propuso tratarnos sólo por los nombres del drama: Mesquita el «Hijo Poeta», Rutz el «Amigo», Gil el «Hombre que sabía el secreto», Nuno el «Delegado»... El Dr. Bermúdez dirimía los estorbos: en vez del «Criado», Niboca mejor se llamaría el «Fámulo», Astramiro el «Redimido» y no el «Hijo Criminal»; yo, el «Maestro Traspunte». —«*Acuérdense: circunspección y majestad*»... profería el Dr. Bermúdez —...y: «*Duradero el arte y breve la vida— ¡una preconización de los griegos!*» Nos inquietábamos, no fueran a destituirnos de aquel sueño. Íbamos a proceder muy bien hasta el día de la fiesta, no fumar a escondidas, no charlar en las filas, esquivar a la mínima regañina, poner atención en las clases. Los que no éramos «Hijos de María», impetrábamos hacer parte. Joaquincas comulgaba a diario, se veía sólo ideal, ya cura y santo. Todas las tardes a partir del recreo de después de cenar, se subía para el ensayo, demorado, librándonos de los estudios de la noche bajo la doble mi-

rada de *Surubín*; esa ventaja también nos envidiaban los otros. —«*¡Ea! ¡Brío! Obstinémonos. Decoro y firmeza.* ¡Ad astra per aspera! *Siempre dúctiles a mis enseñanzas...*» —Dr. Bermúdez observaba. Suspirábamos por el perfecto, el estricto juego de escena, a atormentarnos. No así el Ze Boné, seguramente. Ese entraba marchando, hacía venias, pero no había caso de corregir palabra ni media palabra. Y ya el día, viniendo próximo, no más dos semanas. ¿Por qué no sustituir al estafermo? No el Dr. Bermúdez: —«*¡Señores discípulos míos, para persistir en el prepararlos, no me desfallece la perseverancia!*» Ze Boné, por el tono, sacaba algún entender, se empinaba sin confundirse y contento. Ah, su «enseñanza», al rigor, en verdad, sería para que él nos pagase. No por ahora. Sólo se ansiaba. Siempre juntos, lo notable, renegados los planes para las vacaciones, y aun sólo por alto recordado el afán del fútbol.

Si no los tiempos y contratiempos. ¿Se burlaban de nosotros los demás? Citando, con aires, lo que no entendíamos siquiera. Decían ya saber el verdadero cuento del drama, y que no pasábamos de impostores. Cierto, circulaba otra versión, completa, por suerte, bien preparada, pero del todo mentirosa. ¿Quién la había divulgado? Gamboa, chistoso, de mucha inventiva y labia, que afirmaba, a pie juntillas, estar adueñado de la verdad. ¡El colmo de perro! A él, pasada la fiesta, se juró también una paliza. Por ahora, sin embargo, teníamos que combatir ese cuento de Gamboa que nos dejaba humillados. Repetíamos, entonces, sin cesar, «nuestro cuento» con fuerte carácter de sinceridad. Siempre había los partidarios de uno y de otro, no raro cambiaban de grupo, una que otra vez, por día. ¿Tanziano y Sopetón comandaban el bando de los Gamboas?

—«*Entreguémonos a la suma justicia del Omnipo-*

tente...» —proferia el Joaquincas. —«*¡Unos salvajes! ¡Les arrimo candela!*» —el Darcy rugía, o el Atahualpa. Pero: «*...El réprobo, el ímprobo, que me cisma los días...*» —ya, se va vago, desenfrenado. El *Surubín* decía que nuestro teatro robaba a la enseñanza, y que no era verdad que, en los exámenes, ganaríamos buenas notas de cualquier modo. ¿Posible? Sopetón estaba organizando otro equipo de fútbol, porque nosotros mal entrenábamos; ¡miserias! Para ver si Ze Boné sentaba el juicio, ¿valdría no dejarlo dar más su cine? Y, justo, ciertas escenas del drama, legítimas, estaban siendo divulgadas. ¿Habría entre nosotros un traidor? No. Se descubrió: ¡el Alfeu! El jorobado, piernas retorcidas y blandas, casi de no poder caminar, pero capaz de deslizarse ligero por los corredores y escaleras, como culebra; ¡y que venía a escuchar los ensayos, detrás de las puertas! Sólo que, con Alfeu, aún posfiesta, no se le podía ir a los manotazos: él hurtaba, para nosotros, pan, dulces, chocolatines, cosas de la cocina de los curas. ¿Teníamos que alquilarle el silencio? Todo, felizmente por tres días. Ya el Dr. Bermúdez, desistido de introducir en Ze Boné su parte, lo había intimado a representar de mudo, apenas, proscrito el abrir la boca en el escenario. Me dolía un diente, podía hinchar la cara; ¿o no, no dolía? Todo por dos días, sólo. Tanziano y Sopetón, ¿qué amenazaban? Todo por día y medio, por la víspera. Por lo que, se estremecía y se ardía. Era en esa víspera, nuestro ensayo general.

—«*¡Sus y ea! Abroquelémonos...*» El Dr. Bermúdez se paseaba levemente. Nos salía el ensayo general con brillo y pompa, todos en la punta de la lengua sus papeles —para disgusto mío. ¿No precisarían de apuntador? Mas en eso sobrevino el trueno de Júpiter. El padre Director había asistido al quinto acto. Él era abstracto y serio: no veía a quien. Sin realces dijo: que nosotros estábamos ciertos, pero demasiado acertados,

sin acometimiento de vida válida, sin la propia, pronta naturalidad... Nos desmontó, tontos de consternados. Y ya en la noche, tan tarde. De nuestro Dr. Bermúdez, empalideciendo hasta la barba: «*Señores alumnos míos*... Ad augusta per angusta...» —él gimió— «*Durmamos*...».

Y quién dijo que al otro día, siguiente, domingo —¡el día!... íbamos a tornar a ensayar, ensayar, ensayar, señor, pero— con los alborotos, las cortas horas, pocas: la misa demorada, la gente ganando pan de miel y bizcochos en el café, teniéndose que ayudar a arreglar el teatro, la caja del apuntador, verde, repintada fresca, las muchas jóvenes y señoras aparecidas, llegadas nuestras ropas teatrales, nuevecitas en los envoltorios, mientras se decía que Tanziano y Sopetón estaban reuniendo unos, que nos iban a amasar, armar jarana y pelea, y llegando visitas, los padres, los parientes, de afuera, para asistir, recorrían el Colegio, ¡y ahora se decía que el bando de Tanziano y Sopetón, los Gamboas, iban a darnos la tremenda vaya! —y el Dr. Bermúdez, de repente enfermo, del hígado, cólicos, temiendo nosotros que no pudiese ser la fiesta, y traían los programas prontos, de nuestro teatro, hasta el Alfeu, vestido con ropa nueva, marinera, su mamá lo hacía andar hoy con muletas, y el Dr. Bermúdez ya sanado, levantado, las sumas negras barbas, por la tarde, la cena temprano, botella de limonada, y gallina, empanadas, postre de dos dulces, que ni pude, porque ya venía derecho a decir el *Surubín*, satisfecho, bien que yo había temido ya mala suerte de última hora, pasado todo el día así, ¿de oreja con la pulga atrás?

Silencio. El *Surubín* venía hacia el Ataualpa. Estaba en la portería el tío de Ataualpa —el padre de Ataualpa era diputado, estaba a la muerte en Río de Janeiro. Ataualpa tenía que viajar, en tren, dentro de

dos horas. ¿Y el teatro? ¿El espectáculo? Ataualpa ya se iba con *Surubín*, cambiar de ropa, arreglar la valija. Pero, era imposible que no hubiese teatro, era para beneficio. Y... Sólo quien podría ser en vez de Ataualpa, quien sabía de memoria todos los papeles, el *Doctor Famoso*: ¡yo! Ah, y el «apuntador» sería, óptimo, el Dr. Bermúdez. Se dijo, se hizo.

El contentamiento —el miedo. ¿El chaqué? El pueblo. El —allí, quién medio escondido tocándome— ¡el Alfeu! —«*Quieres un trago...*» —de lo que él había hurtado; una botella de ginebra, de la bodega de los curas —decía que era para dar más alma al valor. Yo no quise. ¿Y los otros? ¿Ze Boné? El Alfeu no sonreía, silbaba. Yo no quería saber de los otros, ya me estaban vistiendo, el chaqué me quedaba un poquito ancho, una nada. A los otros tampoco debería gustarles que las señoras y señoritas les pasaran coloretes por la cara; ¡lo que no era de hombres! —y repintándonos los ojos y la hora enorme. El teatro, inmensamente, la platea: —«*Nadie más cabe.*» —La multitud de cabezas, bulla de gente entrando y sentándose, rumor, rumor, —ah, las luces. El Dr. Bermúdez de chaqué también:— «*Excelsior*» —medio desanimado. No era el montón de momentos, sí, no. Era la hora en la hora. Parecía que nos empujaban —para lo del todo sin propósito. Me ponían hacia adelante. Sólo oí las luces, aviste demasiado. El silencio.

Yo estaba allí, quedo, parado, de chaqué, a orillamundo del público, enfrente. Y, ¿qué querían de mí? ¿Qué esperaban? Atrás, los compañeros tocándome; ¿ésta era hora para capirotazos? Y ¡oh! —súbito, a súbitas yo reconocía en la platea, tan llena, todos, en cada uno su lugar: Tanziano, el Sopetón, el Gamboa, el *Surubín*, el Alfeu, el padre Director... ¡Oh! —y me había acordado de la cosa terrible, Dios mío, ¿entonces nadie había pensado en eso, antes? Porque aquel arreglo de

todos nosotros en el escenario, dispuestos en el proscenio, yo adelante, era conforme lo escrito en el programa: El Ataualpa, primero, debía recitar unos versos, que hablaban de la Virgen Patrona y de la Patria. Pero, esos versos, ¡yo no los sabía! Sólo Ataualpa los sabía, y Ataualpa estaba lejos, ahora, viajando con el tío, en tren, el padre a la muerte. Yo, no. Yo: tieso y flojo, en el engorro, mal en sudor frío y caliente, no teniendo dale que darás, tartamudo de e-e-e, en el ni modo, sólo espanto.

El minuto se paró. Se reían frente a mí a los millares. De allá, de la fila de los curas, me hacían gestos: de órdenes y de preguntas, furiosas señas, me explicaban lo que yo ya sabía que no sabía, no podía. Sacudí que no, di vueltas a los bolsillos, para demostrar que no tenía los versos. Me instaban. —«*¡Bajen el telón!*» —escuché la voz del padre Prefecto. El Dr. Bermúdez en su bobo hoyo raspaba el garguero. Torné a no mirar; hablé alto. Grité, tremolé tan entonces: —«*¡Viva la Virgen y viva la Patria!*» —grité.

Resonaron fuertes aplausos. —«*¡Bajen el telón!*» —era aún el padre Prefecto en el bastidor. Porque, ahora, era de veras la hora, para quedarnos en el escenario sólo el *Doctor Famoso* y sus cuatro *Hijos* y entonces el telón volvía a subir, para abrir la primera escena del drama. —*¡el telón!* Pero el telón no bajó, seguramente estaba atascado; no bajó, nunca. Con confusión. Los que tenían que salir de escena, no salieron. Tornamos a adelantarnos todos, sin palo ni piedra, en fila, como soldados, zopencos. Y, ahí, vino la vaya. Salió de estampida...

La vaya que nadie imaginaba. Lo que era un mar —patulea, todos en maullidos, rebuznos, silbidos: pateada. Nosotros, nada. Allí formados, soldados de veras, cambiando de color, de amargor— «*¡Atención! ¡Sométanse!*» —pero, ¿ni los curas a aquello podían po-

ner un cobro? Por poco, el Dr. Bermúdez iba a surgir de allá, de la caja, mas no pudo, y se echó para abajo. Nosotros firmes, sin mover el paso, mientras la vaya era zumbada. La vaya paró. La vaya recomenzó. Aguantábamos. «*¡Ze Boné! ¡Ze Boné!*» —aquellos gritaban también, después y durante esa vaya, o en intervalos. —«*¡Ze Boné!...*» Fue suficiente.

Ze Boné brincó hacia adelante, Ze Boné brincó a un lado. Pero no era en película de lejano oeste ni en atolondramiento de diabluras. ¡Ze Boné empezó a representar!

La vaya paró, totalmente.

Ze Boné representaba —rígido y bien, cierto, a raya, atinado— para toda la admiración. Él desempeñaba un importante papel, lo que uno no sabía era cuál. Pero no se podía caer en la risa. En verdad. Él recitaba con mucha existencia. De repente se vio: en parte, lo que él representaba; ¡era del *cuento de Gamboa*! Resonaron muchos aplausos.

La pasmarota. En un instante, caliente, tomé vergüenza; creo que los otros también. ¡Eso, así, no podía! Lo imitamos. Comenzábamos, todos, de una vez, a representar *el nuestro* inventado *cuento*. Ze Boné también. La cosa que sucedió en medio de la hora. Fue en el ímpetu de la gloria —fue— sin combinación. Otros muchos aplausos resonaron.

Al principio, un disparate —las desatinadas pataratas, como juego de adivinanzas. El Dr. Bermúdez soplaba alto, bufante, sus réplicas y pies destemplados. De ellos, sólo poca parte se aprovechaba. Lo demás eran ligeras —y solertes seriedades. Palabras con otro aire. Yo mismo no sabía lo que iba a decir, diciendo y dicho —todo tan bien— sin salir del tono. Sé, por lo que más tarde me dijeron: todo tenía y formaba el fuerte, bello sentido, ese drama del ahora, desconocido, extravagante, de todos el más bonito, que nunca

hubo, nadie escribió, no pudiendo representarse otra vez, y nunca más. Yo veía a los del público acomodarse pretinas, gustosos, en el silencio completo. Yo veía —que nosotros éramos otros— a cada uno transformado. El Dr. Bermúdez debía de estar soterrado, desmayado en su correcta concha-de-apuntador.

Gritaban bis el *Surubín* y el Alfeu. Hasta el padre Director rio, como se ríe Papá Noel. Ah, nosotros: protagonistas, otros actores, las figurantes figuras, pero personificantes personajes. Así, apenas pasando, con la naturalidad de nunca, por sí entrante, la valiente vida, más extraída. Ze Boné, ¿era el mejor de todos? Ora, era. Ea. Y. Fulgura, fuerte. ¡Ze Boné! —un frémito la representación. El suceso, que venido no se sabe de dónde y cómo; alguien me dijo, que estaba allí, juró cómo fue.

Pero —de repente— ¿yo temí? A medio, a miedo, despertaba, y de aquel estro estrambótico. Esto: ¿aquello no paraba nunca, no tenía comienzo ni final? No había tiempo transcurrido. ¿Y cómo sensatamente terminar, entonces? Era preciso. E hice fuerza, conmigo, para soltarme del encantamiento. No podía, no me conseguía —para fuera del corrido, continuo, del incesar. Siempre aplaudían, un raudal, nuevas palmas. Entendí. Cada uno de nosotros se había olvidado de sí mismo, y estábamos transviviendo, sobrecreyentes de esto: ¿qué era el verdadero vivir? Y era demasiado bueno, bonito —lo maravilloso— uno volaba, en un amor, en las palabras: en lo que se oía de los otros y en nuestro propio decir. ¿Y cómo terminar?

Entonces, queriendo y no queriendo, y no pudiendo, sentí que: de un solo modo. Sólo una manera de interrumpir, la única manera de salir —del hilo, del río, de la rueda, del representar sin fin. Me fui para adelante, hablando siempre, para la orilla de la orla.

Todavía, antes miré. Tremolé. Di la voltereta. A propósito, me arrojé. Y caí.

Y, me parece, el mundo se acabó.

Por lo menos, el de aquella noche. Después, al día siguiente, sano y glorioso, yo en el recreo, vino Gamboa, entonces, y así me dijo: —«*¿Eh, eh, pues? ¿Viste cómo mi cuento era también de verdad?* Saltamos, nos agarramos en fiera pelea.

8

NINGUNO, NINGUNA

En la casa de la hacienda, hallada, al azar de otras diversas y recomenzadas distancias, pasaron y pasan, en la memoria de uno, irreversibles grandes hechos —reflejos, relámpagos, fulgores— pesados en oscuridad. La mansión extraña, huyendo, detrás de sierras y sierras, siempre, y a la orilla de la mata de algún río, que prohíbe el imaginar. ¿O tal vez no haya sido en una hacienda, ni en el desconocido rumbo, ni tan lejos? No es posible saber, nunca jamás.

Mas un niño se había introducido en la habitación, en el extremo de la veranda, donde se encontraba un hombre sin apariencia, aunque, por cierto, como curiosamente se dice, ya «entrado en años»; él debía ser el dueño de allí. Y en aquella habitación —que, de acuerdo con lo que se verifica, por lo general, en la región, en los caserones de las haciendas con alta y larga veranda, sería el «escritorio»—, hay, era una fecha. El niño no sabía leer, pero es como si la volviese a leer, en una revista, en el colorido de sus figuras; en su olor, igualmente. Porque lo más vivaz, persistente, y que fija en la evocación de uno lo demás, es lo de la mesa, escribanía, roja, del cajón, su madera, materia rica de calidad: el olor, del que *nunca más hubo*. El hombre sin aspecto intenta ahora parecerse a otro —uno de esos tíos viejos, o conocidos nuestros, de ellos el más silencioso. Pero, según se averiguó, no lo era. Alguien, apenas, lo había llamado, en la ocasión, con nombre de aproximada asonancia; y los dos, lo ignorado y lo sabido, se perturban. ¿Alguien más, pues,

había entrado allí? La Joven, imagen. La Joven es entonces la que reaparece, linda y recóndita. El recuerdo en torno de esa Joven irradia una tan extraordinaria, maravillosa luz, *que, si algún día yo encuentro, aquí, lo que está por detrás de la palabra «paz», me habrá sido dado también a través de ella.* En verdad, la fecha no podría ser aquélla. Si diversa, entretanto, se impuso, por cambio, en el juego de la memoria, por mayor causa. ¿Fue la Joven quien anunció, con la voz que así nacía sin pretexto, que la fecha era la de 1914? Y por siempre la voz de la Joven la rectificaba.

¿Todo no permaneció callado, tan hondamente, no existiendo, mientras vivían las personas capaces —quién sabe— de aclarar dónde estaba y por dónde anduvo el Niño en aquellos remotos, ya derogados años? Sólo ahora es que asoma, muy lenta, la difícil claridad reminiscente, tal vez al término del larguísimo viaje, viniendo a herirle la conciencia. Sólo no llegan hasta nosotros, de otro modo, las estrellas.

Sin embargo, ultramucho hubo lo que hay, por aquella parte, hasta donde la luz de mi más lejos, lo que certifico y sé. La casa —rústica o solariega— sin historia visible, sólo por sombras, tintes sordos: ¿la ventana parapetada, el descansillo de la escalinata, las vacías tarimas de los esclavos, el tumulto del ganado? *Cuando consiga recordar, ganaré calma, si consiguiera religarme: adivinar lo verdadero y real, ya habido.* ¿Infancia es cosa, cosa?

La Joven y el Joven, cuando entre sí, se pasaban una embebida mirada diferente a la de los otros; e irradiaba en ambos un modo igual, parecido. Se miraban uno al otro como los pajaritos oídos de repente cantar, los árboles en puntillas, las nubes desconcertadas: como del soplar las cenizas al resplandor de las brasas. Ellos se miraban para no-distancia, mudamente, sin saberes, sin caso. Mas la Joven estaba serena.

Mas el Joven estaba ansioso. El niño, siempre allí cerca, tenía que buscarles los ojos. *En la propia precisión con que otros pasajes recordados se ofrecen, entre impresiones confusas, quizá se agite la maligna astucia de la porción oscura de nosotros mismos, que intenta incomprensiblemente engañarnos, o, por lo menos, retardar que escrutemos cualquier verdad.* Pero el Niño quería que los dos jamás dejasen de mirarse así. Ningunos ojos tienen fondo; la vida también no.

A aquella casa, ¿cómo y por qué había venido el Niño? Quizá en desviado viaje, sin familiares. ¿Su estada se había esperado más corta, de lo que fue? Porque, antes, todos pensaban esconderle lo que había en un determinado cuarto, y hasta el paso por el corredor para el que daba aquel cuarto. *La duda que eso marcó, en el Niño, lo ayuda ahora a acordarse de mucho.* La Joven, sin embargo, era la más hermosa criatura que jamás fue vista, y no hay fin para su belleza. Ella podría ser la princesa en el castillo, en la torre. ¿Alrededor de la altura de la torre del castillo, no debían de volar las negras águilas? ¿El Hombre, viejo, quieto y sin hablar, sería, en realidad, el padre de la Joven? ¿El Hombre concordaba con todos, sin tristezas se callaba? *Las nubes son para no ser vistas. Hasta un niño sabe, a veces, desconfiar del estrecho caminito por donde se tiene que ir —orillando entre la paz y la angustia.*

Poco después, porque cambiasen de idea, o porque el Niño tuviese que pasar allá más tiempo, le dejaron saber lo que dentro de aquel dicho cuarto se guardaba. Le dejaron ver. Y lo que había allí era una mujer. Era una vieja, una viejita —de historia, de cuento— viejísima, la increíble. Tanto, tanto, que ella se había encogido, se había achicado, pequeñita como una criatura, toda arrugadita, desteñida: no caminaría, ni quedaba en pie, y casi no se daba cuenta de cosa alguna, perdida la claridad del juicio. No sabían más quien era,

trasabuela de quién, ni de qué edad, incomputada, incalculable, venida a través de generaciones, sin nadie, sólo aún, de la misma especie y figuras nuestras. Caso inmemorial, apenas con la incierta noción de que fuese parienta de ellos. Ella no podría más ser comparada. La Joven, con amor, la cuidaba.

Tenue, tenue, hay que insistir en el esfuerzo para algo remembrar, la lluvia que caía, la planta que crecía, *retrocedidamente, por espacio*, los candeleros, los baúles, las arcas, canastos, *en la tenebrosidad, la gris pantalla*, el oratorio, estampas de santos, *como si un pedazo de encaje antiguo, que se deshace al desdoblarse*, los olores, *nunca más respirados, suspensas florestas*, el marco de cristal, *florestas y ojos, islas que si blancas*, las voces de las personas, *extraer y retener, revolver en mí, poner en foco* las altas camas con torneados, un catre de cabecera dorada; *tal vez las cosas ayudando más, las cosas, que más perduran*: el largo asador de hierro en la mano de la negra, el batidor de chocolate, de jacaranda, en la repisa con tazones, picheles, jarras de estaño. El Niño, asustándose, había corrido a refugiarse en la cocina, oscura e inmensa, donde mujeres de gruesos pies y piernas se reían y hablaban.

¿La Joven y el Joven vinieron a buscarlo? El Joven le causaba antipatía y rencor, de él ya tenía celos. La Joven, de tan extremada hermosura, vestida de negro, y ella era alta, alba, alba; ¿parecía estar de madrina en un casamiento, o en un teatro? Ella alzó al Niño, olía a un venir de verde y a rosa, más suave que las rosas huelen, más grave. El Joven le sonreía, exacto. Lo tranquilizaban, decían que la viejita no era la Muerte, no. Ni estaba muerta. *Más bien, era la vida. Allí, en un solo ser, la vida vibraba en silencio, dentro de sí, intrínseca, sólo el corazón, el espíritu de la vida, que esperaba. Existir todavía aquella mujer, parecía un*

desatino del que ni ella misma tuviese la culpa. Pero el Joven no se reía más. Allá estaba también el Hombre callado, de espaldas, hasta de pie él rezaba el tercio, en un rosario de negras camándulas.

Decían al Niño, le demostraban que la viejita no era aparición, sino persona. Sin saber su verdadero nombre, la llamaban la «Neña». Se quedaba tan quieta en medio de la alta cama de torneados, el catre de cabecera dorada, que allí casi desaparecía, en los paños, algo inviolable en su exigüidad, y respiraba. Tenía color de cidra, en todas las arruguitas —y los ojos abiertos, garzos. ¿Lo que no tenía eran párpados? Mas un temblorcito, una babita, en lo marchito, la boca, y era lo dulcemente incomprensible. El Niño sonrió. Preguntó: —«*¿Ella belladormeció?*» La Joven lo besó. La vida era el viento queriendo apagar una lámpara. El caminar de las sombras de una persona inmóvil.

La Joven no quería que cosa alguna sucediera. ¿La Joven tenía un abanico? El Joven la conjuraba, suspensos ojos. La Joven dijo al Joven: —«*Todavía, tú no sabes sufrir...*» —y ella temblaba como los claros aires. *Tengo que acordarme. Es el pasado que vino a mí, como una nube, viene para ser reconocido: apenas, no estoy sabiendo descifrarlo.* Estábamos en el gran jardín. Para allá, habían traído también la Neña, viejita.

La traían, a tomar el sol, acomodadita en un cesto, que parecía cuna. Todo tan galano, que el Niño de repente se olvidó y se precipitó: ¡quería jugar con ella! La Joven se lo impidió apenas con blandura, sin reprocharlo, ella se sentaba entre madreselvas y alhelíes, insustituíble.

La miraba a la Neña, extremosamente, lento, por el curso de los años, por los diferentes tiempos, ella también niña ancianísima. La había abrigado con un chal antiguo, de la viejita no se veían las manos. Solamente lo gracioso, pueril acondicionamiento, el lento

impalparse, amable ridiculez. Le daban en la boca comidita blanda. A veces se le volvían unas sonrisitas, un sonar de tos, llegaba a hablar —y escasamente podía ser entendida— en el semisusurro más discreto que el revoloteo de la mariposita blanca. ¿La Joven la adivinaba? Pedía agua. La Joven traía el agua, venía, en las dos manos, el vaso lleno hasta los bordes, sonriendo igual, sin dejar caer una sola gota —uno pensaba que ella debía haber nacido así, con aquel vaso de agua por el borde, y conservarlo hasta la hora del desnacer: de él nada se derramaría.

No, la Neña no reconocía a nadie, enajenada de fin, sólo un pensar sin inteligencia, inmensa omisión, y ya condenados secretos —corazón imperceptible. *Sin embargo, en el vaguear de los ojos, se le sorprende al inmanecer de la bienaventuranza, desacostumbrada benignidad, lo bueno fantástico.* El Niño preguntó: «*¿Ella está ahora llena de juicio?*» La Joven fijó la mirada como el claro de luna que reanima. El rumor de la gran tijera podaba los rosales. Era el Hombre viejo, de pie, a contraluz, hombre muy alto. El Joven sostuvo la mano de la Joven, él estaba enamorado. El Niño se recogió, mirando al suelo, en una tristeza de disgusto.

El Hombre viejo sólo quería ver las flores, quedarse entre ellas, cuidarlas. El Hombre viejo jugaba con las flores. *Se cierra la niebla, el oscurecido, hay una muralla de fatiga. ¡Orientarme! —como un riachuelo, a las vueltas, que intentase subir la montaña.* Había un hilo de cáñamo que uno enrollaba en un palito. La Joven repetía muchas cosas, muy mansas, al Joven. *Necesito recuperarme, desdesacordarme, excogitar —¿qué sé?— de las camadas angustiosas del olvido. Como viví y cambié, también el pasado cambió. Si yo consiguiera retomarlo.* De lo que hablaban el Joven y la Joven. Del viejo Hombre su padre, desengañadamente enfermo, para cualquier momento, mortal.

—«¿Y él ya lo sabe?» —el Joven preguntó. La Joven, con un pañuelo blanco, muy fino, limpiaba la hundida boca de Neña, viejita. —«*¡Él sabe. Pero no sabe por qué!*» —ella habló, había cerrado los ojos, tiesa, de pie. El Joven se mordió, un instante. —«*¿Y quién lo sabe?*» «*¿Y para qué saber por qué hemos de morir?*» dijo. La Joven, ahora, era quien tomaba su mano.

Vuelvo a recordar. Cuando amodorro. De como fuese posible que tan del todo se perdiera la tradición del nombre y persona de aquella Neña, viejísima, antepasada, pero conservada allí, por su pueblo de parientes. Alguien antes de morir se acordaba, todavía, de que no se acordaba: ella sería apenas la madre de una otra, de una otra, de una otra para atrás. Antes de venir para la hacienda, habría residido en ciudad o pueblo, en una cierta casa, en la Plaza, cuidada por unas hermanas solteronas. Esas mismas, ya no contaban. Había sucedido que, hace tiempo, casi todas las antecedentes mujeres de la familia, de rueca y huso, sucesivamente habían muerto, casi de una vez, de mal de semana, fiebre de parto; de ahí, quebrado el conocimiento, los hombres mudándose, había quedado confiada a extraños la Neña, viejita, que duraba, visible, más allá de todos los límites del vivir común y de la vejez, en la perpetuidad. *Entonces el hecho se disuelve. Los recuerdos son otras distancias. Eran cosas que se quedaban ya a la orilla de un gran sueño.* Uno crece siempre sin saber para dónde.

Trasvisto, sin sofrenarse, cerrando los dientes, el Joven argüía con la Joven, ella firme y dulzura. Ella había dicho: —... «*esperar, hasta la hora de la muerte...*». Sombrío, nervioso, el Joven no podía entender, considerar el impedimento. Porque la Joven explicaba: que no la muerte del padre, ni de la viejita Neña, de quien era la cuidadora. Habló: —«*Sino la nuestra muerte...*» Sobre este punto ella sonreía —mucho—

flor, límite de transformación. ¿Se había obligado por un voto? No. Pero dijo: —«*Si yo, si tú me quieres... ¿Y cómo saber si es el amor cierto, lo único? Fuerte es el poder errar, en los engaños de la vida... ¿Serías capaz de olvidarte de mí, y, así mismo, después y después, sin saberlo, sin quererlo, continuar queriéndome? ¿Cómo lo sabe uno?* Escuchada la contestación de la Joven, el Niño se estremeció, quería que ella no hubiese hablado. *Reperdida la remembranza, la representación de todo se desordena: es un puente, puente —pero que, a cierta hora, se terminó, parece que. Se lucha con la memoria.* Aturdido, el Niño, casi inconsciente, como si no fuese nadie, o si todos una sola persona, una sola vida fuesen: él, la Joven, el Joven, el Hombre viejo y la Neña viejita —sobre quien llevó la mirada.

Se ve —cerrando un poco los ojos, como pide la memoria: el reconocimiento, la recordación del cuadro, se aclara, se desempaña. Desesperado, el Joven, lívido, ríspido, hablaba con la Joven se agarraba de las barras de la verja del jardín. Había dicho que era un hombre sencillo, sano de juicio, para no tentar a Dios, sino para seguir el vivir común por sus medios, por los llanos caminos. *¿Qué será, ahora, si la Joven no lo quiere retener, si ella no concuerda?* La Joven, lágrimas en ojos, pero mediante la sonrisa, linda ya de otra especie. Ella no concordó. Sólo miraba, con enorme amor para el Joven. Entonces él le volvió la espalda. Y la Joven se arrodilló, recurvada sobre la cuna de la Neña, viejita, y lloraba abrazándola —ella se abrazaba al inconmutable, inmutable. Tanto, de una vez, se separaba de los demás, que aún el Niño no podía querer quedarse con ella, consolarla. El Niño, contra todo lo que sentía, acompañó al Joven. El Joven lo aceptó, le tomó la mano, juntos caminaron.

El Joven había venido con tropiezo, palpando las paredes, como los ciegos. Y entraron en el cuarto, al

extremo de la veranda, en el escritorio. Aquella mesa escribanía olía tan rico, la madera roja, el cajón, le gustaría al Niño, guardar para sí la revista con las figuras coloreadas; mas no tuvo ánimo para pedir. El Joven escribió una esquela, para la Joven, allí depositó. Lo que en ella estaba no se sabe, nunca jamás. No se vio más a la Joven. El Joven partía para siempre, tornaviajero, con él iba el Niño, de vuelta a casa. El Joven, con capa de bayeta azul, lo llevaba, delante de la silla. Volvieron los ojos, ya la distancia: del umbral, en la puerta, sólo el Hombre alto, sin poderse verle el rostro, desconocidamente, les hacía más ademanes de adiós.

El viaje debía de ser largo, con aquel Joven, que hablaba con el Niño, lo trataba mano a mano, carecía sellar palabras. Él, el Joven, dijo: —«*¿Será que puedo vivir, sin olvidarme de ella, hasta la gran hora? ¿Será que en mi corazón, ella tiene razón?...* El Niño no contestó, sólo pensó fuerte: —«*¡Yo, también!*» Ah, él sentía ira de ese Joven, ira de rivalidades. Del Joven que otras cosas repetía, que él no quería percibir. Pidió: ¿si podía ir a la grupa, en lugar de en el arzón? Él quería no quedar cerca de la voz y del corazón de ese Joven, que él detestaba. *Hay horas en las cuales, de repente, el mundo se vuelve chiquito, pero en otro de repente él ya vuelve a ser demasiado grande, otra vez. Uno debe esperar al tercer pensamiento.* Ahora el joven no hablaba. Fallido, ido, en otra confusión rompió a llorar. Poco a poco, el Niño, despacito, lloraba también, el caballo resollaba. El Niño sentía: que si de alguna manera pudiese gustarle, por querer, ese joven, entonces era un modo de quedarse más cerca de la Joven, tan linda, tan lejos, para siempre, en la soledad. Entonces se vio en casa. Había llegado.

Nunca más supe nada del Joven, ni quién era, venido conmigo. Me fijé en mi padre, que tenía bigotes.

Mi padre estaba dando órdenes a dos hombres, para que levantasen el nuevo muro del fondo. Mi madre me besó, quería tener noticias de mucha gente, miraba si yo no me había rasgado la ropa, si todavía conservaba en el pescuezo, sin perder ninguno, los santos de todas las medallitas.

Y yo tuve que hacer alguna cosa, de mí, lloré, grité, para ellos dos: —«*¡¿Ustedes no saben nada, de nada, oyeron?! ¡Ustedes ya se olvidaron de todo aquello que, algún dia, sabían!...*»

Y ellos bajaron las cabezas, creo que se estremecieron.

Porque yo desconocí a mis Padres —me eran extraños; jamás podría verdaderamente conocerlos, yo; ¿Yo?

9

FATALIDAD

El caso fue que un hombrecito, recién llegado a la ciudad, vino a casa de Mi Amigo, por cuestión de vida o muerte, a pedir providencias. Mi Amigo, de vasto saber y pensar, poeta, profesor, ex-sargento de caballería y comisario de policía. Por todo, tal vez, costumbraba afirmar: —«*La vida de un ser humano, entre otros seres humanos, es imposible. Lo que vemos es apenas milagro salvo mejor razonamiento.*» Mi Amigo, fatalista.

En la fecha y hora, estábamos en el fondo de su jardín, tirando al blanco con carabinas y revólveres, enrevezadamente. Mi Amigo, a buen seguro que, en el mundo, nadie, jamás tiró tan bien cuan él —en afinar la puntería y rapidez en sacar el arma; gastaba en eso por día, cajas de balas. Estaba justamente especulando: —«*Los únicos que entendían de todo eran los griegos. La vida tiene pocas posibilidades.*» Fatalista como una loza, Mi Amigo. Sucedió que en ese instante lo vinieron a llamar, el hombrecito lo buscaba.

El cual, se veía que era aldeano, aire y traje. Se le daba entre veinte y tantos y treinta años; debería tener mucho menos por lo tanto. Menudo, molido. Pero concreto como un tapir y cargado el rostro, grabado, tan sometido, el pobre; las manos callosas del azadón. Mi Amigo lo mandó sentarse y esperar, continuó, bajo, la conversación: creo que, sólo para poder observar mejor al otro de cuando en cuando, de reojo, preparándole la valoración. De lo que dijo: —«*Si el destino*

son componentes consecutivos —además de las circunstancias generales de persona, tiempo y lugar... y el karma...» En definitiva Mi Amigo existía, mucho. No se fornecía solamente figura de fábula, entiéndase. El hombrecito se había sentado en la punta de la silla, pies y rodillas juntos, agarrando con las dos manos el sombrero; todo limpito pobre.

Invitado a hablar, manifestó que de nombre José de Tal, pero, con perdón, de apodo Ze Centeralfe. Se sentía que él era un sujeto ya dueño de sí; ni estaba muy nervioso. Enredábase al hablar, por gravedad: —«*Soy hombre de mucha ley... Tengo un primo ujier... Pero no me abarca su socorro... Soy muy amante del orden...*» Mi Amigo murmuró más o menos: —«*No estamos bajo la ley, sino de la gracia...*» —presumo que citase epístola de San Pablo; y recelé que no le simpatizase Ze Centeralfe. Pero el hombrecito, puesto en larga cruz, y porque se hallase rebajado, casi deshonrado —y amenazado— había venido a dar parte. Recogió el sombrero que había caído al suelo, con la mano lo sacudía.

Volvió a presentarse: que era casado, por lo civil y la iglesia, sin hijos, morador en el pueblo de Pai-do-Padre. Vivía tan bien, con la mujer, que se divertía con lo cotidiano y en el trabajo no encontraba disgusto. Pero, por obra del mal, sucedió que fue a infernar allá un bullanguero, advenedizo, se insinuó desvergonzado con la mujer, la miró con ojo caliente... —«*¿Cuál es el nombre?*» —Mi Amigo lo interrumpió; seguía biográficamente los valentones del Sur del Estado. —«*Es un tal Herculianón, cuyo sobrenombre, Socó...*» —explicó el hombrecito. Mi Amigo se dio vuelta, refunfuñó: —«*Horripilante bellaco...*» Por cierto ese Herculianón Socó desmerecía la mínima simpatía humana, lo que no se daba, por ejemplo, con el joven Juancito Cabo Verde, que se hizo célebre en los dos la-

dos de la frontera, pero, al conocer personalmente a Mi Amigo —...*«un hombre de lealtad tan ilustre...»* —resolvió pasar en definitiva para el lado paulista, a fin de no tener jamás que verse, con él, en conflicto. Sin saber de esto, el hombrecito Ze Centeralfe aprobaba con la cabeza. Relataba.

Sólo para atajar discordias, fue prudente; siempre sería mejor llevar con paciencia. Y se había humillado a menos no poder. Pero el otro, rufián infame, no tenía enmienda, se desmandaba, no cedía en ese atrevimiento. —*«Él no tiene estatutos. ¿Quién puede hacer razón con hombre de mala cabeza? Para eso no tengo cara...»* Sólo si fuese para llegar a las manos, para alguna injusta desgracia. Ni pleito podía levantar: en el momento, faltaba la autoridad en Pai-do-Padre. La mujer no tenía forma de poner los pies fuera de la puerta, que el hombre aparecía para mal usar los ojos en ella, para desaforarla, con esas propuestas. —*«Solamente empeoraba la situación a causa de la ruindad de aquel hombre desconocido...»* Se había encorvado, siempre a medio reojo, a punto que parecía caer de la silla. Mi Amigo lo animó: —*«¡Qué copete!»* —y entonces él depositó el sombrero en el regazo y se sentó derecho.

Sucediéndose los sustos y vergüenzas, no encontraron otro medio. Él y su mujer decidieron mudarse. —*«Siendo, para la pobreza de uno, difícil y penoso. Además de las saudades por salirse de Pai-do-Padre; nosotros éramos muy estimados allá.»* Pero, para considerar a Dios, y no traspasar la ley, era el modo. —*«Me largué para el pueblo de Amparo...»* Arreglaron en Amparo una casita, una plantación, una huerta. Pero el hombre, el ignominioso, no tardó en aparecer, siempre en el malhacer, en aquella manía. Rancheó. Su porfía rehacía un dañino poder, todos le tenían miedo. Y fue con dificultad aún mayor, y a escondidas, que

José Centeralfe y la esposa consiguieron huir, también de allá, con pesar.

A causa de aquél —«*¡Cuyalma!*» —profirió Mi Amigo, meticuloso, yendo a acomodar una carabina, que se exhibía, oblicua en la pared. Pues la sala —de tan repleta de rifles, pistolas espingardas— semejaba lo que nunca se ve. —«*Ésta lleva lejos...*» —dijo— y rió, un tanto malignamente. Volvió a sentarse, pero sonriendo agraciado para José Centeralfe.

Pero el hombrecito se había ensombrecido más.

¿Iría a llorar?

Habló: —«*Viajamos para acá, y él en el rastro, lastimándonos. Es el diablo. No me perdió de vista. A donde voy, el hombre se me cruza... Tengo de tomar sentido, para no enfrentarme con él.*» Duró una pausa. Entonces, por primera vez, alzó la voz: —«*¿Tendrá el derecho a eso, el que pasa de la raya? ¿Es reo? ¿Debe ser citado? Es un hombre de trapazas, yo lo sé. Aquí es ciudad, se dice que uno puede halar por sus derechos. Soy pobre, en lo particular. Pero quiero la ley...*» Eso dicho, calló, en mediano silencio. Pedía con ojos de perro.

Mi Amigo hizo una cosa. Volteó, por mitad, el rostro, para encarar aquella carabina. Serio, cargando el minuto. Sólo eso. Sin voz. Afirmaba más en ella la vista, mientras unas cuantas veces soslayaba los ojos, en dirección al hombrecito; en acto, llamóle a que también la mirase, como atrayéndolo a la lección. Pero el otro aún no entendía que le señalase alguna cosa. Tanto más que dijo: —«*¿Y yo qué hago?*» —en directa pregunta.

Se hacía el sordo Mi Amigo, pato, mudo. Sopló en los dedos. Siempre a hito, en el arma en la pared, y remirando al otro —por tanto tiempo, tanto cuanto fuese. En efecto. El hombrecito desencajó los ojos —de despierto. Una vez que él entendía, ver qué era para

valer: la llave del juego. Entendió. Dijo: «*Ah...*» Y rio: a las razones y consecuencias. Bien, se levantó: podía proceder con confianza.

Sin más perplejidades, se iba. Agradecía, reanimado, con su fuerza y de su santo. Iba a salir. Mi Amigo aún le preguntó: —«*¿Quiere café... o un aguardiente?*» Y el otro, de sesudo: —«*Que sea, lo acepto después...*» No cambiaron otras palabras. Mi Amigo le apretó la mano. Sí, se fue José Centeralfe.

Mi Amigo, tan valedor, propositadamente, de que se las arregle ¿lo dejaba? Comentó: —«*Revólver o carabina...*» El hombrecito, tan perecedero, un casi nada, el mohino —¿era para esfuerzo tuetánico? Mi Amigo, el dueño del caos. Pero, revistando su arma, si el tambor estaba lleno. Dijo: —«*Sigamos a nuestro carente Aquiles...*» Pues, visto que.

Lo seguimos.

Él iba, y mucho.

Había que alargar el paso.

Y —de repente y súbito— se precipitó la ocasión: de allá venía, fatalmente, el otro, el Herculianón, descompasado. Mi Amigo bufó, un semisoplo canino, conforme su vezo y uso, en esas horas oliendo pólvoras.

Y... fue: fuego con rapidez angélica: y el fallecido Herculianón, cataplum, ya flojo, ya con algo entre los infrahumanos ojos, allá él —tapando la bocacalle. No hay como el curso de una bala; y —¡cómo es bella y fugaz, vida!

Pero, ¿tres habían sacado arma, y dos tiros se habían oído? Solamente el Herculianón no tuvo tiempo. Con otra bala en el corazón. Hombre lento.

El Centeralfe se explicó: —«*Este iscariote...*»

Mi Amigo, no. Dijo un «*Oh*» polisilábico sin despesas de emoción. Dijo: —«*¿No está todo escrito y previsto? Hoy lo de este hombre. Los griegos...*» Dijo: —«*Pero... la necesidad tiene manos de bronce...*» Di-

jo: —«*Resistencia a la prisión constatada...*» Había dicho un «no» metafisicado.

Sin alardes providenciaba la remoción del Herculianón, con presteza, para su competente hoyo.

Y nos invitaba a almorzar, a Ze Centeralfe, principalmente. Meditaba, Mi Amigo. Dijo: —«*Esta Tierra nuestra es inhabitada. Esto se prueba...*» puntualizante.

10

SECUENCIA

En la Estrada de las Tabocas, una vaca viajaba. Venía por el medio del camino, como una criatura cristiana. La vaquita roja, el color grueso, y hondo —el tono intenso de bermejón. Ella solevantaba las ancas, en el trote balanceado y manso, sus cascos en el suelo golpeaban el polvo. No vacilaba en las encrucijadas. Sacudía los cuernos, encorvados en corona, bajaba la testa, al rumbo que recto la traía, hacia el río, y —para allá del río— a las tierras de un Mayor Quiterio, en los confines del día, a la hacienda del Pandeojo.

En Arcángel, donde la estrada bordeaba el pueblo, fue notada, y viendo que era una res tránsfuga, intentaron rebatirla; pero se desvencijó, feroz, y se fue. De la orla de los pastos, los aníes, que volaban cruzándola, desviaban el posarle en la espalda. En el riachuelo de Gonzalves, casi sumido a mengua de agua, se detuvo a beber. Dieron tiros, en el campo, cazando a las codornices. Ladridos, en otra parte, la hacían entrar oculta en el matorral. Ahora, de ella corrían unas mujeres, que andaban buscando leña. Si encontraba hombres a caballo, sabía alejarse de ellos, pegada al cercado, con disimulos: socarrona, encorvada a pastar, en la sufrida simulación. Legua adelante, sin embargo, en lo alto de los Antonios, desataba en galope, desaliñada, al pasar por los corrales donde oía gente y no era, todavía, su término. Tío Terencio, el viejo, a la puerta de su casa, habló con el otro: —«*Mi hijo, ¿qué vaca es esa?*» —«*Padre, esa no es nuestra, no.*» Seguía, cierta; por amor, no por acaso.

Sola, así, la vaquita, se había huido de La Piedra, madragudamente, entre el primer canto de los mirlos, y el tercero de los gallos —el sol saliendo a su frente, en un cielo de casi su color. Era parte de un ganado de tropero, transportado, ganado de corazón activo. Había venido del Pandeojo —su querencia. Se apresuraba en ella el arrebato de la añoranza que enferma al buey campero en tierra extraña, cada octubre, en el presentir los truenos. Había entrado en la estrada —los caminos hacia donde— frente a frente el oriente.

Voceada la noticia, don Rigerio, el dueño de La Piedra, dijo: —«*Diabla.*» Era alto, el hombre para tan chiquita cosa. Sus sabedores le informaban: que la marca era de un hacendado, del otro lado, lejano. Sus vaqueros, dispuestos, preparados. Ese don Rigerio tenía varios hijos que allí se encontraban. Ni de ellos, para qué, no había necesidad. Y ved, entonces, de qué modo todo pasó.

Sólo uno de los hijos, joven, patroncito, se ofreció, de repente, para aquello: llevar en brío y tomar en cuenta. Ató el lazo a la grupa. Dijo: —«*¿Es una vaquita encarnada?*» Se puso a caballo. Si supiese lo que por allá lo ponía; ¿sería capaz? Salió al camino real. Iba yendo a espuela leve. Iba desconocidamente. Yendo de oeste a este.

Ya la vaca. El avance que llevaba no le servía de mucho. Ante el cerro, a paso, breve, ni paraba para los pastos de las barrancas: los arrancaba, aún en marcha, en la misma sorda inquietud. Si subía —cabeceaba en un desconyuntado trabajo de sí. Si bajaba —era bordeando abismos, despatarrada, asestándose. Después en el llano troteaba. Ahora, allá en un campo, otras vacas se veían. Las miraba: se alteó y berreó —el berrido llenó la región tristona. El día era grande, azul y blanco, por sobre los pastos y polvos. El sol total.

Ya el joven se orientaba. Sólo veía el horizonte y sí. Sabía lo de una vaquita fugitiva: la que, de alma, señala el rumbo y hace atajos querenciosa. De cuando en cuando, él preguntaba. Le daban nuevas de la arribada. Su caballo gamuza se aplicaba yendo en otra forma, ligero. Sabía qué cosa era el tiempo, la involuntaria aventura, y se aparejaba. Iba el largo, largo, largo. Dio patas a la fantasía. Allí escampaba. Tiempo sin lluvias, terregosas campiñas, las lomas tan sucias, campos sin fisonomía. El joven ahora se cansaba. Y entonces, mucho descansó. De lo que, después, se atormentaba. Apuró.

Con horas de diferencia, la vaquita providenciaba. Aquí alta cerca la detuvo, fue siguiéndola, vera, vera. Daba en un arroyo. En el arroyo la vaquita entró; vino viniendo dentro del agua. Tres veces astuta. Hasta que otra cerca la trabó, e iba poniéndola desairada. Volvió —irrumpida ida— entonces, de un ímpetu la saltó: en un salto que quería ser vuelo. Vencía. Y más allá se sumía la vaca colorada, suspendida en un bailete, la cola oscilando. El enemigo ya venía cerca.

El joven, en el hueco del mundo, así avocado y ordenado. Él ahora se irritaba. Pensó en arrepentir camino, suspender aquello para más tarde. Pensó palabrota. El estúpido que se juzgaba. Desanimadamente, él, malandante, podía volver atrás. ¿Adónde lo llevaba un animal? Lo no comenzado, lo latoso, el desavío, lo necesario. Si volviera sin ella, pasaría vergüenza. ¿Por qué, entonces, había intentado? Triste en derredor. Sólo las pendientes guardando el florecer de los árboles deshojados: su violeta oscuro de julio, los abeyes; ipés, su amarillo de agosto. Sólo veía las lejanías de un cuadro. El absurdo aire. Chatos mapas. El cielo para abismarse. E indagaba el suelo, rastreaba. Ahora, manchaba el campo la sombra grande

de una nube. El joven miró a lo lejos. De repente, ajustó la mano a la frente, exclamó. Del lugar vislumbró que: aquélla. La vaquita, empolvorando. Ahí y allá, la vio. El bulto, un pie de persona, que escalaba la cima del cerro. Ver al qué diablos. Reducida, ocupó, un instante, la línea lomuda del espigón. Entonces se hundió para lo de allá y se escondió de sus ojos. Transcendía a lo que se destinaba.

El joven, mientras tanto, montado en el buen caballo, a las espuelas avante, transponiendo. Siempre agudamente miraba. Podía seguir con los ojos cómo el rastro se formaba. Sólo perseguía el paisaje. Se preparaba una amplitud: de manchas grises y amarillas. También el cielo en amarillo. En el receso del sol, pitaban extensiones de campo, por las quemadas; altas, más altas, azules, las humaredas se deshacían. El joven —desdoblada vida—, pensó: —«*Sea lo que sea.*»

Entonces, también subía al cerro de donde mucho se avistaba: antes de las puertas de lo lejos, los llanos entre colinas —y un río en sus bajadas, con su vega en palmar. El río liso y brillante, de movimientos invisibles. Como cortando el mundo en dos, en el camino se atravesaba —sin sonido. Serían hoyos negros, las sombras cercanas a las márgenes.

Después de los destornamientos, la vaquita llegaba a la orilla, a las últimas cañas bravas. Con sonsacada rapidez iba a levantar el destierro. Fue una movida figurita —casi solo y mal los dos cuernos nadando— la vaca roja transponiéndolo, ese río, de tardecita; que en septiembre. Bajo el cielo que recibía a la noche, y que a las humaredas llamaba.

Otramente el dorado bosquejo del crepúsculo. El joven, el caballo bueno, cómo venían, contorneando. Antes del río no veían: a las aves, que ya anidaban. A la orilla, retardando, no quería destemplarse en nada; pensaba. A las pausas, por partes. No escuchó

la campana de vísperas. ¿Habría de perder, de ganar? Ya sí y ya no, así pensó: jamás, jamenos... —el hijo de don Rigerio. La fatal persecución, podía quebrarse y dejarse. Hesitó, sí. Por cierto no sucedería sin lo que él mismo no sabía —la oculta, súbita saudade. ¡Paso extremo! Empezó a descalzarse de las botas. Y entró —decididamente. A aquellas quilas-trans-aguas, a las brazadas. Era un río y su más allá. Estaba ya del otro lado.

—«*¿La vaca?*» —apretaba él en pos de, dando espuela, a toda rienda. Pero la vaca era una malicia, se precipitaba el logro. En eso, anocheció. Y peor que su caballo, el gamuza, se resentía —del viaje pelo a pelo: las rodillas se le aflojaban, flaqueaba, casi caía para adelante el jinete.

Se iban en la ceguedad de la noche —a la casa del betún: la vaca, el hombre, la vaca —transeúntes, galopando. —«*¿Dónde entonces el Pandeojo? ¿Quién el dueño? ¿Se iba a qué destinatario?*» Por las vertientes, lejos, y hasta la cumbre del cerro, un campo se incendiaba: chispas —las primeras estrellas. El andamiento. El joven: obcecado. Sufría como podía y no cabía más desesperación. El escalofrío negro de los árboles. El mundo entre las estrellas y los grillos. Media luz: solas estrellas. ¿Dónde y adónde? La vaca, esa, sabía: por amor a esos lugares.

Llegaba, llegaban. Los pastos de la vasta hacienda. La vaca surgía en la tiniebla. Berreó arrancadamente. Reberreó en fin. A un grano de luz, allá, allá. A las luces que puntillaban, acullá, las ventanas de la casa, grande. ¿Sólo era una luz de mientras tanto? La casa de un Mayor Quiterio.

El joven y la vaca entraban por la tranquera principal de los corrales. El joven desmontaba. Bajo el entontecimiento, empezó a subir las escaleras. Tanto tenía que explicar.

¡Tanto él era el bien llegado!

A una rueda de personas. A las cuatro jóvenes de la casa. A una de ellas, la segunda. Era alta, alba, amable. Ella salía de su recato hacia él. ¿Y no se esperaban? El joven se comprendió. Aquello cambiaba lo acontecido. De la vaca, él a ella diría: —«*Es suya*» ¿Sus dos almas se transformaban? Y todo en sazón del ser. En el mundo no hay tonterías: la miel de lo maravilloso, venida a tales horas de cuentos, el anillo de los maravillados. Se amaban.

Y la vaca —victoria, en sus dondes, por sus pasos.

11

EL ESPEJO

—Si me quiere seguir, le narro; no una aventura, sino experiencia, a la que me indujeron, alternadamente, series de raciocinios e intuiciones. Me tomó tiempo, desánimos, esfuerzos. De ella me enorgullezco sin vanagloriarme. Sin embargo, me sorprendo un tanto afastado de todos, penetrando en conocimientos que otros, todavía, ignoran. Usted, por ejemplo, que sabe y estudia, supongo que ni tenga idea de lo que sea, en realidad —¿un espejo? Nada más, ciertamente, de las nociones de física, con las que se familiarizó, las leyes de la óptica. Me reporto a lo transcendente. Pero, todo es la punta de un misterio. Incluso los hechos. O la ausencia de ellos. ¿Duda? Cuando nada pasa hay un milagro que no estamos viendo.

Fijémonos en lo concreto. El espejo, hay muchos, capitándole sus facciones; todos le reflejan el rostro, y usted se cree con aspecto propio y prácticamente inmutado, del que le dan fiel imagen. Pero —¿qué espejo? Los hay «buenos» y «malos», los que favorecen y los que detraen; y los que son sencillamente honestos, pues sí. ¿Y dónde ubicar el nivel y punto de esa honestidad o fidedignidad? ¿Cómo seremos usted, yo, los restantes prójimos, en lo visible? Usted dirá: las fotografías lo comprueban. Contesto: que, además de prevalecer para las lentes de las máquinas objeciones análogas, sus resultados, antes que desmentir, apoyan mi tesis, tanto revelan superponerse a los datos iconográficos, los índices de lo misterioso. Aunque toma-

dos de inmediato uno después del otro, los retratos siempre serán entre sí muy diferentes. Si no se fijó nunca en eso, es porque vivimos, de modo incorregible, distraídos de las cosas más importantes. ¿Y las máscaras, moldeadas en los rostros? Valen, en grueso modo, para el desbaste de las formas, no para el estallar de la expresión, el dinamismo fisonómico. No se olvide, de fenómenos sutiles estamos tratando.

Le queda argumento: cualquier persona puede, al mismo tiempo, ver el rostro de otra y su reflejo en el espejo. Sin sofisma, lo refuto. El experimento, por cierto no realizado todavía *con rigor*, carecería de valor científico, frente a las irreductibles deformaciones de orden psicológico. Intente, sin embargo, hacerlo y tendrá notables sorpresas. No obstante tornarse la simultaneidad imposible en el fluir de valores instantáneos. ¡Ah!, el tiempo es el mago de todas las traiciones... Y los propios ojos, de cada uno de nosotros, padecen de vicios de origen, defectos con los que crecieron, y a los que se hicieron, más y más. En comienzo, la criaturita ve a los objetos invertidos, de ahí su desordenado tantear; sólo a poco y poco, va a conseguir rectificar, sobre la postura de los volúmenes externos, una precaria visión. Subsisten, sin embargo, otras faltas y más graves. Los ojos, mientras tanto, son la puerta del engaño; dude de ellos, de sus ojos, no de mí. Ah, amigo mío, la especie humana pelea por imponer al palpitante mundo un poco de rutina y lógica, pero algo o alguien de todo hace grieta para reírse de uno... ¿Y entonces?

Note que mis observaciones se limitan al capítulo de los espejos planos, de uso común. ¿Y los demás? —cóncavos, convexos, parabólicos— ¿además de la posibilidad de otros, apenas, no descubiertos todavía? Un espejo, por ejemplo, ¿tetra o cuatridimensional? La hipótesis no me parece absurda. Matemáticos especia-

lizados, después de mental adiestramiento, construyeron objetos a cuatro dimensiones, utilizando pequeños cubos, de diversos colores, como esos con que juegan los niños. ¿Duda?

Me doy cuenta de que comienza a quitar un poco de su inicial desconfianza en cuanto a mi sano juicio. Pero quedémonos en lo llano. En los parques de diversiones, nos reímos de aquellos espejos caricaturescos que nos reducen a monstruos, estirados o globosos. Pero, si usamos solamente los planos —y en las curvas de una cafetera se tiene sufrible espejo convexo, y en una cuchara pulida, un cóncavo razonable— se debe a que primeramente la humanidad se miró en la superficie del agua quieta, lagunas, pantanos, fuentes, aprendiendo de ellas a hacer tales utensilios de metal o cristal. Tiresias, sin embargo, ya había predicho al bello Narciso que sólo viviría mientras no se viera... Sí, son para temerse, los espejos.

Los temí desde la niñez, por instintiva sospecha. También los animales se niegan a encararlos, salvo creíbles excepciones. Soy del interior, usted también; en nuestra tierra, se dice que uno nunca debe mirarse en espejo a horas avanzadas de la noche, estando solo. Porque, en ello, a veces, en lugar de nuestra imagen, nos asombra alguna otra pavorosa visión. Pero, soy positivo, un racional, piso el suelo con pies y patas. ¿Satisfacerme con fantásticas no explicaciones? —jamás. ¿Qué amedrentadora visión sería entonces aquélla? ¿Quién el Monstruo?

¿El miedo, no sería en mí el revivir de impresiones atávicas? El espejo inspiraba recelo supersticioso a los primitivos, aquellos pueblos con la idea de que el reflejo de una persona fuese el alma. Por lo general, lo sabe usted, la superstición es fecundo punto de partida para la pesquisa. El alma del espejo —anótela— espléndida metáfora. Otros, a su vez, identificaban el

alma con la sombra del cuerpo; y no le habrá escapado la polarización: luz —tiniebla. ¿No se tenía la costumbre de tapar los espejos, o voltearlos contra la pared, cuando moría alguien de la casa? Sí, ¿además de utilizarlos en el manejo de la magia, imitativa o simpática de ellos se servían los videntes, como de la bola de cristal, vislumbrando en su campo esbozos de futuros hechos, no será porque, a través de los espejos, parece que el tiempo cambia de dirección y velocidad? Pero, me ditato. Le contaba...

Fue en el lavabo de un edificio público, por casualidad. Yo era joven, satisfecho conmigo, vanidoso. Descuidado, vi apenas... Le explico: dos espejos —el uno de pared, el otro de puerta lateral, abierta en ángulo propicio— hacían juego. Y lo que vi, por un instante, fue una figura, perfil humano, desagradable al último grado, repulsivo, si no hediondo. Me dio náuseas, aquel hombre, me causaba odio y susto, erizamiento, espanto. Y era —en seguida descubrí...; era yo, de veras. ¿Le parece a usted que, algún día, iba yo a olvidarme de esa revelación?

Desde entonces empecé a buscarme —el yo por detrás de mí— a la superficie de los espejos, en su lisa, honda lámina, en su lumbre fría. Eso, que se sepa, antes nadie lo había intentado. El que se mira en espejo, lo hace partiendo de prejuicio afectivo de un más o menos falaz presupuesto: nadie, verdaderamente, se encuentra feo: a lo mejor, en determinados momentos, nos disgustamos por provisoriamente discrepantes de un ideal estético ya aceptado. ¿Soy claro? Lo que se busca, entonces, es verificar, acertar, trabajar un *modelo* subjetivo, preexistente, en fin, ampliar lo ilusorio, mediante sucesivas nuevas capas de ilusión. Yo, sin embargo, era un investigador imparcial, neutro absolutamente. El cazador de mi propio aspecto formal, movido por curiosidad, cuando no im-

personal, desinteresada; para no decir el urgir científico. Me llevó meses.

Sí, instructivos. Operaba con toda suerte de astucias: el rapidísimo relance, los golpes de soslayo, la larga esmerada oblicuidad, las contra sorpresas, el amago de párpados, el acecho con la luz de repente prendida, los ángulos variados incesantemente. Sobre todo una inagotable paciencia. Me miraba, también, en marcados momentos —de ira, de miedo, orgullo abatido o dilatado, extrema alegría o tristeza. Se me abrieron enigmas. Si, por ejemplo, en estado de odio, usted enfrenta objetivamente su imagen, el odio refluye y recrudece, en tremendas multiplicaciones: y usted ve, entonces, que, realmente, sólo se odia a sí mismo. Ojos contra ojos. Lo supe: los ojos de uno no tienen fin. Sólo ellos paraban inmutables, en el centro del secreto. Más allá de una máscara, si es que de mí no se burlaban. Porque el resto, el rostro cambiaba permanentemente. Usted, como los demás, no ve que su rostro es apenas un movimiento que, constantemente, causa decepción. No lo ve, porque mal advertido, avezado, diría yo: todavía dormido, sin siquiera desenvolver las nuevas percepciones más necesarias. No lo ve, como no se ven, en lo común, los movimientos translativo y rotatorio de este planeta Tierra sobre el cual sus pies y los míos se apoyan. Si quiere, no me disculpe; pero usted me comprende.

Siendo así, necesitaba yo transverberar el embozo, la visión de través de aquella *máscara* a fin de agotar el núcleo de esa nebulosa —mi vero rostro. Tenía que haber una solución. La medité. Me asistieron seguras inspiraciones.

Concluí que, interpretándose en el disimulo del *rostro externo*, diversos componentes, mi problema sería el de someterlas a un bloqueo «visual» o anulación perceptiva, la suspensión de uno a uno, desde los más

rudimentarios, groseros, o de inferior significación. Para empezar, tomé el elemento animal.

Parecerse, cada uno de nosotros a determinado animal, recordar sus *facies*, es un hecho. Lo constato, apenas; lejos de mí sacar a repiqueteo temas de metempsicosis o teorías biogenéticas. Sin embargo, de un maestro en la ciencia de Lavater, yo me había enterado en el asunto. ¿Qué le parece? Con caras y cabezas ovinas o equinas, por ejemplo, le basta con hechar una mirada a la multitud o fijarse en los conocidos, para reconocer que los hay, muchos. Mi semejante inferior en la escala era, sin embargo —el jaguar. Me aseguré de eso. Y, entonces, tendría que, después de disociarlos meticulosamente, aprender a *no ver*, en el espejo, los trazos que en mí recordaban el gran felino. Me empeñé en eso.

Discúlpeme por no detallar, el método o métodos de que me valí y que intrincaban el más rebuscador análisis y estrenuo vigor de abstracción. Aun las etapas preparatorias quitarían el hipo a uno menos pronto a lo arduo. Como todo hombre culto, usted no desconoce el yoga, y ya lo habrá practicado aunque en sus más elementales técnicas. Y, los «ejercicios espirituales» de los jesuitas, sé de filósofos y pensadores incrédulos que los cultivan, para profundizarse en la capacidad de concentración a par con la imaginación creadora... En fin, no le oculto haber recurrido a medios un tanto empíricos: gradaciones de luces, lámparas de color, pomadas fosforescentes en la oscuridad. A un expediente me rehusé, no sólo por mediocre, sino por falseador, el de emplear otras sustancias en el acero y estañado de los espejos. Pero, estaba principalmente en el *modus* de enfocar, en la visión parcialmente enajenada, que yo tenía que agilitarme: mirar no viendo. Sin ver lo que, en «mi» rostro, no pasaba del *reliquat* bestial. ¿Lo iba consiguiendo?

Sepa que yo perseguía una realidad experimental, no una hipótesis imaginaria. Y le digo que en esa operación hacía verdaderos progresos. Poco a poco, en el campo de vista del espejo, mi figura se me reproducía con lagunas, con atenuantes, casi del todo apagadas, aquellas partes superfluas. Proseguí. Pero ahí, ya decidiéndome a tratar simultáneamente los otros componentes, contingentes e ilusivos. Así, el elemento hereditario —las semblanzas con los padres y abuelos— que también son, en nuestros rostros, un trazo evolutivo residual. Ah, mi amigo, ni en el huevo el pollito está intacto. Y, prosiguiendo, lo que se debería al contagio de las pasiones manifiestas o latentes, lo que resaltaba de las desordenadas presiones psicológicas transitorias. Y, todavía, lo que, en nuestras caras, materializa ideas y sugestiones de otra persona; y los efímeros intereses sin secuencia ni antecedencia, sin conexiones ni hondura. Careceríamos de días para explicarlo. Prefiero que tome mis afirmaciones por su valor nominal.

A medida que trabajaba con mayor maestría, en el excluir, abstraer y abstrar, mi esquema perspectivo se fragmentaba en forma sinuosa a manera de coliflor o mondongo de buey, y en mosaicos, y francamente cavernoso, como una esponja. Y se oscurecía. En ese tiempo, no obstante los cuidados con la salud, empecé a sentir dolores de cabeza. ¿Será que, así no más, me acobardé? Perdóneme, usted, el constreñimiento, por tener que cambiar el tono para confidencia tan humana, en reparo a debilidad inesperada e indigna. Pero, acuérdese de Terencio. Sí, los antiguos; se me ocurrió que representaban junto con un espejo, cercado por una serpiente, a la Prudencia, como divinidad alegórica. Abandoné, de golpe, la investigación. Por meses, así, dejé de mirarme en cualquier espejo.

Mas, con el común correr cotidiano, uno se aquie-

ta, se olvida de muchas cosas. El tiempo, en largo espacio, es siempre tranquilo. Y puede ser, también, que encubierta curiosidad me picase. Un día... Perdóneme, no busco efectos de novelista torciendo, a propósito, en lo agudo de las situaciones. Sencillamente le digo que me miré en un espejo y no me vi. No vi nada. Sólo el campo liso, a las vacuidades, abierto como el sol, agua limpísima, a la dispersión de la luz, todo tapadamente. ¿No tenía yo formas, rostro? Me palpé mucho. Pero lo no visto. Lo ficto. Lo sin evidencia física. ¿Era yo, el transparente contemplador? Me fui, me aturdí, a punto de echarme en un sillón.

¡Sería entonces que, durante aquellos meses de reposo, la facultad, antes buscada, por sí sola, se había ejercitado en mí! ¿Para siempre? Volví a querer encararme. Nada. Y lo que tomadamente me aterrorizó: yo no veía mis ojos. ¡En brillante y pulido nada, ni ellos se me reflejaban!

Así era que, partiendo para una figura gradualmente simplificada, me había despojado al término, hasta el total desfiguramiento. Y la terrible conclusión: ¿No había en mí una existencia central, personal, autónoma? ¿Sería yo un... des-almado? ¿Entonces, lo que se me fingía de un supuesto *yo*, no era más que, sobre la persistencia del animal, un poco de herencia, de sueltos instintos, energía pasional extraña, un entrecruzarse de influencias, y todo lo demás que en la permanencia se indefine? Me decían eso los rayos luminosos y la faz vacía del espejo —con rigurosa infidelidad. Y, ¿sería así con todos? Seríamos no mucho más que los niños —el espíritu del vivir sin pasar de ímpetus espasmódicos relampagueados entre espejismos: la esperanza y la memoria.

Pero, usted encontrará que desvarío y me desorienta, confundiendo lo físico, lo hiperfísico, lo transfísico, fuera del menor equilibrio de razonamiento o alinea-

miento lógico —ahora me doy cuenta. Estará pensando que, de lo que yo dije, nada sea cierto, nada prueba nada. Aunque todo fuese verdad, no sería más que mezquina obsesión autosugestiva, y el despropósito de pretender que psiquismo o alma se retrataran en espejo...

Le doy la razón. Ocurre, sin embargo, que soy mal contador, precipitándome en las ilaciones antes de los hechos, y, pues: poniendo los bueyes antes del carro y los cuernos después de los bueyes. Dispénseme: Y deje que el final de mi capítulo traiga luces a lo hasta ahora aventado, ruda y anticipadamente.

Son sucesos muy de orden íntimo, de carácter demasiado raro. Los narro bajo palabra, bajo secreto. Me avergüenzo. Necesito resumirlos muchísimo.

Aconteció que, más tarde, años, al fin de una ocasión de sufrimientos grandes, de nuevo me enfrenté —no cara a cara. El espejo me enseñó. Oiga. Por un cierto tiempo, nada vi. Sólo entonces, sólo después: el tenue comienzo de un cuanto como una luz, que se nublaba, poco a poco, intentándose en débil cintilación, radiación medida. ¿Me conmovía su mínimo ondear, o estaría, ya, contenido en mi emoción? ¿Qué lucecita, aquélla, que desde mí se emitía, para detenerse allá, reflejada, sorpresa? Si quiere, indáguelo usted mismo.

Son cosas que no se deben entrever; por lo menos, más allá de un tanto. Son otras cosas, según pude distinguir, mucho más tarde —por fin— en un espejo. Por ese tiempo, perdóneme el detalle, yo ya amaba —ya aprendiendo, sea esto, la conformidad y la alegría. Bien... Sí, vi, a mí mismo, de nuevo, mi rostro, un rostro; no éste, que usted razonablemente me atribuye. Sino el todavía-ni-rostro —casi delineado, apenas— mal emergido, cual una flor pelágica, de nacimiento abisal... Y era no más que: carita de niño,

de menos-que-niño, solo. Solo. ¿Será que usted nunca lo comprenderá?

Debería o no debería contarle, por razones de tal vez. Descubro, deduzco de lo que digo. ¿Será, si? ¿Palpo lo evidente? Más rebusco. ¿Sería éste nuestro desgonzar y el mundo, el plano —intersección de planos— donde se terminan de hacer las almas?

Si es sí, la «vida» consiste en experiencia extrema y seria; ¿su técnica —o por lo menos parte— exigiendo el consciente alijar, el despojar, de todo lo que obstruye el crecer del alma, lo que sobrecarga y soterra? Después, el «*salto mortale*»... —lo digo de ese modo, no porque los acróbatas italianos lo avivaron, sino porque necesitan de toques, nuevos aciertos, las expresiones comunes, amortiguadas... Y el juicio problema, puede sobrevenir con la sencilla indagación: «*¿Llegaste a existir?*»

¿Sí? ¿Pero, está, entonces, irremediablemente destruida la concepción de que vivimos en agradable acaso, sin ninguna razón, en un valle de tonterías? Dije. Si me permite, espero, ahora, su opinión, propia, de usted, sobre tanto asunto. Solicito los reparos que se digne darme, a mí, siervo de usted, reciente amigo, pero compañero en el amor a la ciencia, a sus desviados aciertos y a sus tropiezos titubeados.

¿Sí?

12

NADA Y NUESTRA CONDICIÓN

En mi familia, en mi tierra, nadie conoció una vez a un hombre de más excelencia que presencia, que podría haber sido el viejo rey o el príncipe más joven, en los futuros cuentos de hadas. Era hacendado y se llamaba Tío Man'Antonio.

Su hacienda, cuya sede distaba de cualquier otra, tal vez justo diez leguas, se doblaba en la montaña, en muy elevado punto y de donde el aire en un máximo radio se afinaba translúcido: allí, las mañanas dando de plano y, por las tardes, los tintes violeta y rosa en el poniente no decían de buen o mal tiempo. Esa hacienda, Tío Man'Antonio la había tenido menos por herencia que por compra; y tan apartado en sí se conducía, individido y esquivo en la conversación, que casi nunca se refería a ella por el nombre, sino, raro y apenas, bajo modo: —«...*Allá en casa... Voy para casa...*»

La que —sobradada, cimentada hondo, de altos techos, larga y con tantos sin uso corredores y cuartos, oliendo a fruta, flor, cuero, maderas, fresca harina de maíz y boñiga de vaca— de frente para el norte, entre el huerto de limoneros y los corrales, que eran un adorno; y, a la entrada, escalera de madera de cuarenta peldaños en dos tramos llevaba a la espaciosa veranda, donde, en un rincón, de una viga aún pendía la cuerda de la campana, que otrora comandaba a los esclavos de la *senzala*.

Tío Man'Antonio, allá lo esperaba la mujer, Tía Liduina, de ardua e inmemorial cordura, cierta para

el nunca y siempre. Y lo cercaban las hijas, sencillas, serias, cuidadosas, como completamente sentían que lo amaban. Lo saludaban con invariable *con Jesús*, desde muy antes de la primera tranquera, diversidad de siervos, gente indígena, que por esos lugares y más distantes, se arranchaban. Pero él, cada vez, al entrar, se encorvaba de un modo, como invitado, pareciendo que la alta puerta fuese pequeña y ajena, a los buenos abrigos. Vivía, de resolución hecha. Así, a su respecto, mucha cosa real nadie sabía.

Solo de lejos. Cuando venía, constante, por la sierra, en viaje de vuelta, atravesando caminos pedregosos, a orilla de despeñaderos y peñones —grutas en grande altura. De la veranda, dado el diáfano día, ya lo avistaban, todavía a una distancia de más de una legua, punteando el claro aire, en ciertas vueltas del camino, aproximándose y desaproximándose, siquiera seguidamente. Insistiendo, montado en burro forzudo y manso, a los pocos avanzaba, Tío Man'Antonio, rigurosamente vestido, aunque la diaria ropa de brin, color de lodo, pues siempre iba en grado de sencillo uniforme; y sin polainas, ni botas, tal vez sin espuelas. Con atención, a menudo, se distinguirían hasta sus omisos gestos principales: el de, a veces, hacer como que apartaba, despacio, de sí, cualesquiera cosas; el de alisar con los dedos la frente, mientras pensaba lo que no pensaba, propenso a todo, afectando un cabeceo. ¿No miraría más el paisaje?

Sí, las cimas —donde la montaña abre alas— y las infernas grutas abismáticas, profundísimas. Tanto las contemplaba, como si, a ellas, algo, algún modo, de sí, votivo, lo mejor, ofreciese: esperanza y expiación, sacrificios, esfuerzos —a la flor. ¿Tendría, por eso, un día encontrado favorablemente, gratos por el tributo, al Rey-de-las-Montañas o al Rey-de-las-Grutas, que de todo hay y todo uno encuentra? De sí para sí,

quién sabe, sólo lo inútil, nuevo y necesario secretease; él consigo mismo mucho callaba. Pues si era así que él era; sólo estamos viviendo los futuros antaños. Además, no se resentía, tampoco, de la sequedad, soledad, calor o frío, ni de la incomodidad cotidiana hacía queja. Pero, de bruces, en leve cabeceo, y con cerrada boca, exhalando ligero jadeo. Debilitada la vista, en los tiempos de ahora. Pero por esa época sí; por el uso. Miraba con su ni ciente amor, lejanamente, hondonadas y cumbres. ¿Reconoció para sí, lo seducible de siempre encarar el todo? Llegaba, después de difíciles horas y barrancas.

Entonces, murió su mujer, Tía Liduina, casi de repente, en el entrecortar de un suspiro, sin ay y una avemaría interrota. Tío Man'Antonio, sin ningún titubeo, mandó abrir, de par a par, puertas y ventanas, la larga, larga casa. Mientras las hijas, huérfanas, se abrazaban, y se vestía a la amada muerta, incongruo él visitó por allí, uno tras otro, sala y sala, cuarto y cuarto.

Miró por las ventanas. Urgía la divagación. Pasó el paisaje por la vista, sólo a segmentos, en serie, como antes y más antes. Del rededor, en el vislumbre, lo que viene de los valles y cerros es lo que el horizonte es —todo en todo. Después, en otro golpe de vista, apañaba el paisaje a sus espaldas: las sombras de las grutas y la montaña prodigiosa, a desvanecerse, sobre alas. ¿Otra vez le ayudaban, ahora que las necesitaba? Él, allí, se definía, sin contradicción ni resistencia, inquebrantable, una vez que de futuro y pasado más nó carecía. Tal vez, muy dentro de sí, murmurase cosas graves, grandes, sin sonido ni sentido.

En fin, volvió junto a ellas, a su Liduina —inmoblemente— al siglo, como la querían: en un amontonamiento de flores. En suspenso, las hijas, en el no entender todo, pero adivinar, de él a crédito vago espe-

raban, para lo común del dolor, cualquier socorro. Él, por detrás de sí mismo, poniéndose aparte, en ambiguos ámbitos y momentos, como si la vida fuese ocultable; no lo conocían a través de apariencias. Rehízo su blandura; y era otra especie, decorosa, de persona, de ojos pálidamente azules. Pero fino, no delusorio el rostro, moreno ceniza.

Se transluce que, mirándolo ahora, era como si de súbito las hijas ganasen todavía, de lo recóndito de sus ojos, la incognoscible curación de una gracia, por esos lejanos, indecibles reflejos o vestigios. Felicia, la más joven, apenas, clamó, hablando al padre: —«*¿Padre, la vida está hecha sólo de traicioneros altos y bajos? ¿No habrá para uno, algún tiempo de felicidad, de verdadera seguridad?*» Y él, muy considerado, en el vagar de la respuesta, suave voz: —«*Haz de cuenta, mi hija... Haz de cuenta...*» Entrambos entendidos, no esperaban más. Se quedó cabizbajo, Tío Man'Antonio, al decir estas palabras que, desde entonces, serían las suyas, de él, para siempre. Después de eso, suave besó a la mujer. Entonces, las hijas y él lloraron; pero con el poder de una libertad, que era como más fuerte y no temida esperanza.

Tía Liduina que por años de amor la habían visto aún sonreír sobre sufrir —sólo el ser, afligirse y vivir, como, ahora, se da— formaba dolorida falta al uso de afectos de todos, Tía Liduina, que ya fina música e imagen.

Pero, notado, como Tío Man'Antonio se recusaba a trajar de duelo, sensato, sin cuidados, sin tragedia, sin acentos de viudez. Se inauguraba canoso, sí, un tanto más encogidos los hombros. El —el transitorio— sólo se diga, por este mientras tanto. Nada decía cuando hablaba, casi se llegaba a pensar que él no se encontrase allí, otra vez así, sin son, sin persona. Pero, al contrario, Tío Man'Antonio concebía. «*¡Hágase de*

cuenta!», ordenó en buena hora, mansito. Levantaba un proyecto, de creerse y obrar. Uno que empezaron.

Sus peones descalzos, muchos camaradas, reluciendo al solazo hoces, azadas, cuchillones, le obedecían, secuacísimos, en lo que con talento de brazos ejecutaban legos, ledos ligeros. Él, sin embargo, los guiaba, acometedor, por sabidos mejores medios y fines, ingeniero y ejecutor, varón de tantas lides; se unía a ellos, les daba valor. —«*Hágase de cuenta, gente mía... Hágase de cuenta...*», en su buen susurro, labios sonrientes, pero severo, de sí inflexible, pues cierto. Desde matines, en lo que era una reformación, día a día, impeliéndolos, arrastrándolos, acción de industria a la doblada barahunda, de derrumbar el matorral y cortar árboles —muy en tiempos los trabajos. Sería que esos hombres, esforzados y bien avenidos, lerdos y holgazanes, no notaban allí sujeción y señorío, sino que, por sensatos lo estimaban, ciertamente, le querían como era. Y con afán atacaban todo el rededor como medido con secuencia de metros, arriba y abajo, con fórmulas y curvas.

Para chismes aquello que, no entendiéndose como necesario o útil, antes, quizá, encontraban en todo acción de un desconcierto, cabeza a pájaros, casi necedad, la impura cursilería. Pero, Tío Man'Antonio, en el ser uno lo que es, bajaba las anchas alas de paja del sombrero, entrecerraba los ojos al sol, sudaba, alguna vez tosía, de cuando en cuando. Él era uno que sabía mover la cabeza, que no, que sí. Pero así, encubierto a todos se imponía, separativo. Cuerdo, queriente se veía. ¿O entonces, hombre, y, como todo hombre, débil? Otra, sin embargo, parecía ser la razón por la que no cansaba nunca en aquella mantenencia, indiferentes horas. Porque hacía o sufría las cosas, sin parar, pero no estaba, dentro de su mente en todo y nada ocupado.

De arte que inventaba otro sonreír, rehecho ingenuo; se había olvidado de todos los bienes pasados. Y su sordo plan, al fin, en el día, se encerró. De suerte que las hijas vieron que ya todo estaba pronto; y se contristaron.

¿Con qué —y por qué idea ingrata insondable— había él pretendido deshacer el aspecto del lugar, que, desde antaño, la fisonomía de aquellas rampas de sierras, la Madre había visto y querido? En el desbaste, a ras en rededor, con efecto, nada se había conservado —ni la hierba rastrera, broza, brizna de maleza y arbustos— pues que allí todo terminaba. Esto fue a punto de interpelarlo la hija dilecta, Francisquita, afligida tiernamente. ¿Si no sería aquello enfriar el sentimiento, pecar contra la saudade?

Así, él, mucho la escuchó, y, con quieto estar mirándola, le contestó, si bien que otro tanto ajeno, como lejos de ahí. —«*No tanto, hija, no tanto...*» De lo que, al tiempo en que lo decía, quizá, en segundo soslayo, sonreía sin pasar de una a otra palabra. Les mostró: allá los campos en desdoble —el que limpio, libre se tendía, en vasto cuadro, sin sombríos, el paisaje abierto—, el descampado airoso y verde, al grado más verde, los pastos en aquella vivacidad.

¡Ah! —ahora, qué y quién, pues— y era una enorme realizada fantasía. Porque, aquende y allende, como árboles dejados para dar sombra a los bueyes en el rumiar al calor, sólo y mucho se divisaban, consagrados, el japucayo formidable, la *sambaíba* de la región al borde del barranco, y, para febrero-marzo y junio-julio, sin hojas, siendo sólo flores la bombacea rosada y la ceiba purpúrea casi rubra, magnificentes, respectivamente. Otros, otros. Pero, no más, en el mismo lugar que aquellos que Tía Liduina, en vida, prefirió amar ¡sus bienes de alegría!

Se sorprendieron las hijas, asaz ampliaron los ojos.

Se decía mucho en poco, sólo si lágrimas. Realmente, justo Tío Man'Antonio parecía, ahora, haber sido y venir a ser. Y existir —principalmente— vestido de funesto e intimado de venturoso.

Pues, y era que, en su dicho cuidar y encapricharse, sin querer también había profetizado en los negocios, y había sido adivino. Porque subió, en esa ocasión, considerable, de repente, el precio del ganado, todos los hacendados querían adquirir más bueyes y arreglar y aumentar los pastos. Tío Man'Antonio, entonces, de aquel solerte modo, había acertado tan de lleno, pasándoles a la delantera y sin ningún alarde. ¿De eso, tan manso, él no se servía? Pasó a atender también a las verdes y próximas vertientes en campiña, de ojos puestos; y no apenas la montaña; alta, como consecuencia de ningún acto.

Nada lleva a no creer, por ahí, que él no se moviera práctico como los demás; pero, conforme a sí mismo: de transparencia en transparencia. ¿Se vio que avanzaba así con honesta astucia, en lo que quiso e hizo? Al año siguiente, y después, cuando, para celebrar duelo, el día de Tía Liduina, y engañar a los hados, como si estuviera ella viva y presente, propuso una fiesta.

Que dio, las hijas concordando. Ellas estaban crecidas y esclarecidas. Vinieron jóvenes, primos, ellos tenían bellas ideas. Tío Man'Antonio, recibiéndolos, viéndolos, a beneplácito. Y las hijas hermosas, tres, cada una incomparable, noviaron, se casaron, en breve los desposorios. Entonces, se fueron de allá, para diversas lejanías, con los yernos de Tío Man'Antonio. Él permaneció, de otrora a hoy en adelante, quedó, que. Allí en su vieja y yerma casa, bajo azules, picos pináculos y desmedidas escarpas sobre precipicios de paredones, peñascos y despeñaderos —como una mansión suspensa— en la amplitud.

¿Tres las hijas que por amor de años él había visto que renovaban el descubrir de alegría y alma —sólo el ser, vivir y crecer, como, ahora, se da— formaban sentida falta a su querer de ternura experimentada? Sus hijas, ya indivisas partes de una canción.

Solo, sí, no triste. Tío Man'Antonio respetaba, en lo tangible, la movida y muda materia; aún en su gesto más habitual —que era el de como si largara todo de sus manos, cualquier objeto. Distraído en las cosas sencillas, pero, acariciándolas, ¿de otro modo las redimía? Vez y vez, no obstante, y cuando más en fuerzas de contento bienestar se sentía, entonces, dispuesto se levantaba, se sometía, sin conocida necesidad, a algún rudo, duro trabajo —lluvia, sol, acción. ¿Le parecía como si el mundo en el mundo le estuviera ordenando o implorando, necesitado, un poco de él mismo, a sementarse? O —a sí— se iba a buscar, en lo futuro, en las alas de la montaña. Hacía de cuenta; y confiaba, en las calmas y en los vientos.

Tanto de esto, y aún se veía no achacoso, en su infatigable vivir e inquebrantable lenidad; ni siquiera canoso como el florecer del guamo, conforme vendría a quedar, en el después.

Tan próspero en sus días, podía disipar, tenía el campo cubierto de bueyes. Pero todo se inestimaba para Tío Man'Antonio, allí, donde, todo lo que no era en demasía, eran humanas fragilidades. Aprehendía el poder de conversar, en sordo y agudo, las relaciones de los sucesos, de los hechos; y se disuadía de todo —de las cosas, en multitud, miserias. El —el transitorio. ¿En realidad, su pensamiento no volvía hacia atrás? Pero, más causas, en el mundo y en sí, él, en su circunvisión, condenado, a la esperanza, descubría.

En términos muy generales, había una mayor justicia; menester sería. Si el granero se debe tener limpio para las grandes cosechas: como la mitad pide el

todo y el vacío llama al lleno. Y fue lo que Tío Man'Antonio algún día resolvió, así por consiguiente, si se cree. De veras aquello pasó. Lo que fue una muy removida historia. Hela. Pues.

Poco a poco, en diverso tiempo, por partes, entre sus muchos, descalzos siervos, negros, blancos, mulatos, criollos, mequetrefes, nadillas, azadoneros, vaqueros y camaradas —los prójimos— nunca sediciosos, entonces Tío Man'Antonio donó y distribuyó las tierras. Sí, todo procedido quietamente, bajo especie, con maquinaciones de silencios, a fin de en seguida no despabilarse todo mundo en codicia, al desparramarse el saber de lo que allí se liberalizaba, en tanto y de tan espantoso modo.

Y él mismo, de su dinero ganado, fingía estar vendiendo las tierras, cabidamente; dinero que, puntual, mandaba a las hijas y yernos, enviándoles recado, para hacer creer. Menos mal que yernos e hijas nada más querían tener con aquella a pique, difícil hacienda, de Torto-Alto, sino que, pronto retazada y vendida, de una o veces. La que, no obstante, era la tierra de las tierras, de él —y fría y clara.

Ahí, Tío Man'Antonio no pensaba lo que pensaba. ¿Justa compasión, o era locura, y tanta? El gran movimiento es el retorno. Ahora, por años adelante, él no sería dueño de nada más, con que dispensar cuidados. ¿Para quién y de quién los peligrosos hondos del mundo y esos a las nubes, pináculos de los cerros? —«*Hágase de cuenta, gente mía... Hágase de cuenta...*» —era lo que daba, y aún, cuando en el decir estas palabras; no sonreía, grave.

Sus tantos siervos, los tocados por su benevolencia, no lo reconocían. Pero yendo a ver, que valía, la dádiva, se regocijaban hasta reír, aún asustados, lentos saltadores, bendiciéndose.

Son muchos, secuaces hombres, que, durante el ig-

norar de los años, en verdad no los había visto consistir —sólo el ser, servir y vivir como ahora y siempre se da— ¿le hacían falta, entonces, a su necesidad de designio? Sus hombres, ya exigidas partes de un texto sin aclaración.

Y todo Tío Man'Antonio dejando por escrito con propia mano aún firme, grabado, hecho en términos de ajuste, como quiso y puso; y según razones y congruencias, llevando en cuenta el parecer del vulgo y las contradicciones generales, para matar dudas. En ingeniosa vigilancia, parecía adivinar lo de que sus ex servidores y ahora compañeros pudiesen verse acusados, por lo que, más tarde, en rubra velada, vendría grandemente a suceder, lo que se verá. Cuidó resguardarlos de eso, mediante una declaración a tinta, por tras de la fecha, tiempos antes de lo después.

De lo suyo, nada había conservado, a no ser la antigua, conforme y enorme casa, aireada en aquella eminencia, edificio de prospecto decoroso y espacioso: y de donde el tamaño del mundo se hacía más grande, translúcido, siempre con un fondo de engaño, en sus ocultos fundamentos. Nada. Tal vez no. Hacía de cuenta nada tener; a sí mismo se hacía de cuenta. A los otros —los amaría— no los comprendería.

Hacían de cuenta que eran dueños, esos otros, se acostumbraban. No lo comprendían. No lo amaban, seguramente, ya que siempre habían de temer su oculta persona y respetar su valimento, él en palacio acastillado, siempre majestad. ¿Por qué, entonces, no se iba de una vez por todas, el caduco, loco, estafermo, espantajo? Sabio, sedentario, quería que progresasen, y no se perdiesen, los vigilaba, todavía gratis los administraba, gestor, capataz, rentero de ellos. Le servían aún, y así. Pero, de cierto, milenaria y animalmente, lo odiaban.

Tío Man'Antonio rumbo a todo, a la seña de lo se-

creto, se apartaba —de él a él y en él—. Nada más interrogaba —horizonte e infinito— de cumbre a cumbre. Por lo que vivía, tiempo aguantado, él hacía alta y serena, fuertemente, el no hacer nada, acertándose en el vacío en la redesimportancia; y pensaba lo que pensaba. De nunca, de cuando.

En medio, esto, aquello se dio. Dio —el indeciso paso, el que no se puede seguir con la idea. Murió, como si por un ojo de aguja, un hilo. Murió; hizo de cuenta. En este punto lo encontraron en la hamaca, en el cuarto más chico, solito de amigo o amor —transitorio— príncipe y solo, criatura del mundo.

Ay de, al horror de tanto, se atontaban y callaron, todos, en el miedo de que un hombre de ésos, serafín, en el dejamiento se pudiese finar; y temían, con sagrado espanto, y casi que no de su ciente odio, que, a causa de fallecer así, enormidad de males y absurdos castigos vengarían con desencadenarse, desplomados recaerían sobre ellos y sus hijos.

Una vez que, sin embargo, murió, debían reverenciarlo, según los usos —cuerpo, humano y hereditario, más que entorpecido. Se encendieron en cuadro las grandes velas, él en duro traje de sarga color de níspero y con negras botas encontradas, colocado largo en la mesa, en la sala más grande de la Casa, ya requiescante. Y todavía tenían que expedir positivos y recados, para que viniese más gente, toda, parientes y ausentes, los posibles vecinos y lejanos. También se lloró en la veranda. Se tocó la campana.

La obligación cumplida a lo justo, por la nochecita, de repente, la Casa se encendió, que desaparecía. También otros, por cierto que, a la hora, allá dentro deberían estar; sin embargo, nadie.

Así la roja hoguera, tan enorme, que iría a durar días, mayor subía y rodaba cuando estallaba pared por pared, cosa por cosa, alientada, en plena evidencia. Sus

llamaradas, agitando a cada flama un viento, sacudiendo alto en el aire la polvareda del estiércol de los corrales que también se quemaban, y así la cuarentada escalera, el caliente jardín de limoneros. Desparramados por el aire, en un radio de más de legua, fuego, chispas y restos, por despeñaderos, cañones y cavernas, como si, espléndidamente, tan vana oleada, sobre alas, la montaña toda ardiese. Lo que era lucir, la clara, incongrua claridad, su tétrico irradiar, que traspasaba la noche.

Ante y en presencia, a la distancia, en rueda, mujeres se arrodillaban, y hombres que saltando sebestenes gritaban diablescos, a los miasmas, individuos. De cara al suelo se postraban pidiendo algo y nada, necesitados de paz.

Hasta que él, difunto, se consumió, en cenizas —y, por ellas, después, todavía se encaminó, señor, para la tierra, gleba tumularia, sólo; como las consecuencias de mil actos, continuadamente.

El —que como en el Destinado se había convertido—: Man'Antonio, mi Tío.

13

EL CABALLO QUE BEBÍA CERVEZA

Esa chacra del hombre, quedaba medio oculta, oscurecida por los árboles, tamaños y tantos, como jamás se vieron plantados alrededor de una casa. Era hombre extranjero. De mi madre oí cómo, en el año de la gripe española, él llegó cauteloso y espantado, para adquirir aquel lugar de total defensión, y la morada, donde de cualquier ventana alcanzaría a vigilar la distancia, manos en la espingarda; no era todavía, en ese tiempo, tan gordo, de causar asco. Decían que comía mucha inmundicia: caracol, hasta ranas, con manojos de lechugas embebidas en un balde de agua. Había que ver, que almorzaba y cenaba, del lado de afuera, sentado en el umbral, el balde entre las gruesas piernas, en el suelo, también las lechugas; menos la carne, ésa, cocida, legítima de res. Gastaba demasiado en cerveza, que no tomaba a la vista de uno. Pasaba por allá, él me pedía: —«*Irivalini, bisoña otra botella, es para el caballo...*» No me gusta preguntar, no me hace gracia. A veces yo traía, a veces no traía, y él me indemnizaba el dinero, gratificándome. Todo en él me daba rabia. No aprendía a decir bien mi nombre. Afrenta u ofensa, no soy el que perdona —a nadie de ninguna.

Siendo mi madre y yo de las pocas personas que pasaban por enfrente de la tranquera, para atravesar por la pasarela del riacho. —«*Déjalo estar, el pobre, penó en la guerra...*» —mi madre explicaba. Se cercaba de diversos perros, grandotes, para que vigilasen la chacra. A uno de ellos se veía que no le quería del todo,

el animal en sustos, antipático —el menos bien tratado; y con todo, hacía para que no se apartara de él, pues a toda hora, por desprecio, llamaba al endemoniado perro: de nombre «*Musulino*». Yo mascullaba el rencor: de que un hombre de esos, cogotudo, barrigón, ronco de catarros, extranjero hasta las náuseas —si sería justo poseer el dinero y estado, viniendo a comprar tierra cristiana sin honrar la pobreza de los demás, y encargando docenas de cerveza, para pronunciar el feo hablar. ¿Cerveza? Era un hecho que a sus caballos los tenía, a los cuatro o tres, siempre descansados, en ellos no montaba, ni aguantaría montarlos. Siquiera caminar, casi no lo conseguía. ¡Cabrón! Se quedaba a fumar unos puros pequeños malolientes muy mascados y babeados. Merecía una buena corrección. Sujeto sistemático, con su casa cerrada, pensaba que todo mundo era ladrón.

Es decir, a mi madre la estimaba, la trataba con benevolencias. Conmigo no medraba —no disponía de mi ira. Ni cuando mi madre enfermó de gravedad y él ofreció dinero, para los remedios. Acepté; ¿quién va a vivir de no? Pero no agradecí. Seguro que él tenía remordimientos de ser extranjero y rico. E, igual, no sirvió, la santa de mi madre se fue para las oscuridades, y el condenado hombre pagando el entierro. Después indagó si yo quería ir a trabajar para él. Me quedé en sofismas. Sabía que no tengo temor, en mis momentos, y que enfrento a unos y otros; en el lugar la gente poco me encaraba. Sólo si fuese para tener mi protección, día y noche, contra los yentes y vinientes. Tanto, que no me dio ni media tarea que cumplir, sino que estaba para haraganear por allá, siempre con armas. Pero le hacía los mandados. —«*Cerveza, Irivalini. Es para el caballo...*» —lo que, serio, decía en aquella lengua de batir huevos. ¡Ojalá me insultara! Aquel hombre aún se las vería conmigo.

Lo que más extrañé, fueron esos encubrimientos. En la casa, grande, antigua, atrancada noche y día, no se entraba; ni siquiera para comer y cocinar. Todo se pasaba del lado más acá de las puertas. Él mismo, pienso que raras veces por allá se introducía, a no ser para dormir, o para guardar la cerveza —*ah, ah, ah*— la que era para el caballo. Y yo, conmigo: —«*¡Espra tú, puerco, por si, cualquier día, yo no estoy bien, entonces lo que fuere sonará!*» Sea que, por ese tiempo, yo debía haber buscado a las correctas personas, contar los absurdos pidiendo providencias, soplar mis dudas. Lo que, sencillamente, no hice. Ni soy de chismes. Además, ahí, fue cuando también aparecieron aquéllos —los de afuera.

Sonsos los dos hombres, venidos de la capital. Quien me llamó hacia ellos fue don Priscilio, el comisario. Me dijo: —«*Reivalino Belarmino, éstos aquí tienen autoridad, para punto de confianza.*» Y los de afuera, llevándome aparte, me interrogaron, a las muchas preguntas. Todo para sacar noticias del hombre, querían saber una relación de bagatelas. Toleré un sí; mas no proveyendo nada. ¿Acaso voy a ser coatí, para que me ladre el perro? Sólo rumié escrúpulos, por las malas cataduras de esos sujetos embozados, dropes también. Pero me pagaron una buena cantidad. El principal de ellos dos, el de mano en el mentón, me encargó: si, mi patrón, siendo hombre muy peligroso, ¿vivía de veras solito? Y que yo me fijase, en la primera ocasión, si él no tenía en una pierna, abajo, señal vieja de aro de hierro, de criminal huido de cárcel. Pues sí, pie, prometí.

¿Peligroso para mí? —*ah, ah.* Para eso, en su mocedad, vaya, puede que hubiera sido hombre. Pero ahora, panzudo, regalón, mollejón, querría solamente la cerveza —para el caballo. El muy desafortunado. No que me queje, por mí, pues jamás aprecié cerveza; si

me gustase, compraría, tomaría o pediría, él mismo me la hubiera dado. Decía que tampoco le gustaba, no. En verdad. Sólo consumía la cantidad de lechuga, con carne, boquilleno, asqueroso, con mucho aceite, lamía hasta que espumaba. Por último, estaba medio enajenado; ¿sabía de la llegada de los de afuera? No observé marca de esclavo en sus piernas, ni me ocupé de eso. ¿Acaso voy a ser servidor de comisario-jefe, de esos, malpensados, con tantos miramientos? Pero yo buscaba un modo de entender, aunque por una grieta, aquella casa, bajo llaves, espiada. Los perros ya volviéndose mansos, amigables. Mas, parece que don Giovanio desconfió. Pues, para mi hora de sorpresa, me llamó, abrió la puerta. Allá dentro, hasta hedía a cosa siempre tapada, nada bueno el aire. La sala, grande, vacía de amueblado, sólo para espacios. Él, como a propósito, me dejó mirar a gusto, anduvo conmigo, por diversas habitaciones, me contenté. Ah, pero, después, conmigo mismo, me di cuenta, en el fin de la idea: ¿y los cuartos? Eran muchos, resguardados, yo no había entrado a todos. Por detrás de algunas de aquellas puertas, presentí aire de presencia —¿sólo más tarde? Ah, el carcamán quería pasarse de vivo; ¿y yo, no lo era más?

Además, unos días después, por oír decir se supo, que tarde en la noche, distintas veces, galopes en el yermo de la llanura, de jinete salido por la tranquera de la chacra. ¿Podía ser? Entonces, el hombre tanto me engañaba, al punto de formar una fantasmagoría, de trasgo. Sólo aquella divagación, que yo no acababa de entender, para dar razón de alguna cosa: ¿si tendría él, de veras, un extraño caballo, siempre escondido allí dentro, en lo oscuro de la casa?

Don Priscilio me llamó, justo, otra vez, en aquella semana. Los de afuera estaban allá, en colusión, sólo a medias tomé parte en el asunto; uno de ellos dos, es-

cuché que trabajaba para el «consulado». Pero conté todo, o tanto, por venganza, con muchos casos. Ellos, entonces, instaron a don Priscilio. Querían permanecer en oculto, don Priscilio debería ir solito. Me pagaron más.

Yo estaba por allí, fingiendo no ser ni saber, de prevención. Don Priscilio apareció, habló con don Giovanio: ¿y qué historia sería aquella de beber cerveza un caballo? Inquiría, lo apretaba. Don Giovanio permanecía muy cansado, movía despacio la cabeza, resollando lo escurrido de la nariz, hasta la colilla del puro; pero no hizo cara fea al otro. Mucho pasó la mano por la frente: —«*¿Lei quiere ver?*» Salió, para surgir con un canasto con las botellas llenas y una cubeta, en ella volcó todo, a las espumas. Me mandó traer el caballo: el alazán canela clara, bella faz. El cual —¿era de creerse?— ya avanzó, avispado, de orejas avezadas, redondeando las narices, lamiéndose: y grueso bebió, el rumor de aquello, degustado, hasta el fondo; ¡viéndose que ya él era mañoso, imbuido en aquello! ¿Cuándo lo habían enseñado, posible? Pues el caballo aún quería más y más cerveza. Don Priscilio se avergonzaba, en el momento agradeció y se fue. Mi patrón hechó un silbido, miró hacia a mí: —«*Irivalini, que estos tiempos se van cambiando mal. ¡No laxa las armas!*» Aprobé. Sonreí porque él tenía todas las mañas y patrañas. Así mismo, medio me disgustaba.

Por lo tanto, cuando los de afuera tornaron a venir, hablé, lo que yo especulaba: que alguna otra razón tendría que haber en los cuartos de la casa. Don Priscilio, de esa vez, vino con un soldado. Sólo pronunció: que quería revistar los dormitorios, ¡por la justicia! Don Giovanio, siendo de paz, prendió otro puro, él estaba siempre cuerdo. Abrió la casa para que don Priscilio entrase, el soldado; también yo. ¿Los dormitorios? Fue recto hacia uno que estaba duro de cerrado. El de lo pasmoso: porque allí dentro, descomunal, sólo

había el singular —¡esto es, la cosa de no existir!— un enorme caballo blanco embalsamado. Tan perfecto, la cara cuadrada como uno de juguete, de niño; reclaro, blanquito, limpio, crinado, ancudo, alto cual uno de iglesia —caballo de San Jorge. ¿Cómo podían haber traído aquello, o mandado venir, y entrado allí acondicionado? Don Priscilio se cohibió, a pesar de toda la admiración. Todavía palpó mucho el caballo, no encontrando en él hueco o contenido. Don Giovanio, así que quedó sólo conmigo, masticó el puro: —«*Irivalini, pecado que a nosotros dos no nos guste la cerveza, ¿no?*» Aprobé. Tuve ganas de contarle lo que estaba pasando por detrás.

Don Priscilio y los de afuera estarían ahora purgados de las curiosidades. Pero yo no apartaba el sentido de esto: ¿y los demás cuartos de la casa, lo de tras puertas? Deberían haber hecho búsqueda total, en ella, una vez por todas. Cierto que yo no iba a recordar ese rumbo a ellos, no soy maestro de quinaos. Don Giovanio platicaba más conmigo, pensativo: —«*Irivalini, eco, la vida es bruta, los hombres son cativos...*» No quería preguntarle respecto al caballo blanco; tonterías: habría sido de él, en la guerra, de suma estimación. —«*Pero, Irivalini, a nosotros nos gusta demasiado la vida...*» Quería que comiera con él, pero la nariz le goteaba, el moco de aquella pituita resollando, mal sonada, y él olía a cigarro, por todos los lados. Cosa terrible el asistir a aquel hombre, en el no decir de sus lástimas. Entonces, salí, fui hasta don Priscilio, hablé: que yo no quería saber de nada, de aquéllos, los de afuera, intrigantes, ¡tampoco jugar con cuchillo de dos filos! Si volviesen los correría, disparataba, escaramuzaba —¡alto ahí!— aquí esto es Brasil, también ellos eran extranjeros. Soy de sacar puñal y arma. Don Priscilio lo sabía. Sólo que no sabía de las sorpresas.

Lo que pasó de repente. Don Giovanio abrió de par en par la casa. Me llamó: en la sala en el centro del piso, yacía un cuerpo de hombre, bajo una sábana: —«*Josepe, mi hermano...*» —me dijo, conmovido. Quiso el cura, las campanas de la iglesia para repiquetear las veces de los tres dobles, para él tristemente. Nadie había sabido nunca cuál hermano, el que se encerraba, en fuga a la comunicación de las personas. Aquel sepelio fue muy conceptuado. Don Giovanio podría jactarse ante todos. Sólo que, antes, llegó don Priscilio, me figuro que los de afuera le habían prometido dinero; exigió que se levantase la sábana, para examinar. Pero, entonces, se vio sólo el horror, de todos nosotros, con caridad de ojos: el muerto no tenía cara, a bien decir —sólo un agujerazo, enorme, cicatrizado antiguo, medroso, sin nariz, sin rostro— se veían albos huesos, el comienzo de la gola, garguero gorjas. —«*Que ésta es la guerra...*» —don Giovanio explicó— boca de bobo, que se olvidó de cerrar, toda dulzuras.

Ahora, yo quería seguir rumbo, ir tirando, allí no me convenía más, en la chacra extravagante y desdichada, con el oscuro de los árboles, tan alrededor. Don Giovanio estaba del lado de afuera, conforme su costumbre de tantos años. Más achacoso, envejecido súbitamente, en el traspaso del manifiesto dolor. Pero comía, su carne, las muchas lechugas, en el balde, resoplaba. —«*Irivalini... que esta vida... bisoña. Cáspita?*» —preguntaba en tono del todo cantado. Él bermejeadamente me miraba. —«*Yo acá pizco...*» —contesté. No por asco, no le di un abrazo, por vergüenza, para no tener también los ojos lagrimeados. Y, entonces él hizo la cosa más disparatada: destapó cerveza, toda la que se espumase. —«*¿Vamos, Irivalini, contadino, bambino?*» —propuso. Yo quise. A las copas, a las veinte y treinta, me iba en aquella cerveza toda. Sereno, me pidió que llevara conmigo, al irme, el caballo

—alazán tomador— y aquel entristecido perro flaco, *Musulino*.

Nunca más vi a mi patrón. Supe que murió, cuando, en testamento, dejó para mí la chacra. Mandé levantar tumbas, y decir misas, por él, por el hermano, por mi madre. Mandé vender el lugar, pero, antes, echar abajo los árboles, y mandé enterrar en el campo el trasto, que se encontraba en aquel referido cuarto.

Nunca volví allá. No, pues que no me olvido de aquel día —el que fue una compasión. Nosotros, dos, y las muchas, muchas botellas, en la hora pensé que todavía un otro sobrevendría, por tras de uno, también, por su parte: el alazán faz alba; o el blanco enorme, de San Jorge; o el hermano, medrosamente infeliz. Ilusión, que fue, ninguno estaba allí. Yo, Reivalino Belarmino, «capisqué». Tomo las botellas todas, restantes, hago como que fui yo quien consumió la cerveza toda de aquella casa, para cierre de engaño.

14

UN JOVEN MUY BLANCO

En la noche del 11 de noviembre de 1872, en la comarca del Cerro Frío, en Minas Gerais, pasaron hechos de pavoroso suceder, referidos en periódicos de la época y registrados en las Efemérides. Dicho que un fenómeno luminoso se proyectó en el espacio, seguido de estruendos, y la tierra se abaló, en un terremoto que sacudió los altos, rompió y allanó casas, revolvió valles, mató gente sin cuenta; cayó otro sí aterrador temporal, con asombrosa y jamás vista inundación, subiendo las aguas de río y riachos sesenta palmos del plan. Después de los cataclismos se confirmó que el terreno, en radio de una legua, había cambiado de aspecto: sólo escombros de cerros, grutas muy abiertas, riachos lejos transportados, matorrales volteados por las raíces, solevantados nuevos cerros y rocas, haciendas revueltas sin resto —rodar de piedra y lodo, tapaban el estado del suelo. Aun lejano el astroso rededor, pereció la mucha criatura y crías, soterradas o ahogadas. Otros vagaban al abandono, siquiera conociendo más, tan al revés, los caminos de otrora.

Por lo que, en el término de una semana, día de San Félix, confesor, el hecho de venir al patio de la Hacienda del Casco, de Hilario Cordeiro, con sede casi dentro de la calle del Arraial del Oratorio, un cuitado de esos fugitivos, ciertamente llevado por el hambre: el joven, pasmo. Sucedió súbitamente, y era joven de distinguida presencia, pero en lastimeras condiciones, sin el total de harapos con qué componerse, por eso envuelto en paño, especie de manta de cubrir caballos,

hallada no se sabe dónde; y así en bochorno, fue visto, muy de mañana, apareciendo y escondiéndose por detrás del cercado para las vacas. Tan blanco; pero no blancuzco, sino de un blanco leve, semidorado de luz: pareciendo tener por dentro del cutis una segunda claridad. Mucho se asemejaba a esos extranjeros que uno no encuentra ni jamás vio; constituía en sí otra raza. Así es el modo como todavía hoy se cuenta, pero cambiado incierto, por el pasar del tiempo, pues narrado por hijos o nietos de los que eran muchachos, puede que niños, cuando en buena hora lo conocieron.

Hilario Cordeiro, siendo hombre cordial para los pobres, temiente y bueno, y todavía más en ese postiempo de calamidad, en el cual sus mismos parientes habían sufrido muertes y allanamientos totales, no dudó en dispensarle alojamiento, cuidando adecuarle ropa y botinas, y darle de comer. Lo que era menester de benemerencia, pues el joven, con los sustos y golpes, había pasado por desgracia extraordinaria: perdida la completa memoria de sí, su persona, además del uso del habla. Ese joven, pues, para él, ¿sería el futuro igual materia que el pasado? Nada oyendo, no respondía ni que no, ni que sí; lo que era cosa de compadecer y lamentar. Tampoco podía entender, es decir, entendía a veces, al revés, los gestos. Puesto que una gracia ya debía tener, no se le podía dar otro nombre, no adivinado; tampoco se sabía de qué generación fuese —el hijo de ningún hombre.

Desde que allá llegó, y diariamente, comparecían los varios moradores, por su causa, a ver qué les parecía. Tonto, no lo era. Sólo aquella intención de sueños, el aire de cierto cansancio. Sorprendente, sin embargo, lo que asaz observaba, resguardado, hasta, menudamente, acechaba los hábitos de las cosas y personas; lo que mejor se vio, aún, en el después. Le quisieron. Más, quizá, el negro José Kakende, esclavo me-

dio liberto de un músico desquiciado, y él mismo, de idea perturbada; por lo últimamente, entonces, delirante disparatado, a causa de haber padecido los grandes pavores, en el lugar del Condado: giraba ahora por aquí y allí, pronunciando advertencias y desorbitadas sandeces —queriendo dar por cierto y verdad la portentosa aparición que había visto en las márgenes del Río de Peixe, en la víspera de las catástrofes.

Sólo a uno no agradó el joven, o mejor, ya lo malquiso de *ab initio* —reputándolo de vago y malhechor furtivo, digno, en otros tiempos, de degradación en África y de los hierros de El rey: el llamado Duarte Días, padre de la más bella joven, de nombre Viviana; y de quien se sabía era hombre de carácter fuerte, además de maligno injusto, sobre prepotencias: en aquel corazón no caía nunca una lluviecita. No se le dio atención.

Llevaron al joven a misa, y se comportó, no mostró creer ni descreer. Cánticos y música del coro escuchaba serio, sentimental. Triste, que se diga, no; pero, como si consiguiera en sí más nostalgias que las demás personas, nostalgia enterada, a salvo del entendimiento, y que por lo tanto se purificaba en mayor alegría —corazón de perro con dueño. Su sonrisa a veces se detenía, referida a otro lugar, otro tiempo. Sonriendo más con la cara, o con los ojos; puesto que nunca se le vieron los dientes. El padre Bayão, antes de conferir con él bondadosamente, de improviso se le enfrentó con la señal de la cruz: y él no mostró desagrado por la materia. Estaba en las altas atmósferas, aumentaba su presencia. «*Comparados con él, nosotros todos, comunes, tenemos los semblantes duros y el aspecto de mala y constante fatiga.*» Trazos estos consignados por el propio cura, en carta de puño y firma para testimonio del hecho raro, al canónigo Lessa Cadaval, de la Catedral de Mariana. En la cual igualmente hace men-

ción al negro José Kakende, que en la misma ocasión se le acercó, con altas y disparatadas hablas, para imponer su visión de la orilla del río: ...«*el arrastre del viento y grandeza de nube, en resplandor, y en ella, entre fuego, se movía una artimaña amarilla oscura, aparato volante, chato y redondo, con redoma de vidrio sobrepuesta, azuleada, y que, posado, de adentro descendieron los Arcángeles, mediante ruedas, llamaradas y rumores.*» Y, con el mismo risueño José Kakende, vino Hilario Cordeiro llevando al joven a la casa, en un exceso de desvelo, como si fuese su verdadero padre.

Pero, a la puerta de la iglesia se encontraba un ciego, Nicolau, limosnero, el cual, en viéndolo el joven, lo miró sin medida y entregadamente —¡cuentan que sus ojos tenían color de rosa!— y fue en dirección a él, dándole rápida partícula, sacada de la faltriquera. Pues, estando el ciego bajo sol, y escurrido de sudor, a almas cristianas debería de causar meditación el contraste de tanto padecer el calor del astro rey aquel que ni las bellezas de la luz podía gozar. El ciego, palpando la dádiva en la mano, a guisa de cogitar en qué rara casta de moneda consistía, y convenciéndose pronto que ninguna, la llevó presto a la boca; lo que le advirtió su lazarillo: que no era cosa de comerse, sino especie de carozo de fruto de árbol. Entonces el ciego la guardó con airados celos y por varios meses, aquella semilla, que sólo fue plantada después del remate de los hechos, todavía por narrar aquí: y dio una azulada planta de flores, de lo más rara e inesperada: con aspecto de ser una única entre varias flores, entremezcladas de modo imposible, en un primor confuso, y, los colores, nadie llegó a un acuerdo con respecto a ellos, por desconocidos en el siglo; con poco, desmerada y resequida, sin producir otras semillas o brotes; ni los insectos sabían buscarla.

Pero, terminada de pasar aquella escena, surgía, en el atrio, Duarte Días con unos compañeros y servidores, para imponer la sorpresa de una exigencia y crear problema: quería llevar consigo al joven, basándose en que: por la blancura del cutis y demás delicadezas, debería ser uno de los Rezendes, parientes suyos, desaparecidos en el Condado, en el terremoto; y que, pues, hasta el reconocimiento de alguna noticia, le competía tenerlo en custodia, según la costumbre. Siendo que Hilario Cordeiro pronto contestó al postulado, y el argumento por casi nada terminaría en seria desavenencia, Duarte Días, porfiando y excediéndose, de eso sólo volvió en sí ante el parecer de Quincas Mendaña, del Cerro, notable en la política y proveedor de la Hermandad.

Y, más adelante, todavía, mejor razón iba a tener Hilario Cordeiro de su celo, pues que todo pasó a serle dicha, sea en salud y paz, en la casa, sea en el asaz prosperar de los negocios, capital y bienes. Y no que el joven le proporcionase auxilio en la sujeción a servicios o, en el realizar, con vagar, algún oficio; en eso ni siquiera podía hacerse cargo de sí —con las manos no callosas, albas y finas, de hombre de palacio. Él andaba muy en la luna, paseaba por todo el lugar y allende, practicando aquella libertad vaporosa y el espíritu de soledad; parecía quebrantado por un hechizo, según el decir de la gente. No obstante que tenía grandes dotes, para lo que fuese funcionar ingenios, herramientas y máquinas, a que se prestaba haciendo muchos inventos y desbaratando casos, vivo, cuidadoso y despierto. Sólo de extraña memoria pues, el mirar para arriba, siempre, lo mismo de día como de noche —acechador de estrellas. Muchas veces, sin embargo, le placía la diversión de prender fuegos, siendo de repararse cuánto se entusiasmó, el día de San Juan, con las muchas fogatas de la fiesta.

En eso sobrevino, justo, el caso de la joven Viviana, siempre mal contado. Eso fue cuando él allá compareció, acompañado del negro José Kakende y vio a la joven muy bonita, pero que no se divertía como las otras: y él se le acercó mucho, gentil y espantoso, le puso la palma en la mano, delicadamente. Pues, siendo así, la joven Viviana la más hermosa, era de admirarse que la belleza de la figura no le sirviera para transformar, en su interior, la propia y vagarosa tristeza. Pero Duarte Días, el padre, que a eso había asistido, prorrumpió en pleiteantes gritos: —«*¡Tienen que casarse! ¡Ahora tienen que casarse!*» —con instancia. Afirmaba que el joven era hombre, y uno, y todavía soltero, y le había infamado a la hija, debiendo tomarla por esposa y arrostrar el estado de casado. El joven oía, de buena concordia, sin hacerle caso. Mas la grita de Duarte Días sólo tuvo término cuando el padre Bayão y otros de los mayores, le recusaron tan despropositadas furias e insensatez. También la joven Viviana, con radiantes sonrisas, lo serenaba. Ella, que, a partir de esa hora, despertó en sí un al fin de alegría, para todo el resto de su vida, de ahí un don. Sólo que, Duarte Días —lo que no se entiende— iba a producir, aún, otros lances de estupefacción, helos aquí.

De tal guisa que, para alboroto de todos, en el día de la misa de Dedicación a la Virgen de las Nieves, y Vigilia de la Transformación, 5 de agosto, él fue a la Hacienda del Casco, requiriendo hablar con Hilario Cordeiro. También el joven allá estaba. Se veía otro y nada desairoso —uno lo miraba y pensaba en un repentino claro de luna. Entonces, Duarte Días declaró: suplicaba que lo dejasen llevar al joven para su casa. Que así lo quería, y necesitaba, mucho, no por ambicioso o impostor, tampoco por intereses menores, sino por haberle cobrado, con contricciones de escrúpulo,

¡fuerte estima de afecto! Decía y desgobernaba las palabras, alterado, mientras de sus ojos corrían gruesas lágrimas. Ahora no se comprendía el desbarajuste de actitud tan contraria: la de un hombre que, para manifestar el amor, aún no disponía más que de los arrebatados medios y modales de la violencia. Pero, el joven, claro como el ojo del sol, lo tomó de la mano, y, con el negro José Kakende, lo fue conduciendo por el campo —después se supo que por tierras del propio Duarte, donde las ruinas de un ladrillar. Y ahí indicó que mandase cavar: con eso se encontró, allí, una vena de diamantes o una gran olla de monedas, según tradiciones distintas. Por arte de tal prodigio, Duarte Días pensó que iría a volverse riquísimo, y cambiado estuvo de verdad, de la fecha en adelante, en hombre suscinto, virtuoso y bondadoso, admirablemente, consonante al aseverar sobremaravillaso de los coevos.

Pero, en contra, en el día de la veneranda Santa Brígida, de voz común otra vez de él se supo: el joven, plácido. Se dice que había salido en la víspera, acampando por los altos, en uno de sus desapareceres; era un tiempo de truenos secos. José Kakende contaba, solamente, que lo había ayudado a prender, en secreto, con formación, nueve fogatas; y, más, el Kakende sólo sabía repetir aquellas viejas y divagadas visiones —de nube, llamas, ruidos, redondos, ruedas, armatoste y entes. Con la primera luz del sol, se había ido el joven, tenidas alas.

Todos singularmente deploraron, para nunca, inciertos. Dudaban de los aires y montes; de la solidez de la tierra. Duarte Días vino a fallecer de pena; pero la hija, la joven Viviana, conservó su alegría. José Kakende conversó mucho con el ciego. Hilario Cordeiro, y otros, decían experimentar saudade y media muerte, sólo al pensar en él. El cintilaba ausente, aconteció. Pues. Y nada más.

15

LUNAS DE MIEL

A lo mejor, mismamente, de lo mismo, siempre viene la novedad.

En aquella víspera, yo andaba medio flojo, débil; ¿ya declinaba yo para las no...ezas? En los primeros de noviembre. Soy casi de paz, cuanto puedo. Descuento para atrás, todo aquello en que me metí, en la juventud: desmandos, desórdenes, agravios. Entonces, después, la vida en serio, que, entre nosotros, de brava se enfurecía. Soy acomodado labrador, es decir —de pobre no me ensucio y de rico no me emporco. Defensa y cautela no fallecen, en esta hacienda Santa Cruz de la Onza, de hospitalidades; mía. Aquí es un rincón. De flojedad por el calor, era por lo que yo quedaba a observar. En ese día, nada por nada. Por fastidio y aburrido, comía demasiado. Del almuerzo, después, me remitía a la hamaca, al cuarto. Cuestión de edad, digestiones y salud: hígado. Misia María Andreza, mi santa y medio pasada mujer, ya iba a hervir un té, para mi empacho. Bueno. Don Fifino, mi hijo, de la banda de afuera de la puerta, notició: que había llegado cierto sujeto, un recadero, con carta. Di tiempo. Prestezas y prisas no me agradaban.

Don Fifino, mi hijo, sin ser necio ni sonso del todo, me estaba explicando: que el tipo ese había arribado tan a socapa, que sólo se notó, ya detenido, a caballo, atrás del ingenio, ni los perros habían ladrado, tampoco hizo rechinar la tranquera; y que, con armas, todo proveído, rifle a bandolera. Y, entonces, mi capataz, José Satisfecho, soplado me informaba, de él, el nom-

bre, el cual —el Baldualdo. Soy mosquita en hocico de ocelote: no moví cejas, no mostré pasmo. Sabía de la fama de ese Baldualdo —que valía un batallón, con grande y muerta clientela. Por ahora, ¿a mí qué me importaba? De eso digo: mi propio José Satisfecho, ya había sido también un «Ze Sipío», mano en el rifle; para que se me entienda. En las eras de los tiroteos contra el Mayor Lidelfonso y sus soldados. Conmigo. Yo con él, y otros. Sólo la vida tiene de esas rústicas variedades. Yo pongo la mesa y pago la despesa. Me moví de la hamaca, vine a ver quién. Aquel hombre que había llegado. Me miró presto, medido respecto, me repreguntó mi nombre por entero. La carta que traía para mí, a mano, era de verídico y alto mensaje. Releí las tres y tres veces el nombre que la firmaba: don Seotaziano.

Y —¡me gusta esto! Es lo que deletreo; «*Estimado amigo mío y compadre...*» Don Seotaziano, de su distante sede, los hechos importantes maniobrando, con estopín corto y brazo largo. El muy jefe, hombre de gran esfera, tigroso león como la pantera, pero justo el pan de bueno, en noblezas y formas. Mi compadre mayor, mandante, desde mucho. Y, hace tanto tiempo de eso. Pero, ahora se acordaba de éste, aquí, en este sitio, confiante de lealtad. Y con un caso. Para cosa sin treguas: lo que, seguro había de haber: —perro, gata y zaragata. Pero tengo que secundar, y quiero. Si él rayó, yo tajo. Declarado, sólo resumen: «*Para un joven y una joven, le pido fuerte resguardo. Lo demás se verá más tarde.*» ¡Esas sandeces de amor! —sonreí. Salí de los suspensos para los preparativos.

Quedito, era lo que se precisaba. Temperar el venir de las cosas, acomodar a los huéspedes, los esperados. Dando órdenes conformes. Prevenido para valer por cuatro. Aquel día era sábado. Me entendí con José Satisfecho y con Don Fifino, mi hijo: que me trajesen del

Retiro del Medio, ciertos hombres; y unos cuantos, de esos del Muño, de las rozas: siempre restarían todavía otros en el hoy por hoy, para el trabajo. Pero aquéllos, aquí a la mano; porque: a horas competentes, hombres de posibilidades. Hartos frijoles y arroz y cargas de pólvora, plomo y bala. Sensato, se me dice. Sólo en paz, con Dios, tranquilo. Sensato, sincero y honrado.

Misia María Andreza, mi mujer, me miraba.

Aquel Baldualdo, decente: —«*Si le place, señor mío, por unos días, aquí, me quedo...*» —me dijo, bajito, sabiendo de memoria su deber. Él ya era mi compañero —por arte de los ángeles de la guardia. En la veranda caminé, unos pasos, ejercitados. Los que iban a venir, ¿un joven, una joven? Misia María Andreza, mi correcta mujer, uno o dos cuartos arreglaría —toallas, bienestar, flores en floreros. Seguro que de noche llegarían, sagaces. —«*Ah, mi vieja, vamos a tocar rabeles...*» —bromeé, limpiando el revólver. Misia María Andreza, buena compañera, dijo apenas, moviendo el copete: —«*El lentisco de mata virgen no se endereza...*» La tomé de la mano medio afectuoso. Repensé en todas mis armas. ¡Ay, ay, la lejana juventud!

Sin nadie, entre nosotros, desprevenido; de hecho a la media noche llegaron. Novios, mucho amor. Ella era de las lindas, reteniendo las atenciones; yo ni supe hija de qué padre. Sólo medio asustadita, sonrisas desahogadas. El joven —¡hombre!— de los buenos. Vi rápido. Tenía rifle largo. Gallardo, guapo. No, todavía no eran matrimonio. Cenaron. No hablaron. La joven se retiró a la recámara, a lo inviolable de la casa; doncella con recato. El joven, ése, valeroso, quiso ranchearse en la casa del ingenio. Joven, un deporte de fuerte. Apreció. Pude presumir de su padre. Ah, ellos habían viajado viniendo solitos, como se debe de, en fugas particulares. Me gustó más. Sólo poco después llegó otro suje-

to que, a ellos dos, con buena distancia, garantizaba protección, sin que ellos supiesen —también por orden de don Seotaziano.

Las cosas bien hechas, medidas, como sólo un gran capitán concibe. Ese otro se llamaba el Bibiano, era un valiente de espingarda: me tomó la bendición. Bueno. Todo en todo, en orden, me adormecí, conforme, propietario de mi sueño. ¿Por qué no? Gente mía ya galopaba en esa noche y madrugada. Un enviado a la Hacienda Congoña, de mi compadre Verísimo, por tres rifles, tres hombres, prestados. Para seguridad. La gente de allá es fuego. Y uno a la Laguna de los Caballos, por otros tres —para que mi compadre Serejerio no se sintiese despreciado. Bueno. Yo juzgo a los otros por mí. Con tino y consideración el respeto es granjeado: con honor, sosiego y provecho. Por bien encaminar, me adormecí bien. Sólo vivo en lo supradicho.

Amanecí antes del sol, todo en paz, posesiones y rocíos. Admiro esas exactitudes del campo, en olores, adornado; mientras tanto nada. Misia María Andreza, mi mujer, me cuidaba. A ella dije: —«*Que no me conste quién es esta joven, ni lo que haya revelado.*» El no, por ahora. Yo no quería saber, solamente para prevenir: podía ser hija de conocido, pariente mío o amigo. Tampoco adelantaba. En esa hora yo era fiel a don Seotaziano. Siquiera, por lo menos. ¡Aquél es tu amigo, que te quita de ruido! —buen dicho. Ese día, de domingo. Se almorzó con hambre, a pesares de. La Joven y el Joven, justo ante mí, dichosos se contemplaban. Tanta cosa en este mundo, bien hecha. Misia María Andreza, mi conservada mujer, en cocinar se esmeraba. No más se me vino, ni pensé: los enamoramientos de esa gente son mis otras mocedades.

La gente moviéndose, tranquila, el tiempo creciendo, parado. De ese modo, se pasó el día, en oros y copas; mientras nada. La linda Joven, allá dentro, en el

oratorio rezaba. Misia María Andreza, mujer, sinceros cariños le daba. Nosotros acá afuera. Don Fifino, mi hijo, de esta banda, el Bibiano en la parte del cerro, en el puente del arroyo el Baldualdo; con otros y otros hombres; pero a escondidas, tan sutilmente, que no se veían ni se notaban. Conmigo, juntos, José Satisfecho y el Joven novio, de pocas palabras: caminábamos de la zanja al vallado. Misia María Andreza, mía, ¿por mí también rezaba? Yo —exagerado. Proveía, no meditaba. Día y tanto. Dios loado. Entonces, vino el anochecer, las estrellas, a las esperas. Ahí, uno en pos otro, llegaban, a los surtos, los de la Hacienda Congoña y los de la Laguna de los Caballos. Esos no se reían, en armas. Ah, las buenas amistades.

Así, más gente, otra vez, se despertó antes de los gallos. Allí, para el incierto lunes —medio redondo. Día de las fuertes llegadas. Primero, dos hombres más, que don Seotaziano enviaba. Jefe bravo. Después, según aviso dado, todavía otros, un par de jinetes: el sacristán atrás del cura. Ave. ¿El cura, joven, espingarda a la espalda? Armado con esmero; rifle corto. Se apeó, bendijo todo, aprestado para el casorio que se iba a tener: bodas en la casa. Tuve que moverme para prepararme, vestir mejor ropa —para esos momentos. Misia María Andreza, mi mujer, con gusto dispuso el altar. El Joven y la Joven se enaltecían. Amor es sólo amor. Airosos. Iban los dos, brazo en el brazo. ¡Vean cómo son las pasiones! Todo bueno, bastante bueno. Misia María Andreza bien vestida, me parece que hasta con colores. Soy hombre para bandas de música. El cura dijo bellas palabras. A esa altura yo ya sabía: la novia de cuál familia. Hija del Mayor Juan Dioclecio, duro y rico, de hecho, fuerte. Esas cosas y escalofríos... Bueno. Me encogí de hombros. Yo cerco un campo, y en él soplo: destorcidas claridades. Terminado el casorio se salió del altar a la mesa, se pasó de sala a sala.

Ahí, en sencillo banquete, que con todo y lechón y pavo, rellenos como de costumbre; vinos. Comimos nosotros todos y el cura; yo sin hastío ni empacho. Los dulces. Se cantó a coro. El novio de armas al cinto. La novia, una hermosura, conforme, con velo y azahares. La vejez de la lana es la suciedad... —yo pensé, consonante, viéndome. ¡Esas delicias de amor! —Suspiré apenas pensando. Yo bajaba de los valles a los cerros. Y, todavía en la ceremonia, mi hermano Juan Norberto llegaba, de lejos, de su hacienda Las Arapongas. Sabida, allá, la noticia, llegaba para ayudarme. Traía mayor novedad: —«*Si el Mayor atacase con matones, don Seotaziano bajaría a la escena —al frente de cien de sus hombres: ¡a proteger la retaguardia!*» De glorias, silbé, sentado. Aquel Joven novio, gentil, era pariente de don Seotaziano. Algunos de mis hombres tocaban guitarras. ¿Se bailaba?

Miré a mi saludable Misia María Andreza —contemplada.

¡Y era noche de las mayores! Vinieron mis compadres Cerejerio y Verísimo, en persona.

Buena gente para llevar a cabo empresas dificultosas. Hasta el cura dijo que se quedaba: para confesar a quién o quién, en la hora. Sólo que, sobre la mesa el breviario, pero al lado, la pistola. Buen cura, muy virtuoso, amigo de don Seotaziano. Ahora, se esperaba por el Mayor Dioclecio y sus matones. —«*¡Pero tan cierto!*» —se decía. —«*¡Esas cosas quiero verlas a la noche!*» —otro. Otro: —«*¿Y quién es el que apaga la vela?*» Ahí, por toda parte, se me dice no más, patrullas, trincheras, centinelas. Pasos callados, suaves, retintín de carabinas. Ah, esta vieja hacienda Santa Cruz de la Onza, con picas para cualquier hojalata. Punto era que, yo, el jefe. Yo estaba ya medio sanguinolento: medio aturdido. Yo, sencillamente. Yo —en nombre mío y de don Seotaziano.

La gente debía quedarse en vela. En la sala. En estos bancos y sillas. Aquellas lámparas y lamparillas. Todos, los de mando. Yo, mi hermano Juan Norberto, compadres Verísimo y Serejerio, y el Novio, más don Fifino. También la novia en su vestido blanco, y Misia María Andreza, mujer mía. Todos y todas. La rueda de hombres buenos. Cerca de mí, mi Ze Sipío. Y la cena —las sobras del almuerzo— con alegría. Hombres comiendo parados, el plato en la mano; alerta el oído. La gente, risueños de guerra, para cualquier cosa. ¡Aquí, que viniera el enemigo! —esos Dioclecios, demonios. La hora —de encerrar los huelgos. Y se esperaba —con luces para mil brujas. Y: *mantan - tiru - liru - lá...* se me dice —*¡pique será!* ¿No venía nadie? A lo que es que es, estábamos.

La gente, a un paso de la muerte, valientes, juntos, tantos, bastantes. Nadie venía. La Novia sonreía al Novio, levemente; esas nupcias. Y yo con la mente erradamente, de quien se halla en estado armado. Lo que a otro mengua a mí me sobra. Mía, Misia María Andreza, mujer, me sonreía. Lo que los viejos no pueden tener más: secretitos, secreteados. Nadie venía. Madrugar y gallos cantaban. El cura rezó, guerrero, en denodado placer de las armas. Primeramente, sentí el merecer más en ese venturoso día. Recibí más naturaleza —fuente seca brota de nuevo— el rebrotar, rebrotado. Misia María mi Andreza me miró con un amor, ella estaba bella, rejuvenecida. En esa noche ¿nadie venía? ¡Mientras nada! Madrugada. El Novio se retiró con la Novia; y unos más, que con más sueño ya están a cierra ojos. Resolvimos invertir vigilancias. Yo, feliz, miré para mi Misia María Andreza; fuego de amor, verbigracia. Mano en la mano, diciéndole yo —en la otra empuñando el rifle—: «*Vamos a dormir abrazados...*» Las cosas que están para la aurora, son confiadas antes a la noche. Bueno. Nos adormecimos.

Amanecí a deshoras, naciendo de los acogimientos. Todos en sus puestos. Aquel día, el martes. ¿Sería el día? Se esperaba, medio cuidosos, medio alegres; serios, sin algazara. ¿Con qué entonces? En esas calmas dilatadas. Y, pues.

Y, justo, pues, surgió la novedad: un recado. El peón que lo traía era un empleado de los Dioclecios: que hoy, en esta fecha, solito, un patrón vendría a visitarme, de paso. Amistoso. ¡¿Había visto yo, ésta?! —¿con qué? Me reuní con los jefes compañeros para comparar ideas, consonante. Se llegó a la razón: que ellos, más el grueso de los hombres y rifles, deberían salir, por un rato —esperar en el Retiro del Medio, de aquí a media legua y casi nada. Mi hermano Juan, mis dos compadres, más el sacristán atrás del cura. Dejar, provisoriamente, sin gente en armas, mi casa de hacienda. Así, así, entonces. Bueno. Para no hacer desafueros, de lo que mucho me cuido. ¿El hombre no venía solito, embajador, apenas para decirme a mí pues y pues? ¿Amenazar, quejarse, declarar guerras? Sea lo que fuere. Mi puerta está para el oriente. No veo otra banda. Soy un hombre leal. Soy lo que soy —yo— Joaquín Norberto. Soy el amigo de don Seotaziano.

Aquí, recibí al hombre en la puerta de lo que es mío. Y él era un hermano de la novia. Mi conocido, cordial con buen apretón de manos. Entramos. Nos sentamos. Severo, sereno, yo estaba: sensato, él, desenvuelto. No venía a provocar escándalos, ni a producir confusiones; parecía portarse en términos. ¿Si de buena forma se condujese el negocio? Mi deber y gusto era reconciliar, recatar y componer, como hombre de bien y jefe en armas. Ahora era el desenrollar de allá y de acá, de ambas partes. Me aclaré. Invité al hombre a comer. Y, entonces, me definí: con medios modos y trastejos no se pone ni se quita. Llamé a los Novios, ¡a la mesa!

Gente tiesa —un par de todo valor. Vinieron. El hombre sonrió, mi visitante. Dio la mano a ella, y a él dijo: —«*¿Cómo le va? ¿cómo le va?*» —en leal estima y franqueza. Bueno. Se comió y se platicó de diversas materias. Bueno. Aquello, al escurrir del cabello. Suavemente, con incompletos, él invitó a los dos, a que se fuesen con él: para la bendición de los papás y una fiesta de tornabolas. ¿No estaba todo cierto y aprobado? Él sabía lo del casamiento. A mí me invitó también, y más a Misia María, querida Andreza. Bueno, consonante. Yo, convenientemente, no podía, por los hechos. Pero mandé a mi hijo don Fifino, representante; él quiso, por amor a la fiesta, decidido.

Porque los novios aceptaron ir, satisfechos, agradeciéndome se despidieron. Y yo, respondiendo por lo derecho: —«*Sólo enmiendo: ¡abajo de Dios, sólo don Seotaziano!*» —dije. El hombre de pie para salir. Y, a él, directo, seguro, en la regla del bienvivir: —«*Soy el padrino de ellos dos, en el casorio, ¡y voy a ser padrino del primer hijo, si les place!*» —grueso dije, fingiendo franca risa. Siempre sería bueno. Y él, ¿no me iba a entender? Poquita duda. Esta vida tiene que ser declarada y firmada. ¡Lo más en lo más, si no las carabinas!

De la veranda, Misia María Andreza, y yo, nosotros, contemplábamos a la gente: los caballeros, en el congraciamiento, en buena ida. Todo tan terminado, de repente, se me dice, todo quitado. ¡Ni guerra, ni más lunademieles, regalo no regalado!

Miré a Misia María Andreza, mía, que me miraba. Ay de. Encuanto nada.

Se fueron el Baldualdo, el Bibiano, también consonantes. Don Seotaziano estaba servido y mis deberes concordados. Mi capataz, el José Satisfecho, medio flojo, cerraba la tranquera. Aquellas lunas de miel, tan pocas, así en soplo de gaita. Las pasajeras consolacio-

nes: hacer de cuenta de amor, lo que era mi cestito de cargar agua. Uno, ahora: salir de las desilusiones, el entrar en edad. Pero, don Fifino, mi hijo, un día habría de robar una joven así —¡en armas! Sonreí, yo, Joaquín Norberto respetador. Abracé a Misia María Andreza, mía, teníamos los ojos desanublados. ¿Se me dice? y entonces. Aquí en esta hacienda Santa Cruz de la Onza; aquí es un recato. Ah, bueno; y semejante hecho pasó.

16

LA PARTIDA DEL AUDAZ NAVEGANTE

Por la mañana de un día en que abrumaba y lloviznaba, parecía no acontecer cosa alguna. Se estaba junto al hogar, en la cocina, abierta, con alpende, atrás de la pequeña casa. En el campo es bueno, es así. Mamá, todavía en bata, mandaba a María Eva estrellar huevos con torreznos y pelar las papayas maduras. Mamá la más bella, la mejor. Sus pies podían calzar las chinelas de Pele. Sus cabellos daban al rubio silencioso. Sus niñas de los ojos jugaban con muñecas. Gitanita, Pele y Pilluela —ellas brotaban en una rama. Sólo Zito, éste, era de afuera; sólo primo. Media mañana lluviosa entre verdes: el fúgido fino salpicar, y la gente queda casi presa, alojada, en la cocina o en la casa, en el centro de muchos barros. Siempre se avistan la barranca, el gallinero, el marañón grande de variados torcimientos, un pedazo de un cerro —y la lejanía. Nurka, negra, dormía. Mamá cuidaba con orgullos y miradas a las tres niñas y al niño. De Pilluela, la más chica, mucho más. Pues Pilluela, a veces, hacía muchas travesuras.

No en esta hora. Pilluela se había instituido en un azogue de quieta, sentada en el cajón de las papas. Toda encogidita, de piernitas cruzadas, se ocupaba con la caja de fósforos. Se veía Pilluela: primero, los cabellos, largos, lacios, rubios cobrizos; y, en medio de ellos, cositas diminutas: la carita no larga, el perfil agudito, la naricita qué-caricia. No paraba mucho, de cuando en cuando picafloreaba, espiaba ahora —el pipipi, el empaparse del paisaje— las pestañas tilde, tilde.

Pero, se dice a sí, poco se nota, por los entrehilos: —«*¡Tanto llueve que me hiela!*» Ahí, se estiró hacia arriba, dando con los pies en diversos objetos —«*Ui, ¡Upa!*» había rolado en los racimos de plátanos, su ombligo siempre apareciendo. Pele le ayudaba a incorporarse. —«*Y el marañón todavía hace flores...*» —agregó; observaba el no interrumpirse de árbol aún así, con esos aguaceros, durante días, la llovizna en el chorrear y la pálida mañana en el cielo. Mamá dosificaba azúcares y harinas, para un pastel. Pele tentaba ayudar, diligentil. Gitanita leía un libro; para leer ella no necesitaba voltear las páginas.

Gitanita y Zito no se aproximaban mucho una al otro, antes estaban medio peleados desde la víspera, un disgustito grande y feo. Pele, que era la morena con notables ojos. Gitanita, la niña linda en el mundo: menudo retrato de Mamá. Zito repensaba asuntos que no osaba decir, cosas de celoso, él se había abierto a la especie de celos sin motivo de qué o de quién. Pilluela brincó, en una pirueta. —«*¡Yo sé por qué el huevo se parece a un asador!*»—; ella vivía en álgebra. Pero no iba a contarlo a nadie. Pilluela es así, no de juicio débil; sus secretos son sin acabar. Pero tiene infimísimas inquietudes: —«*Hoy yo tengo la cabeza muy caliente...*» —esto, por no querer estudiar. Entonces agrega: —«*Yo voy a saber geografía.*» O: —«*Yo quería saber el amor...*» Fue Pele quien rio. Gitanita y Zito levantan los ojos, sólo casi asustados. Casi, casi, se entrevieron, en un no encontrarse. Pero Gitanita, que se cree con la razón, hizo mohina. Zito, también, no quiere más continuar peleado, había llegado al punto de no aguantar. Si, a hurtadillas, miraba a Gitanita, ella de repente se le hacía más linda.

—«*¿Sin saber del amor, se pueden leer las novelas grandes?*» —Pilluela especulaba. —«*¿Pues? Tú no sabes leer ni el catecismo...*» Pele le azotaba una brizna

de desdén; mas Pele no se perdía por buenita y pelliscaba dulcemente, siempre sonreía en la voz. Pilluela adereza, remoquete: —«*¡Graciosa!... Pues leí las 35 palabras en la etiqueta de la caja de fósforos...*» Por eso, quería avanzar afirmaciones, con superior modo y calor de expresión, deducidos de babitas. —«*¿Zito, tiburón* es desvariado, *o es* explícito *o* demagogo?» Porque le gustaba, poetisa, importar esos nombres serios, que centellaban largo claror en el obscuro de nuestra ignorancia. Zito no contestaba, desesperado de repente, en controversias de culpabilidad, soñaba irse, teatral, bajo lluvia y más lluvia, él estallaba en una rabia. Pero Pilluela tenía el don de apresar las tenuidades: de ellas se apropiaba y las reflejaba en sí —la cosa de las cosas y la persona de las personas. —«*Zito, ¿tú podías ser el pirata inglorioso marinero, en un barco muy intacto, para lejos, le-e-ejos en el mar, navegante, que el nunca más, de todos?*» Zito sonríe, con aire de fuerte. Gitanita había temblado, y agarró con más dedos el libro, hesitaba. Mamá había dado a Pele el bol, para que ella batiese los huevos.

Pero Pilluela llevaba las manos en la cara, ella misma arrebatada, sin detener en sí el impulso de contar: —«*El Aldaz Navegante, que fue a descubrir los otros lugares valetudinario. Él fue en un barco, también, ardides. Fue solito. Los lugares eran lejanos, y el mar. El Aldaz Navegante estaba con añoranzas, antes, de la mamá, de los hermanos, del padre. Él no lloraba. Él precisaba, respectivamente, de ir. Dijo*: —"¿Ustedes se van a olvidar mucho de mí?" *Llegó el día de irse su barco. El Aldaz Navegante quedó agitando el pañuelo blanco, extrínseco, dentro de irse del barco. El barco fue saliendo del cerca para el lejos, pero el Aldaz Navegante no daba las espaldas a la gente, para atrás. La gente también inclusive agitaba los pañuelos blancos. Al fin, no había más barcos que ver, sólo había el res-*

to de mar. Entonces, alguien pensó y dijo: —"Él va a descubrir los lugares, que nosotros no vamos a descubrir jamás..." *Entonces y entonces, otro dijo*: —"Él va a descubrir los lugares, después él nunca volverá..." *Entonces, más, otro pensó pensó, esférico, y dijo*: "Él debe de tener, entonces, alguna de la rabia de nosotros, dentro de sí, sin saber..." *Entonces, todos lloraron, muchísimos, y volvieron tristes a casa, para cenar...*»

Pele levantó la cuchara: —«*Tú eres una analfabetota aldaz*», —«*¡La falsa beatota eres tú!*» Pilluela se portó malcriada. —«*¿Por qué inventas esa historia de tonterías, boba, boba?*» —y Gitanita se hería en el enfado. —«*¡Porque después puede quedar bonito, pues!*» Nurka había ladrado. ¿También Mamá estaba enojada? Porque Pilluela había dado con el pie en cafeteras y otras cosas. Dijo todavía, reflexiva: —«*Antes decir tonterías, que callar necedades...*» Ahora, cerró los ojos qué-verdes, solemne arrepentida de su desaliño de conducta. Oirá solamente el rumorear de la llovizna, que estarán friendo.

La mañana es una esponja. Pero, seguro que Pele había rezado los diez responsorios a San Antonio, mientras batía los huevos. Porque rompió manso el milagro. Templó el tiempo. Sólo era marzo —componiendo sus lluvias ordinarias. Gitanita y Zito, un suspiro. Se soltaban del gallinero las gallinas y el pavo. Se iba para el patio, Nurka. ¿El cielo volvía al azul?

Mamá iría a visitar a la enferma, la mujer del peón Ze Pavío. —«*Ah, ¿y tú vas a ir connosco o sin nosco?*» Pilluela preguntaba. Mamá para no reírse ni hacerse la alejada decía burlas tiernas. —«*¡Qué vergüenza la nuestra...!*» —y la de ella era una voz de vocales dulzuras. La mañana se hace de flores. Entonces, se pidió permiso de ir a espiar el arroyo lleno. Mamá las dejaba, ellas ya no eran, más, niñas de vivir pegadas a la falda. De impulso se alegraron. Sólo que alguien debería ir

con ellas, para que no se olvidasen de no acercarse a las aguas peligrosas. El río, allí, es mucho. ¿No sería Zito mismo, esa persona para acompañar, medio hombrecito, leal de responsabilidades? Se fue la cerrazón del aire. Pero, tenían de vestir otras ropas abrigadoras. —«*¡Oh, las bufandas!*» Pilluela de alegría ante todas, como si, si, si: niña sólo ave. —«*¡Vayan con Dios!*» —Mamá dijo, profetisa, con aquella voz al vuelo. Ella hablaba y llovía ráfagas de bendición. Las personitas se separaron.

Para ir allá, el camino primeramente subía, torcido, el repechito de la loma, colinita. Tan así mismo, los dos paraguas. En uno —adelante Pilluela y Pele. Bajo el otro, Zito y Gitanita. Sólo restos de la lluvia, llovizna secretándose. Nuka corría, negramente, y al fin volvía, perra desenvuelta dichosa. Si uno volteaba, veía la casa, blanquita, con el listón verdeazul, la más chiquita y linda de todas, todas. Zito dando el brazo a Gitanita a veces, mucho, las manos se encontraban. Pele se alteaba, elegante. Y ágil iba Pilluela, con su saquito coleóptero. Ella caminaba con los pies hacia adentro, como una cotarrita, impávida.

En el ascenso de la colineta, Zito y Gitanita se callaban, confundidos, en los conmovidos no decires. Sí, ya se ponían en pie de paz, haciendo su experiencia de felicidad; para ellos el paseo era un hecho sentimental. Se bajaba ahora por el otro repecho, tomando cuidado, por enlodado y resbaladizo, charquitos, pero también, para no pisar en lo que Pilluela llamaba de «*el bovino*» —altas rodelas de estiércol hongoso. Allí, en efecto, andaban bueyes: «*el buey trompudo*»; en eso, Pilluela se cayó. Ella dijo que Mamá recomendó que precisaba tener: valor y juicio. Mas, eso, eran mentiritas. Y, lo que, pues: —«*Ahora, ya me ensucié, entonces ahora puedo no tener cuidado...*» Corrió con Nurka por la pendiente inferior, en el verdecito del

pasto. Pele todavía regañó: —«*¿Vas a ir a buscar un audaz navegante?*» Pero, más. Entretanto, por la humedad, por la luz, el plano pasto —y se floreció: se extienden, de repente despiertas, las margaritas, todas se cercan de párpados.

Lo que se quería aquí era la pequeña angra, donde el arroyuelo hace foz. Abajo, en los buenos bambúes, y en las piedras de la orilla del río, oyendo el ronquido del soplo del agua. Porque el río, en grosor se desparrama, y aún, también el arroyuelo, su estuario ya feo, lleno, se reúne, se represa, se encrespa —pororoquea —«*¡Cachetudo!*» —le grita Pilluela. Ya se sumió su última arenita, bajo danza de una mantilla de espumas en un bello despropósito, el bullir de ampollas. Pilluela ya todo miró de memoria. Clavó varillas de bambú, marcando puntos, para medir el agua en el crecerse, cambiando de lugar. Pero, el hervor de aquello le imponía recuerdos a Pilluela, y a ella, no le gustaba el mar: —«*El mar no tiene diseño. El viento no lo deja. El tamaño...*» Se lamentaba de no haber traído pan para los peces —«*Pez, ¿así, a esta hora?*» —Pele dudaba. Divagaba Pilluela: —«*La cascada es una pared de agua...*» Dijo que aquella isla allí enfrente, en el río, era la Islita de los Caimanes. —«*¿Ya viste un caimán allá?*» —se burlaba Pele. —«*No. Pero tampoco tú nunca viste caimán no estar...*» Mas Pilluela, Nurka a su lado, ya había visto todo, parada, volteaba su par de ojos pajarillos. Y se demoraba el subir y extenderse del agua, con los mil y un movimientos superfluos.

Se sentaban, cerca, no en el suelo, tampoco en el tronco caído, a causa de lo llovido, de lo mojado. Gitanita y Zito, en una piedra, que sólo alcanzaba para dos, pudieran horas infinitas; apenas platicaban como la gente trivial. Pele había salido a recoger un manojo de flores. No lloviznaba más. Pilluela ya brincaba de

nuevo. Dijo: que el día estaba muy recitado. Miraba la otra ribera, de las más verdes, y tiraba piedras, lo lejos posible, para que Nurka, corriendo, fuese a buscarlas. Después se agacha; de entretenerse, parece que tiene calzado un solo zapatito. Pero, sin desagacharse, pronto gira en sus piecitos, quiere que Gitanita y Zito la oigan. Los mira.

—«*¡Al Aldaz Navegante no le gustaba el mar! ¿Así mismo, él tenía que partir? Él amaba a una joven, flaca. Pero el mar vino, en viento, y llevó su barco con él adentro, escrutinio. El Aldaz Navegante no podía nada, sólo el mar, bravo, de alrededor, preliminar. El Aldaz Navegante recordaba mucho a la joven. El amor es original...*»

Gitanita y Zito sonreían. Rieron juntos. —«*Jesús, ¿el asunto sigue todavía?*» —era Pele, regresada, en una porción de flores escudándose. Pilluela hizo mueca en un «*¡ah!*» y quizo, y continuó: «*Viene la tripulación... Entonces, no. Después llovió, llovió. El mar se llenó, el esquema, amaestrador... El Aldaz Navegante no tenía camino para correr y huir, en frente, y el barco despedazado. El barco voltejeaba... Él, con el miedo, intacto, casi no tenía tiempo de tornar a pensar más en la joven que amaba, circunspecto. Él sólo prevaricando... El amor es singular...*»

—«*¿Y ahí?*»

—«*La joven estaba paralela, allá, lejos solita, quedada, incluso ellos dos estaban en las puntitas de la saudade... El amor, es decir... El Aldaz Navegante, el peligro era total, titular... no tenía salvación... El Aldaz... El Aldaz...*»

—«*Sí. ¿Y ahora? ¿De ahí?*» —Pele la intimaba.

—«*¿Ahí? Entonces... entonces... Voy a dar una explicación. Bueno. Entonces, él encendió la luz del mar. Y bueno. Él estaba en combinación con el hombre del faro... Bueno. Y...*»

—«*No, no. ¡No vale! No se puede inventar personaje nuevo, en el fin del cuento, ¡fu! Y —mira a tu "aldaz navegante" allí. Es aquél...*»

Se miró. Era: aquél —la cosa vacuna grande, acumulada, semirreseca, obra pastoril en el suelo legamoso, sobre las puntas del pasto— chato, dejado. Sobre su eminencia, había crecido un hongo de tallo fino y flexible, muy largo: el sombrerito blanco, allá arriba, petulante se bamboleaba. El embate y orla del agua creciente, ya lo alcanzaban, casi.

Pilluela hizo mueca. Pero, en eso el ramillete de Pele se deshizo, cayendo al suelo algunas flores. —«*¡Ah! pues, eso mismo.*» —y Pilluela saltaba y actuaba, rápida en el valerse de las ocasiones. Había agarrado aquellas florecitas amarillas —juanitas doradas y margariditas— y las espetó en la coronilla del objeto. —«*¿Hoy no tendremos una flor azul?*» —todavía indagó. La risa fue de todos. Gitanita y Zito aplaudieron. —«*Pronto. Es el Aldaz Navegante...*» —y Pilluela lo acribillaba con más cosas— hojas de bambú, ramitas, astillas. Ya aquella materia, el «bovino» se transformaba.

Mas, sobrevino, ahí, lejano rumor: un trueno arrastra sus trastos. Pilluela teme demasiado a los truenos. Corre hacia Zito y Gitanita. Y Pele. Pele, tierna. Que: —«*¿Entonces? ¿El cuento no sigue más? ¿Se puso mustio?*»

—«*Entonces, bueno. Voy a volver a empezar. El Aldaz Navegante, él amaba a la joven, recomenzado. Bueno. Él, de repente, se avergonzó de tener miedo, le dio un valor, sin susto. Dio un salto omnipotente... Agarró, de lejos, a la joven en sus brazos... Entonces, bueno. El mar fue quien se quedó bobo. ¡Arre! El Aldaz Navegante, bueno. Ahora se terminó, de veras: yo escribí —"Fin".*»

De hecho, el agua se acerca al «Aldaz Navegante»,

su primer choque lo golpea. —«*¿Se va para el mar?*» —preguntaba, ansiosa Pilluela. Se puso muy en pie. Una brisa le hace bilo-bilo —le acaricia el rostro, los labios, sí, y los oídos, los cabellos. La lluvia, lejos, postergada.

Secreteándose, Gitanita y Zito se consideran en las orillitas de la realidad. —«*Hoy está tan bonito, ¿verdad? Todo, todos, tan bien, nosotros alegres... Me gusta este tiempo...*» y: —«*A mí también, Zito. ¿Vas a volver siempre aquí, muchas veces?*» Y: —«*Si Dios quiere, vendré...*» Y: —«*Zito, ¿eres capaz de hacer como el Audaz Navegante? ¿Ir a descubrir los otros lugares?*» Y: —«*Él fue porque los otros lugares son aún más bonitos, ¿quién sabe?...*» Y ellos dos, así, se dijeron cosas grandes en palabras pequeñas, tú a mí, me a ti, y tanto. Con todo, y felices, alguna otra cosa en ellos se agitaba, confusa —así rosa-amor-espinos-saudade.

Pero, el «Aldaz Navegante», el agua se apura, en el venir e irse, su espumillar le llega ya alrededor, recomienza a empaparse. Helo circunavegable, aunque en firme terrestreidad: el suelo todavía lo amarra de romper y partir. Pilluela le aumenta los adornos. Hasta Gitanita y Zito se ponen a ayudar. Y Pele. Es otro, coloreado, estrambótico, hojas, flores. —«*Él va a descubrir los otros lugares...*» —«*No, Pilluela. ¡No juegue con cosas serias!*» —«*Y, ¿qué?*» Entonces Gitanita, sensible, propone: —«*¿Vamos mandar con él, un recado?*» Enviar, por ahora, una cosa al mar. Eso, todos quieren. Zito pone una moneda, Gitanita una horquilla. Pele, un chiclé. Pilluela —una escupidita; es su estilo. ¿Y el cuento? ¿Todavía habrá tiempo para recontar el verdadero cuento? Pues.

—«*Ahora ya lo sé. El Aldaz Navegante no fue solito; ¡bueno! —Pero embarcó con la joven, que él y ella se amaban y entraron en el barco, estricto. Y bueno. El mar fue yendo con ellos, estético... Ellos se iban, sin*

solitos, en el barco, que quedaba cada vez más bonito, más bonito, el barco... bueno: y se volvió luciérnagas...»

Ya. El trueno, terrible, este en cielos y tierra, invencible. Cargó. Pilluela y el trueno se atragantan. Ella iría a caer en un abismo «intacto» —¿la grieta del trueno? Nurka ladró en su auxilio. Gitanita, Pele y Zito también vienen para ampararla. Pero antes, otra, hada, inesperada, surgía allí, de contra flor.

—«*¡Mamita!*»

Se le fue al cuello. Mamá le sostenía la cabecita como una ardilla agarra la nuez. Pilluela se ríe sin tilde. Y, Pele:

—«*¡Mira! ¡Ahora! ¡Allá se va el "Aldaz Navegante"!*»

—«*¡Ea!*»

—«*¡Ah!*»

¡El Aldaz! Él partía. Oscilado, sólo bailoteando, espumas y aguas lo llevaban, al Aldaz Navegante, para siempre, vagabundo, abajo, más abajo. Sus follajes, sus flores, y el airoso hongo, largo, con una gota rociada, una gotita, que rebrilla —en el pináculo de una boñiga seca de vaca.

Pilluela se conmueve también. En el desconmoverse, sin embargo, dice: «*Mamita, ahora yo sé más: ¡que el huevo sólo se parece, de veras, a un asador!*»

De nuevo cae la lluvia.

De modo que se abrieron, diestros, los paraguas.

17

LA BIENHECHORA

Sé que no tuvieron en cuenta a la mujer; ni sería posible. Se vive demasiado cerca, en un pueblo, entre las sombras flojas, uno se habitúa al vagar de la gente. No se revé a los que no vale la pena. ¿Todavía les parece que no valía la pena? Sí, pues sí. En lo que ni pensaron; y no se indagó, mucha cosa. ¿Para qué? La mujer —haraposa, doliente, sucia de por sí, compadecida, tan vieja y fea, hecha tonta, del crimen no arrepentida— y guía de un ciego. ¿Ustedes nunca sospecharon que ella pudiera doblegarse en el más cerrado extremo, en los dominios de lo demasiado?

Si por lo menos le supiesen el nombre. No; pregunto, y nadie me entera. La llamaban la «*Mula Marmela*», solamente, la abominada. La que tenía dolores en las caderas: andaba medio agachándose; con las rodillas hacia adelante. Vivía como entre breñas, aun en el claro, en la calle. Cualquier punto por donde pasase, parecía apretado. La veían ustedes en su misma mesmedad —furibunda de flaca, de estirado esqueleto, y el desaparecer de sanguijuela, huidos los ojos, lobunos cabellos, la cara—; las sombras carecen de cuento o relieve. ¿Sabría si los asustaba su ser: las fauces de ayunadora, los modos, contenidos, de ensalmadora? A veces tenía el mentón trémulo. Tómenle el andar en punta, a manera de yegua solitaria; y la salvaje compostura. Seamos exactos.

¿Y ni siquiera desconfiaron, eh, de que podrían estar en todo y por todo engañados? ¿No decían, también, que ella ocultaba dinero, rapiñado a las tantas

limosnas que el ciego acostumbraba recoger? Rica, sí, otramente, por lo del destino, lo terrible. Tampoco sería de rahez fealdad, esto podrían ustedes notar, si capaces de descostrar sus facciones bajo el sórdido desarreglo, el sarro y craso; y desfijarle las arrugas que, no por la edad, sino por el crispar la expresión. Acuérdense bien, hagan un esfuerzo. Pésenle las palabras escasas, los gestos, alguna acción, y verán que ella se revela, más bien, ladina, atildada en la exacerbación. ¿Su antiguo crimen? Pero siempre oí que el asesinado por ella era un hediondo, un perro de hombre, calamidad horribilísima, peligro y castigo para los habitantes de este lugar. De lo que oí, a ustedes mismos, entiendo que, por aquello, todos le estarían en gran deuda, aunque a tanto no poniendo atención, tampoco esa gratitud externasen. Todo se compensa. ¿Por qué, entonces, invocar, contra las manos de alguien, las sombras de cosas de otrora?

El ciego pedía sus limosnas rudamente. Insultaba, se altivaba, impaciente, golpeando en las puertas de las casas con el bastón, en los mostradores de los comercios. Lo respetaban por eso mismo, jamás se vio que lo desatendiesen, censurasen, o regañasen, reponiéndolo en su nada. ¿Piedad? ¿Escrúpulo? Más bien sería como si percibiesen en él, de obscuro, un mando de alma, calidad de poder. Se llamaba «*el Retrupé*», sin más. Como la Mula-Marmela, los dos, ambos: unos pobres, de sobrenombre. Y ustedes, ¿no ven que, negándoles el de cristiano, comunicaban, a la rebelde indigencia de uno y otra, extraña eficacia de ser, por otra parte, ya causada?

Al Retrupé, con su encarnizarse blasfemante, y prepotente pordiosear, nadie demoraba en dar dinero, comida, lo que él quisiera, el pan-por-Dios. —«*¡Es un estorbo!*»— el cínico y canalla, villano. Pero sólo a veces, alguien, después y lejos, se desahogaba. El hombre

maligno, con cara de matador de gente. Sobre los harapos, traía un cuchillo, colgante. Extendía, imperioso, su manota y gritaba, con voz de perro, superlativa. Si alguien hablaba o reía, él paraba, esperaba, el silencio. Escuchaba mucho alrededor de sí. Pero nunca oía todo; no sabía ni podía.

Tenía miedo, también: de eso, ustedes nunca desconfiaron. La temía, a ella, la mujer que lo guiaba. La Mula-Marmela lo llamaba, con simple sílaba, entre dientes, casi chorreado un «*ei*» o «*han*» —y el Retrupé se movía de allá, ahora tanteante, pisando con ayuda; se agitaba el cuchillo, la vaina presa a un cordón en la cintura. Sé que él, leve, breve, se había sacudido. Bajaron la calle y doblaron el callejón, se acompañaron por allá, los dos, en zozobroso séquito. Rézanse odio. Casar y acompañar, cada cual con su igual. Tal para cual, loba y perro. ¿Cómo era que se quedaban en ese acuerdo de incomunión, malquerientes, parando entre ellos un frío profundo? El ciego Retrupé era hijo del finado marido de ella, el «*Mumbungo*», que la Mula-Marmela había asesinado.

Ustedes saben lo que pasó hace tantos años. Ese Mumbungo era célebre-cruel e inicuo, muy criminal, hombre al que le gustaba el sabor de la sangre, monstruo de perversidades. Ése nunca perdonó, prestaba al diablo el alma de los otros. Mataba, afligía, mataba. Dicen que acuchillaba al sesgo, sólo por darse el gusto de ver a la víctima hacer muecas. ¿Sería su verdad? Hace tiempo y a causa de él, todos se estremecían sin pausa de remedio. Lo decían maltratado del seso. Era el castigo de Dios, el abultado demonio —el «lucifer». Y, a pesar, con la mujer se llevaba bien, se amaban. ¿Cómo? El amor es la vaga, indecisa palabra. Pero, yo, indagué. Vengo de fuera. El Mumbungo quería a su mujer, la Mula-Marmela, y, aun así, inciertamente, ella lo amedrentaba. De temor que no se sabe.

Tal vez presintiera que sólo ella sería capaz de destruirlo, de cortar, con un acto de «no», su existencia locamente fascinerosa. Tal vez adivinase que en sus manos, las de ella, estuviera ya decretado y pronto su fin. La quería, y la temía —con un temor igual al que ahora incesante siente el ciego Retrupé. Sabían, sin embargo, pero como si nada. Uno es portador.

El ciego Retrupé es grande, fuerte. Surge, de allá, traído por la Mula-Marmela; ahora se conduce firme, no vacila. ¿Dicen que toma? Pero, vean, ustedes mismos, como esas tretas esconden la cosa singular. Todos saben que él no tomaba, nunca, porque no lo dejaba la Mula-Marmela. Para la paz de la prohibición, no precisaba hablarle: apenas le daba un silencio, terrible. Y él cumplía, tenía la marca del cabestro. Curtía agudos deseos, no los descifraba. Aspiraba, a la puerta de las tabernas, febril, el espíritu de los aguardientes. Seguía, en fin, detestado y remiso, malagradecido, rabioso, crujiéndole los dientes de ratón. Porque él mismo, no sabiendo que no habría de beber, lo que no fuese —¡ah, sí!— la sangre de la gente. Porque su sed y embriaguez eran fatales, de causar miedo, más allá del punto. ¿Sería él, en realidad, un alma de Dios? ¿están seguros? Ah, ni siquiera lo saben. Podía también ser de otra esencia —la enviada, manchada, malhadada. Se dicen cuentos. Así mismo, en el falso estado en que tantea, carente, apenas existente, lo que es, cumplidamente, es el hijo de-tal-padre; el «lucifer», también, en la práctica verdad.

Al padre, al Mumbungo, si vivía bien con la mujer, la Mula-Marmela, y si ella lo necesitaba, como los pobres necesitan los unos de los otros, ¿por qué entonces lo mató? Ustedes jamás pensaron en eso, y la culparon. ¿Por qué han de ser tan infundados y poltrones, sin especie para percibir y reconocer? Pero, cuando ella mató al marido, sin que se sepa la clara y

extensa razón, todos aquí respiraron y bendijeron a Dios. Ahora, se podía vivir el sosiego, el mal se había vaciado, tan felizmente, de repente. El Mumbungo; ése, fue el que tuvo que volverse a un otro lugar, fue como alma que cayó en el infierno. Pero, no la recompensaron, a ella, a la Mula-Marmela; al contrario: la dejaron en el escarnio, señalada a la amargura, y en la muda miseria, eso fue. Mató al marido, y, después, ella misma temió demasiado fuerte, el pavor que se le refluía, caída, dado ataque, casi fría de asombro de estupefacción, con el aullar de perro. Y ella, entonces, no rio. Ustedes los que no la oyeron no reír, ni soportan acordarse bien de lo delirado de aquella risa.

Si yo digo lo que sé y piensan, ustedes inquietos se disgustarán. No consentirán, tal vez, que yo explique, acabe. La mujer tenía que matar, tenía que cumplir por sus manos el necesario bien de todos, sólo ella misma podría ser la ejecutora —de la obra altísima, que todos ni osaban concebir, pero que, en sus escondidos corazones, imploraban. Sólo ella misma, la Marmela, que había venido al mundo con destino preciso de amar a aquel hombre y por él ser amada; y, juntos, enviados. ¿Por qué? Alrededor de nosotros, lo que hay es la sombra más cerrada —cosas generales. ¿La Mula-Marmela y el Mumbungo, en el hilo por hilo de su afecto, sospecharían anticipadamente la sanción y sentencia? La temía él, así, y el amor que le tenía lo colocaba a merced de su justicia. La Marmela, pobre mujer, que sentía más que todos, quizá, y sin saberlo, sentía por todos, por los amenazados y vejados, por los que lloraban sus entes parientes, que el Mumbungo, mandatario de no sé qué poderes, atroz había sacrificado. Si sólo ella podría matar al hombre que era el suyo, ella tendría que matarlo. Si así no cumpliese —si se recusase a satisfacer lo que todos, a solas, a todos los instantes, suplicaban enormemente— ¿enlo-

quecería? El color del carbón es un misterio; uno piensa que es negro, o blanco.

Y otra vez veo que vienen por la indiferente calle, y pasan, en harapos, los dos, tan fuera de la vida ejemplar de todos, de los que son los moradores de este sereno lugar nuestro. El ciego Retrupé avanza, fingiéndose seguro, no da a la Mula-Marmela la punta del bastón para asegurar, ella lo guía apenas con su delantera presencia, él la sigue por el sentido, por el dislocar del aire —como en trasvuelo se van los pájaros; ¿o lo que él percibe frente a sí es la esencia vivaz de la mujer, su sombra-de-alma, le husmea el olor, el lobuno? Noten que el ciego Retrupé mantiene siempre muy levantada la cabeza, por inexplicado orgullo: que él proviene de un reino de orgullo, su maligna índole, el poder de mandar, que aterra. Y él usa un sombrero chato, ni blanco ni negro. ¿Vieron como muchas veces se le cae de la cabeza ese sombrero, principalmente cuando él más se exalta, gestialargado, bárbaro y maldoso, reclamando con urgencia sus limosnas al pueblo? Pero, ¿notaron cómo la Mula-Marmela le recoge del suelo el sombrero, y busca limpiarlo con sus dedos antes de entregárselo, el sombrero que él mismo jamás se quita, por no respetar a nadie? Sé que en ustedes es nulo el interés por ella, no reparan en cómo esa mujer anda, y siente, y vive y hace. ¿Repararon cómo mira a las casas con ojos sencillos, libres de maldiciones de pedidor? Y no pone, en el mirar a los niños, el sombrío de cautiverio que destinaría a los adultos. Ella mira todo con simpleza de admiración. Pero a ustedes no puede gustarles, ni siquiera tolerarían su proximidad, porque no saben que un hado forzoso la apartó demasiado de todos, la soltó. Ampara, en su conciencia de deber, el odio que debería ir sólo para los dos hombres. Le dicen maldita: será; ¿eh? Pero esto, nunca más lo repitan, no me digan: *del lobo, la*

piel; ¡y ojo! Hay sobrecargas, que se llevan, otros, y son la vida.

Pero, a pesar de tanto, está que nadie sabe verdaderamente lo que entre ellos dos pasa —del desconcierto y desacierto de así ambular, torvos, en lo monótono, en harapos, semovientes: con lo que ustedes sólo se divierten, sacan bromas y chocarrerías. Si lo que hay, es apenas embrujar y odiar, loba contra perro, ojeriza y aversión; ¿convocan demonios? O algún encubierto ultrapasar —puesto que también lo hay: ¿una hermandad de almas malas, manada de lobos y jauría? No, no hay odio; engaño. Ella, no. Ella cuida de él, lo guía, lo trata —como a uno más infeliz, más feroz, más débil. Desde que *murió* el hombre-marido, el Mumbungo, ella se encargó de éste. Pasó a cuidarlo en mayor obligación, sin buscar sosiego. Ella no tenía hijos. —«*Ella nunca parió*»... —ustedes la culpan. A ustedes, creo, les gustaría que ella también se fuera, desapareciera en el no, después de haber asesinado al marido. Ustedes la odian, de este modo.

Pero, si ella también se hubiese matado, ¿qué sería de ustedes, de nosotros, las muchas manos del Retrupé, que todavía no estaba cegado, en esos tiempos; y qué sería tan pronto para ser el sanguinario y cruel-perverso cuanto el padre —y el que reniega de Dios— de la piel de Judas, de tan deshumana y tremenda estirpe, de espantar?

Del Retrupé, sus ojos, todavía eran sanos: para espejar inevitable odio, para cumplir con el dañar, y para el placer de elegir las víctimas más fáciles, más frescas. Y ahí entonces, se dio que, en algún día común, el Retrupé quedó ciego, de ambos aquellos ojos. ¿Supieron ustedes cómo fue? ¿Buscaron hallar? Sin embargo saben que hay leches y polvos de plantas, venenos que ocultamente retiran, retoman la visión, de ojos que no deben ver. Con eso, no más sin otra precisión, y ya el

Retrupé se aquietaba, un ser casi inocuo, un renunciado. Y ustedes, buenos moradores del lugar, quedaban defendidos, al cubierto de sus desenfrenadas perversidades. Tal vez, él no precisara morir condenado como el Mumbungo, su padre. Tal vez, me pregunto, el propio Mumbungo, descareciera ser muerto, si acaso, para poner fin, alguien pensase *antes* en esas hierbas enceguecedoras, o supiera ya, entonces, de su aplicación y efecto. Si así, pues, se tendrían ahora la Mula-Marmela girando a dos, por las calles, y cuidándolos con un terrible deber-de-amor, como si fuesen los hijos que ella quería, los que no parió ni parirá nunca —el dócil muerto y el impedido ciego. A pacto de tullirles las aún posibles malicias, y darles, como en su antiquísimo lenguaje ella dice: *gasajo* y *emparo*. Pero ustedes creo que jamás le escucharán la voz —a la sorda.

También el ciego Retrupé se intimida con esa voz, rara, tanto. ¿Saben lo que es tan extravagante? —que, aún uno que no ve, sabe que precisa apartar la cabeza: hace eso, para no encarar a la mujer odiosa. El ciego Retrupé se vuelve de frente hacia el punto donde están las sensatas, quietas personas, que él odia en sí, por el desprecio de todos, en la tranquilidad y concordia. Él precisaba matar, para íntimamente cumplirse, desahogo y bien. Pero no puede. Porque es ciego, apenas. El ciego Retrupé, sedicioso, entonces, insulta, brama espumas, ruge —en las gargantas del demonio. ¿Sabe que es de otra raza, que viene del aún horroroso, informe; que todavía no entendió la mansedumbre, por el temor? Entonces el ciego Retrupé tropieza con la impotencia de la ceguera; ahora él no puede alcanzar a nadie, si la rabia más lo ciega; ¿puede? El ciego Retrupé cuchichea consigo —él ofende al invisible. Para él, gracias a la ceguera, este mundo nuestro ya es algún más allá. Y, ¿si así no fuese? ¿Sería alguien capaz de querer ir a poner el bozal al perro con rabia?

¿Y ustedes pueden aún culpar a esta mujer, la Marmela, juzgarla, hallarla vituperable? Déjenla si no la entienden, ni a él. Cada cual con su bajeza; cada uno con su altura.

Sepan ver cómo ella sabe dar cuenta de sí. Sí, ella es inobservable; ustedes no podrían. Pero, reparando con más tiempo, verían, por lo menos, cómo ella no es capaz de agarrar atropelladamente nada; tampoco deja de encorvarse para tomar un pedazo de vidrio en el suelo de la calle, y ponerlo a un lado, por peligroso. Ella baja asaz los ojos. Por el marido, su muerto; puede, porque lo mató sin inútiles sufrimientos. Si no lo hubiese matado, ¿él se habría condenado más aún? Ella aleja de la taberna al ciego Retrupé, perturbador, remiso y barullero. Sólo éste es suyo, de ellos, el diálogo: una carraspera y un improperio. Él la sigue caninamente. Se van; jamás ninguno de ustedes los observó; uno no consigue, no persigue a los hilos trenzados de los hechos. Viven en aterrador, en cosa de silencio, tan juntos, de morar en escondrijos. La luz es para todos; son las oscuridades las que son apartadas y diversas.

Decían que, en otro tiempo, al menos, entre ellos hubo algún concubinato. ¿Adúltera? Ustedes saben que eso es falso; y cómo a la gente le gusta aceptar esas sencillas, apaciguadoras suposiciones. Saben que al ciego Retrupé, dañino y díscolo, ella misma lo conduce, paciente, a las mujeres, y lo espera aquí afuera, cela para que no lo maltraten. Pero esto hace tiempo. Hoy él está avejentado, se tornó macilento, canoso, las canas le quedan bien, cuando se le cae el sombrero. Durante estos tiempos, en que dejamos de conocerlos y averiguarlos. El ciego Retrupé anda medio decaído, enfermizo, en delgadez y trasijado. Parece que, al mismo tiempo, su manera de miedo a la Mula-Marmela cambia y aumenta. Se le flojea también la furia des-

parramada y áspera de vivir: no ejerce con el mismo encono la lucha por su derecho —el feroz derecho de pedir.

Parece que su temor lo hacía murmurar quejumbres, súplicas, a la Mula-Marmela. Y, sin embargo, ella cada día más se ablanda con él, apiadada de su desvalor. Pero él no cree, no puede saber, no confía en ella, ni en la gente. El entresentirse, entre las personas, viene por lo general con exageraciones, errores, y tardanza. Él susurra disimulada e impersonalmente sus pedidos de perdón; ¿notaron ustedes? La Mula-Marmela lo oía, sin parecer que. Rehuía mirarlo. Sé, ustedes no notaron, nada. Y, aún, ahora, ustedes se sienten un poco más garantizados, tranquilos estamos. Es de creer que, en breve, estaremos libres de aquello que airadamente nos fastidia, pasma.

Cuentan que él quiso matarla. En hora en que su miedo se derramó más grande, ¿se podrá saber por qué? Sabido que ya se encontraba maltrecho, cuando se enfermó, mal, de fiebre perniciosa. Se había sentado en el cordón de la vereda, para jadear. De repente se levantó sin bastón, estorbado, gritó, bramó: exaltado como un perro que es despertado de repente. Sacó el cuchillo, lo blandía, avanzaba a tontas, de verdad a ciegas, tentando golpearla en su desatinado furor. Y ella, erguida, donde estaba, permaneció, no se movió, ¿no se intimidaba? Miraba en dirección al no. Si él acertase, podría en carnes destrozarla. Pero, poco a poco, se dio cuenta de que el cuchillo no la encontraría nunca, se sintió desamparado, demasiado solo. Temió, todo de pie. El cuchillo se le cayó de la mano. Su miedo no tenía ojos para llenar. Parece que gimió y lloró: —«*Madre... Mamá... ¡Madre mía!*» —en un chillido imploraba, cuando recayó sentado en el suelo, cesado el enfurecimiento; y temblaba estremecidamente, como la granilla de los pastos. Estaba en

lo más estrecho del embudo, hay que creer. La Mula-Marmela, ella vino, se allegó, sin decir ni susurrar. Le recogió el sombrero, lo limpió, volvió a ponérselo en la cabeza, y trajo también el cuchillo, lo recolocó en el cinto, en la vieja vaina. Él, con el empequeñecerse de sufrir y temblar, semejaba un animal de lo hondo de la floresta. Dicen que ella tenía lágrimas en los ojos; que habló, sombría de ternuras terribles: —«*Mi hijo...*» Y miró hacia un lado, dijo alguna cosa más, como hablando a otro; sollozaba también por el Mumbungo, su devuelto marido, de su parte, por su acto. De eso, ustedes no querrán saber, son endiabladas confusiones, de eso ustedes no saben. Y, sí, ¿para qué? Si nadie entiende a nadie; y nadie entenderá nada, jamás; esta es la práctica verdad.

Sí, los dos, se quedaron hasta el anochecer, y ya adentrada la noche, en aquella soledad, próxima, a orillas de una verja. ¿Alguien acudió? Se dice que él padecía un dolor terriblemente, de demasiado castigo, y medrosa sofocación de aire, conforme siquiera para una esperanza todavía no agonizaba. Sólo en convulsiones. No vieron, de madrugada, cuando él lanzó el último mal suspiro. Sí, pero lo que ustedes creen saber, esto, seriamente afirman: que ella, la Mula-Marmela, en el transcurrir de las tinieblas, fue quien ahogó por estrangulación al infeliz, que paró de sufrirse, por los pescuezos en él, en el cuerpo del difunto, después, se vieron marcas de sus uñas y dedos, hincados. Sólo que no la acusaron y prendieron, porque mayor era el alivio de verla partir, para nunca, de ahí que, silenciosa toda, como era siempre, en el cementerio, acompañó al ciego Retrupé en las consolaciones. Ustedes, distantemente, ¿todavía la odiaban?

Y ella se iba yendo, amarga, sin tener que despedirse de nadie, tambaleante y cansada. Sin ofrecerle al menos cualquier espontánea limosna, ustedes la vie-

ron partir: lo que parecía la expedición del chivo —su expiar. Fea, furtiva, lupina, tan flaca. Ustedes, de sus decretantes corazones la expulsaban. Ahora, ¿no van a salir a buscarle el cuerpo muerto, para, contritos, enterrarlo, en fiesta y llanto, en homenaje? No será difícil hallarlo, por ahí caído, ni una legua adelante. Ella iba para cualquier lejos, iba luengamente, ardiente; la sola y sola; tenía finas las piernas de andar, andar. Es serio lo que ahora diré. Y jamás se olviden, guarden en la memoria, cuenten a sus hijos, habidos o venideros, lo que ustedes vieron con esos ojos suyos terrivorosos, y no supieron impedir, ni comprender ni agraciar. De cómo, cuándo iba a partir, ella avistó aquel un perro muerto, abandonado y ya medio podrido, en la punta-de-la-calle, y lo agarró y a cuestas lo fue llevando: —¿Si para librar el lugar público de su pestilencia peligrosa, si por piedad de darle hoyo en tierra, si para con él tener con quién o de qué abrazarse a la hora de su gran muerte solitaria? Piensen, mediten en ella, en tanto.

18

BARAHUNDA

Por la mañana, todos los gatos, nítidos en pelajes, y yo en servicio formal, pero, contra lo debido, lado de afuera del portón, a la espera del niño con los periódicos, y he aquí que, saliendo, pasa por mí y por dos o tres personas, que por allí se encontraban, más o menos ocasionales, aquel señor, exacto, rápido, se podría decir que provisoriamente impoluto. Y, de pronto, se rehízo en el mundo el mito, dicho que empezaron a acontecer para nosotros, urbanos, los portentosos hechos, llenando explosivamente el día: de chirle para afán y alboroto.

—«*¡Oh, seño...!*» —fue el grito; si no de guerra: —«*¡Ugh, sioux...!*» —también podría ser, por mi testimonio, ya que con concentrada o distraída mente me encontraba, a repasar los propios, íntimos *quid pro quod* que la materia de la vida son. Pero —«*Oooh...*» —¡y el señor tan bien pasante había apuñalado algún tranquilo transeúnte! Eso de relance e instante de visu vi —se me vislumbró. No. Sólo lo que había sido —reví; vi más—: poco certero en el golpe, un afanador de carteras. Pero, desde entonces, irremediable se iba el vagar interior de la gente, roto de inmediato, para mientras tanto continuos episodios.

—«*Sujeto de trato, tan bien vestido...*» —extrañaba, surgiendo del coche, dentro del cual hasta entonces dormitaba, el chofer del Dr. Bilolo. —«*Afanó la pluma fuente del otro, del bolsillo...*» —deponía el muchacho de los periódicos, que sólo apareció en el vivo

del momento. Perseguido, sin embargo, el hombre corría que lucía, más adelante que sus pies, embestía por la plaza, daba todo lo que podía. —«*¡Agarra!*» Pues, casi al centro de la plaza, se instalaba una de las palmeras reales, quizá la más grande, de veras majestuosa. Pues, pues, el hombre, vestido correcto como estaba, en ella no paró, aun, sin siquiera librarse de los zapatos, se le echó abrazado, y la subía, voraz, expedito arriba, a lo increíble, ascensionalísimo. —«*¿Una palmera es una palmera o una palmera o una palmera?*» —inquiriría un filósofo. Nuestro hombre, ignaro, de ella había ya escalado el fin, y fino. Se sostuvo.

—¡Esta! —me moví, reparpadeados mis ojos, con atención para readquirirme. Pues, nuestro hombre se había ido, a plomo a pino con donaires de pájaro carpintero y ningún desliz, y al tope se encaramaba, atrevido, zorzal, en el páramo empíreo. Paraban los de su persecución, no menos sorprendidos que yo, detenidos, aquí en nivel térreo ante la infinita palmera —murallón. El cielo sólo zafiro. En el suelo, ya no se contaba el crecer de la agrupación, puesto que, de toda circunferencia, acudían personas y pueblo, que en la plaza se apretujaba. Nunca pensé que una multitud se generase, gratuitamente, tanto así e instantánea.

Nuestro hombre, dígase que ostentoso, en su altura inopinada, florecía y fructificaba: nuestro no era nuestro hombre. —«*Tiene arte...*» —y quien lo juzgaba, ya no más el vendedor de periódicos, sino el capellán de la casa, casi con regocijo. Los otros, acullá, de infra a supra empinaban insultos, clamando por el diablo, y «que venga la policía», hasta se preguntaba por arma de fuego. Más allá, sin embargo, muy a gusto, él, imitativamente, cantaba el aleluya, garrida voz, tonifluyente; porque era de fijarse que

tanto se hiciese oír, todo a pesar de. ¿Discursaba sobre plumas fuentes? Un buhonero, por lo tanto, atrevido en la propaganda de las dichas y estilográficas. En local de mala elección, sin embargo, pensé: o sería que, por no caritativa, no me escandalizaba todavía la idea de que viniese alguien a producir acrobacias y dislativas prestidigitaciones de esas, justo en frente a nuestro Instituto. Extremamente de osadía era el suceso, en todo caso, y yo humano; fui a ver al clamador.

Pero, me llamaban, entretanto, y era apenas el Adalgisio, el sisudo de siempre, sólo que agarrándome por el brazo. Halado y halando, corre que me apuré, así mismo, por la plaza, hacia el foco del sumo, central transtornamiento. Porque estábamos ambos con delantal, nos abrían algún irregular paso. —«*¿Cómo fue que se escapó?*» —toda la gente preguntando, del populacho, que nunca es muy bobo por mucho tiempo. Tuve entonces al fin que entender, ay de mí, mísero. —«*¿Cómo recapiturarlo?*» Pues éramos, el Adalgisio y yo, los internos de turno, en el día del infausto fantástico.

Sólo después de eso, Adalgisio, con sus cortas, no se había apresurado en cuchichearme: nuestro hombre no era nuestro huésped. Momentos antes, espontáneo, solo, allí había dado el aire de su desgracia. —«*Aspecto y* facies *nada anormales, aun la forma y contenido de la alocución, al principio denotando fondo mental razonable...*» Grave, grave, el caso. Nos presionaba la multitud, y se estaba en el área de baja presión del ciclón. —«*Dijo que era sano, pero que, viendo a la humanidad ya enloquecida, y en vísperas de enloquecerse más, se había inventado la decisión de internarse, voluntario: así, cuando la cosa se desatase de infernal a peor, estaría ya garantizado allí, con lugar, tratamiento y defensa que a la mayoría, acá fue-*

ra, harían falta...» —y el Adalgisio, a seguir, no se culpaba ni de venial descuido, en el momento de querer ir a llenarle la ficha.

—«*¿Tú te espantas?*» —esquivé. Cierto, el hombre sólo había exagerado una teoría antigua: la del profesor Dartañán, que, aun a nosotros, sus alumnos, nos declaraba en cuarenta por ciento casos típicos encubiertos; y, todavía, de los restantes, otra buena parte, apenas de más estricto diagnóstico... Pero, Adalgisio a mi aterrado oído: —«*¿Sabes quién es? Dio nombre y cargo. Sandoval lo reconoció. Es el Secretario de las Finanzas Públicas...*» —así bajito, y flojo el Adalgisio.

En eso, casi a propósito, la turba se calló y nos enervó a la estupefacción. Nos desolábamos de mirar más hacia arriba, donde evidentemente el cielo era un desprecio de alto, el azul antepasado. Pero, de cualquier modo, el hombre, aquende, en torre de marfil, entre las verdes, erectas palmas, y al término de su diligencia de veloz como un cohete, se realizaba comensurado con el absurdo. Sé que soy propenso a vértigos. ¿Y quién no, entonces, bajo y ante aquello, para nosotros un amparenosdiós, de erizar pelucas, semejante y rigurosa cosa? Pero un superhumano acto personal, trance hiperbólico, incidente hercúleo. —«*Sandoval va a llamar al dr. Director, a la Policía, al Palacio de Gobierno...*» —afianzó el Adalgisio.

Una palmera no es un mango en su frondosidad, ni siquiera un lentisco; en cuanto a condiciones de fijabilidad y comodidad, acontece que. ¿De qué modo y cómo, entonces, aguantaba mantenerse tanto allí, estadista o no, sano o enfermo? Él allá no estaba desequilibrado; al contrario. El repantigado en el apogeo, y rematado bellaco, además de estar chiflado, sin hacer caso. Lo único que hacía era sombra. Pues, en el justo momento, gritó, empezó a delirar, él más en

sí, satisfactorio: —«*¡Yo jamás me consideré alguien...!*» —nos desdeñaba. Hizo pausa y repitió. Después y más: —«*¡Lo que de mí saben es imaginación!*» ¿Contestándome? Él rio, reí, se rio, nos reímos. El pueblo se reía.

Adalgisio, no: —«*¿Iba a adivinar? No entiendo de política.*» —inconcluía. —«*Excitación maníaca, estado de demencia... Manía aguda delirante... ¿Y el contraste no es todo para acertar los síntomas?* —él contra sí se oponía. Pero, ¡chitón! ¿quién así y asado, a mundos y rezongos, su total presencia anunciaba? Se ve que el dr. Director: que, llegando, sobrellegado. Para abrir camino, por imperio, los de la Policía —agentes, corchetes, guardas, alguacil, comisario— para prevenir desorden. También, cándidos, con el dr. Director los enfermeros, camilleros, Sandoval el capellán dr. Eneas y el dr. Bilolo. Traían la camisa de fuerza. Se tenía los ojos fijos en nuestro hombre empalmerado. Y el dr. Director, dueño: —«*¡No ha de ser nada!*»

Contestándole, diametral, el profesor Dartañán, de contraria banda aportado: —«*¡Psicosis paranoide hebefrénica,* dementia praeco, *si lo veo claro!*»—; y no sólo especulativo teórico, más por chasco, tanto el otro y él se tenían ojeriza; además de rivales, coincidentemente, si bien que calvo y no calvo. Conveniente, el dr. Director dio respuesta, incientífico, en actitud de autoridad: —«*¿Sabe quién es aquel caballero?*» —y el título declinó, voz velada: oyéndolo de entre el pueblo, así mismo, algunos, los adyacentes sagaces. Concertó el mote el profesor Dartañán: —«*...pero transitoria perturbación, la cual, la capacidad civil en nada quedará afectada...*» —versando lo de intoxicación o infección, a punto había hablado. También el sabio se equivoca en cuanto a lo que cree—; pensábamos nosotros, que nuestros límpidos anteojos limpiábamos. Así, cada cual un asno prepalatino, o, mejor, *apud* el

vulgo: persona bestializada. Y, pues que hay razones y rasones, los camilleros no deponían en el suelo la camilla.

Porque el nuestro, el excelso hombre regritó: —«*¡Vivir es imposible!*» —un *slogan;* y siempre que él se prometía para hablar, conseguía, acá, el multitudinal silencio —de los miles de personas. No se le había olvidado el elemento mímico: hizo gesto —como si empuñase un paraguas. ¿Amenazaba qué, a quién con su estro catastrófico? —«*¡Vivir es imposible!*» —lo dicho, declarado así tan empírico y anermenéutico, sólo a través del egoísmo de la lógica. Pero, menos como un bromista excéntrico, o alucinado burlador, me inclino a oír más en tono leal y generoso. Y era un revelar a favor de todos, nos instruía de verdadera verdad. A nosotros —subestantes seres subaéreos— de cuyo medio él a sí mismo se había raptado. Hecho, hecho, la vida se decía, en sí, imposible. Así, ya me había parecido. Entonces, ingente, universalmente, era preciso, sin cesar, un milagro: que es lo que siempre hay, en el fondo, de veras. Por mí, no pude negarle, incierta, la simpatía intelectual, a él, abstracto —victorioso al anularse— llegado al pináculo de un axioma.

Siete peritos, oficiales pares de ojos del espacio inferior lo estudiaban. —«*Qué ver: ¿qué hacer?*» —ahora. Pues el dr. Director nos comandaba en consejo, aquí, donde, servicial para nosotros, la Policía dilataba, a proemios de *casse-têtes* y blasfemos ruegos, un claro precario. Para tropiezos nuestros, sin embargo, arduo se portaba el ilustre hombre, que ahora encarnaba el alma de todo: inaccesible. Y —por lo tanto— inmedicable. Habría y hay que reducirlo a bajar, y valga que por condigno medio de desguindarlo. Apenas, no estando a la mano para cogerse, tampoco para atraerse con alabanzas y frases. —«*¿Hacer qué?*» —unánimes, ahora, tardábamos en atinar. Con lo que

el dr. Director, como quien saca y dispara, prometió: —«*¡Vienen ahí los bomberos!*» Punto. Ponían los camilleros en el suelo la camilla.

Lo que venía era la rechifla. No a nosotros, felizmente bien, sino a nuestro guardián del erario. Él estaba en lo alto. Rápida, según el bazucar de la multitud, se había difundido la identidad del héroe. Donde, de inicio, chiflos, gritos aislados, de aquí, allí, uno que otro, cómicamente, la mareta pronto borbotaba. Y bramó a los cielos, formidable, una, la versión vox-popular: —«*¡Demagogo! ¡Demagogo...!*» —opuesta resonancia. —«*¡Demagooogo...!*» —buenas y gordas, quita, santos cielos, qué chasco. El ultra vociferado griterío a extraerse de la inmensidad: apretada, en pie, impía —herventada al calor del día de marzo. Pienso que también uno de nosotros, y yo, en conjunto conclamábamos. Sandoval, sí, cierto; él, por primera vez en su vida, aunque en esbozo, a rebelarse. Reprobándonos el profesor Dartañán: «*¿Un político no tiene derecho a sus enfermedades mentales?*» —magistralmente enojado. Tan cierto que hasta el dr. Director en sus créditos y respetos, vacilaba —psiquiátrico. Fijándose, se veía que nuestro pobre hombre perdía la partida, ahora, una vez que no conseguía juntar el prestigio al fastigio. Demagogo...

Lo consiguió: excelente traidor. En suave y súbito, sucedió que se movió, balanceándose y por causas: dejó caer... ¡un zapato! ¡Perfecto un pie de zapato! —no más— y tan condescendientemente. Pero esto era el teatral golpe, menos amedrentador que de vasto efecto burlesco. Claro que en el vivo popular hubo reflujos y flujos, cuando la mera pieza dimitió de allá, viniendo al suelo, y gravitacional se exhibió en el aire. Aquel hombre: —«*¡Es un genio!*» —dijo positivo el dr. Bilolo. Porque el pueblo lo sentía y aplaudía en redoblada excitación: —«*¡Viva! ¡Viva!*» —vibraron, re-

viraron. —«*¡Un genio!*» —haciéndose notar, lo elegían, le ofertaban oceánicos aplausos. ¡Por San Simeón! Y sin duda lo era, personagente, un sicofanta, conforme confiere y confirmaba: con extraordinaria acuidad de percepción y alto senso de oportunidad. Porque hubo también el otro pie, que no menos se desplomó, post pausa. Sólo que, para variar, este recto, presto, rayó —no parabolaba. Eran unos zapatos amarillentos. Nuestro hombre, en festival —autor, sublimado, blanco: de esta y eléctrica exclamación adecuada.

La estropeó la sirena de los bomberos: helos que, venciendo con dificultad el acceso y apuntando con esos tintináculos sonidos y aspaviento. Y ancoraban, esto es —rubro de langosta o arrebol— el gran coche. Para ellos se ampliaba lugar, estricto espacio para maniobra; con su fuerte nota belígera, recogieron harta sobra de aplausos. Ya ahí, el Comandante, entendiéndose con la Policía y también con nosotros. Tenían el segundo camión, largo, que se hacía base de la escalera: pertrecho andante, para la empresa, que se desdoblaba altanero, esencial, muy máquina. Ya se iba a actuar. Manejándose marciales tiempos y movimientos, a la corneta y pitos dados. Comenzaron. Ante todo, ¿qué diría nuestro paciente —expuesto cínico— insigne?

Dijo —«*Lo feo se está volviendo cosa...*» —entendiendo nuestros planes, con viveza constataba; y con eso se indocilizaba con mímica defensiva, astuto además de alienado. La solución parecía no convenirle. —«*¡Nada de caballo de palo!*» —se veía de fresco humor y troyano, sospechoso de Palas Atenea. Y —«*¿Me quieren comer todavía verde?*» Lo que, de puro mimético y sintomático, apenas, no desentonaba ni regocijaba. Cierto que, aún sin escalera, los buenos bomberos muy hombres serían para de asalto tomar la palmera real y superarla: el uso aislado de uno de ellos,

tan bueno en técnicas, vaya a saberse, como un antillano o canaco. A poder de cuerdas, ganchos, espeques, pedales postizos y poyos clavados. No hubo más la conversación entrecortada de las grandes expectaciones. El silencio se lucía.

Es decir, el hombre, el prócer, protestó: —«*¡Paren...!*», hizo gesto de protestar más. —«*¡Sólo muerto me arrean, me apean...!*» —y no de balde, augural, tenía él bien adiestrado el verbo. Se hesitó; de acá para acullá, hesitábamos. —«*Si vienen me voy yo... ¡Yo me vomito de aquí...!*» —pronunció. Había declamado lentamente, casi liberado eufórico, mientras en las lozanas palmas, retozándose, desvariadas veces, a ba lancearse, oscilante por un hilo. Como en canto de rana agregó: —«*Perro que ladra no es mudo...*» —y ya que sólo faltaba casi el tris, para pasarse de aviso a lástima. Parecía tenerse, apenas por las rodillas, de cualquier sencilla e insoportante finura: su alma en su palma. Ah... y casi, casito... casitito, casi... Era de horripilarme. Nada. —«*Es de circo...*» alguien me sus —susurró, el dr. Eneas o Sandoval. El hombre, todo podía, nosotros sin la certeza de eso. ¿Sólo serían simulaciones e invenciones? Sería capaz de elidirse, largarse y remitirse al diablo. En ladino descabellado propósito, se colgó un poco más, resuelto rematado. La muerte tocaba, paralela a nosotros —su tenue tambor taquigráfico. Se nos vino la tensión pánica: me helé. Y ahí, feroces, a favor del hombre: «*¡No! ¡No!*» —la gritamulta. «*¡No! ¡No! ¡No!*»— tumultronada. La plaza reclamaba, clamaba. Se tenía que postergar. ¿O producir un suicidio reflexivo —y el desmoronamiento del problema? El dr. Director citaba a Empédocles. Fue en lo que concordaron los jefes terrestres. Apremiaba la urgencia de no hacerse nada. De las operaciones de salvamento se interrumpió el primer ensayo. El hombre dejó de balancearse —irrealmente en

la punta de la situación. Él dependía de él, él, de él, él, sujeto. O de otro cualquier evento, que, inmediatamente, y mucho, se siguió.

De uno —dos. Apareciendo con el Jefe de Policía, el Jefe de gabinete del Secretario. Se le alcanzó un binóculo y él metía el ojo, palmera real avante, arriba, deteniéndose en el titular. Para con respeto humano renegarlo: «*No estoy reconociéndolo bien...*» Pero, entre lo que con más decoro le conviniese, optaba por la solicitud, pálido. Tomaba el aire, un aire de antecámara, todo allí aumentaba de gravedad. ¿La familia, ya había sido avisada? No, y mejor, nada: la familia avergüenza y molesta. Se requerían, no obstante las verticales providencias, lo que quedaría por nuestra mala cuenta. Se tenía que parlamentar con el demente, no habiendo otro medio ni término. Hablar para hacer el momento; era el caso. Y en menos desniveladas relaciones, ¿cómo engranarse, físicamente, el diálogo?

¿Sería necesario un palenque? —se dijo. Y, entonces, ya aparecía —el cónico cartucho o calabaza— un altoparlante de los bomberos. El dr. Director iba a razonar la causa: penetrar en el laberinto de un espíritu, y —a mazazos del intelecto— convencerlo, con doctoridad. Toques, repetidos, cortos, de la sirena, generaron el silencio incierto. El dr. Director, domador, empuñaba el negro cornetín, lo embocaba. Lo dirigía hacia lo alto, circense, y en él, trompetero, soplaba. —«*¡Exelencia...!*» —empezó sutil, persuasivo; mal— «*¡Exelencia...!*» —y téngase en cuenta que, aún, con muy poco digna mesura. Su calva fue la que se lució, de metaloide o de metal; el dr. Director gordo y bajo. Infundado, el pueblo lo abucheó: «*¡Vergüenza, viejo!*» —y—: «*¡deja, deja...!* De este modo, sólo estorba, la lega opinión, a todas las clericales artimañas.

Todo abdicativo, el dr. Director, perdido el coman-

do del tono, escupió y se secaba el sudor, suelto de la boca el instrumento. Pero no pasó el megáfono al profesor Dartañán, lo que es claro. Tampoco a Sandoval, prestánte, ni a Adalgisio, a sus labios. Ni al dr. Bilolo, por cierto queriéndolo, ni al dr. Eneas, sin voz usual. ¿Entonces a quién, pues? A mí, migo, me, si os parece; pero sólo enfín. Temí cuando obedecí, y de mucho siso había menester. Ya el dr. Director me dictaba.

—«*Amigo, vamos a hacerle un favor, queremos cordialmente ayudarlo...*» —produje por el conduto; y hubo eco. —«*¿Favor? ¿De abajo para arriba?...*» —vino la contestación asaz sonora. Él estaba en fase de aguda aguja. Había que interrogarlo. Y a mando del dr. Director, lo llamé, de mi boca, con intimación: «*¡Psiu! ¡Ola! ¡Escuche! ¡Mire!*» —altilocué. —«*¿Fallirán mis bienes?*» —altisonó. Dejaba que yo prosiguiera; debiendo ser la suya una comprensión entediada. ¡Lo que le hablé, de deberes y afectos! —«*El amor es una estupefacción...*» —me contestó. (Aplausos.) Para tanto tenía poder: de hacer, a veces, un: *¡oah-oa-oah!* —mano en la boca— cavernoso. Todavía intimó —«*Téngase paciencia...*» y: —«*¿Eh? ¿Quién? ¿Eh?*» —hizo personalmente el dr. Director, que el aparato, afligido, me había errebatado. —«*Tú, yo, y los neutros...*» —retrucó el hombre; en aquella elevada incongruencia, su imaginación no se entorpecía. Para nada ese ineficaz para allá para acá parlar, razones de quiquiriquí, la buena nuestra verbosidad; a no ser para atizarle más los sesos, para un númen endiablado. Se disistió; bien o mal, viene de quererse mimar, a puñetazos, un puerco espín. Del cual, tan de arriba, se escuchó todavía la final, pérfida pregunta: —«*¿Fueron a las últimas hipótesis?*»

No. Restaba lo que se inesperaba, dándose como suceso de ipso facto. Llegaba... ¿Qué? ¿Qué creer? ¡El propio! El verdadero y sano, existente, Secretario de

las Finanzas Públicas —ipso. Puesto que bien de terra surgía, y en embestida. Oprimido. Opaco. Nos abrazaba, a cada uno de nosotros se daba, y de veras lo adulábamos, conscientemente, voz inarmónica; señaló causas; ¿tenía una sosia? Lo subían al carro de los bomberos, y, aplomado, primero hizo un giro sobre sí, en tablado, completo, adecuándose a la exposición. El público le debía. —«*¡Conciudadanos!*» —en la punta de los pies —«*Yo estoy aquí, ustedes me ven. ¡Yo no soy aquel! Sospecho exploración, calumnia, embuste de enemigos y adversarios...*» Por ronco a la fuerza, calló, no se sabe si con más bienes que males. El otro ya ahora ex-pseudo, destituido, lo escuchó con ociosidad. De su conquistado gallinero, no paraba de decir que «sí», meneado.

Era medio día en mármol. En el que, curiosamente, no se tenía hambre ni sed, y cómo acordarse de las demás cosas. Súbita voz: —«*¡Vi la quimera!*» —bramó el hombre, importuno, impolítico se había airado. ¿Y quién y qué era? Por ora, ahora, nadie, nulo, Juan, nada, zafío, quidam. Desconsiderando la moral elemental, como a concepto relativo: lo que probó por señales muy claras. Desacataba. Todavía, al modo jocoso, se hacía de castillo en el aire. ¿O era por lo épico epidérmico? Mostró —lo que había entre la piel y la camisa.

Pues, de repente, sin espera, mientras el otro peroraba, él se desnudaba. Se dio a la luz, siendo gota a gota el hecho. Sobre nosotros, sucesivos, revolantes —saco, calzoncillos, pantalones— todo a banderas desplegadas. Retumbándole la camisa, por fin, panda, aérea, aeriforme, alba. ¡Y hecho el lío! —fue— barbullas. En la multitud había mujeres, viejas, jóvenes, gritos, correcorre, desmayos. Era, el levantar los ojos, y el irrespetable público asistía a él *in puris naturalibus*. De casi albura seca de mandioca, en la verde copa

y fronda de la palmera, un legítimo desropado. Sabía que estaba a transparentar, palpaba sus miembros corporales. «*El sindrome...*» —el Adalgisio observó; de nuevo confundíamos. —«*Síndrome exofrénico de Bleuler...*» —pausadamente soltó el Adalgisio. Se simplificaba el hombre en escándalo y emblema, y franciscano magnífico, a fuerza de sumo contraste. Pero se reposaba, ya de humor benigno, en condiciones de primitividad.

Con eso —y tanta jarana— en medio del acrisolado calor, sudaban y se enojaban las autoridades. ¿No se estaba pudiendo con el desordenado tan subversor y anónimo? Había que iterar, decidieron, confabulados: arcar con los cuernos del caso. Todo se puso en movimiento, tronada la orden otra vez, breve, bélica, a fanfarria: para el acometimiento de los bomberos. Nuestro rancho y atrio, ahora de cierta anchura, rodeado de cuerdas y policías; ya allí moviéndose los periodistas, reporteros y fotógrafos, un puñado; y filmaban.

Pero el hombre, atento, además de persistir en sus altos intentos, se guisaba también en trabajo muy activo. Seguramente contaba con eso, de maquinarse contra él nueva trampa. Tomó cautela. Contra atacaba. Se hechó hacia arriba, mal y más arriba, desde que tuvo inicio el salvamento: ¡contra su voluntad no lo salvarían! Hasta, si hasta. Se erguía de las palmas movedizas, hacia el sumo vértice; ya iba a alcanzar el estípite, ver y ver, con gran riesgo de precipitarse. Lo exacto sería el fallar —con una evidencia de cascada. —«*¡Es ahora!*» —fue nuestra interjección golpeada; ahora lo que se sentía era lo contrario del sueño. Se irrespiraba. ¿En aquella cantidad de silencios, avanzaban los bomberos, bravos? Solerte, el hombre, al último punto, se sacudió, se balanceaba, helo —misantropoide gracioso, en artificioso equilibrio pero en su eje

extraordinario. Más disparates: —«*¿Mi naturaleza no puede dar saltos?...*» —y, a la pompa, se sobresalía.

Tanto era cierto que también nos divertía. Como si todavía necesitase de patentizar optimismo, nos mostraba insospechado estilo, dandinaba. Se recomplicó, empeoró, la pausa. Su caída y muerte, inciertas, sobre nosotros pairando, altaneras. Pero, aun cayéndose y muriendo, de él nadie entendería nada. Estacaban los bomberos. Los bomberos recuaban. Y la alta escalera desandó, se desarquitectó, se encajaba. De nuevo, derrotadas las autoridades, diligentes, repartiéndose entre cuidados. Descubrí lo que nos faltaba. Allí, una fuerte banda de música, con brío, a redoble. De lo alto de aquella palmera, un ser, solo, nos contemplaba.

Diciendo, sonriente, el Capellán: —«*Endiablado...*»

Endiablados, sí, los estudiantes, legión, ¿qué del sur de la plaza arrancaban? —de donde se habían concentrado. Hecho que revivió la rueda, un alboroto, de estrépito, de asalto. En torrente, ahora, empujaban paso. Ideaban fuese el hombre uno de los suyos, errado o cierto, por lo que juraban rescatarlo. Era un esfuerzo duro, contener a la estudiantada. Traían no visible bandera, además de fervor hereditario. Se obstinaban. Entrarían pronto los de caballería, escuadrones rompientes, para la lucha contra el noble joven pueblo. ¿Cargaban? Pues, después. Más grande la confusión. Todo tentaba a evolucionar, en tiempo vertiginoso y revelado. Llegó a que se pedían refuerzos, con intención de desocupar la plaza; lo que venía a punto. Pero también se entonaban innacionales himnos contagiando a la multaburta. ¿Y paz?

Con as, roque y rey, a eso atendió, subido al coche de los bomberos, el Secretario de Seguridad y Justicia. Canoro, grueso, no bromeó: —«*¡Muchachos! Sé que les gusta oírme. Prometo todo...*» —y verdad. Por eso lo aplaudieron, agitadísimos, en sus antecedentes se

fiaban. Vino en seguida una remisión, y alguna calma. En la confusión, por el sí o por el no, se escapó, entonces, el de las Finanzas Públicas Secretario. En verdad, medio cansado de emociones, se iba para la vida privada.

Otra ninguna cosa aconteció. El hombre, mientras tanto, entreapareciendo, se había acomodado, en cuna, en sus palmares. Durmiendo o aflojando el agarrarse, ¿si él diese en entorpecerse, y enfín, a los añicos machacarse abajo? De cómo podía mantenerse rígido así, incontable tiempo, explicaba a los circunstantes el profesor Dartañán. Abusaba de nuestra paciencia —un catatónico hebefrénico— en estereotipia de actitud. —«*A flechazos en seguida lo derribarían, entre los parecis y nhambiquaras...*» —enteró el dr. Bilolo; contento de que la civilización haga prosperar la solidaridad humana. Porque, sinceros, sensatos, a esa altura también el dr. Director y el profesor Dartañán se congraciaban.

Se sugirió nueva expedición de la vieja necesidad... Si, por muy alocado, ¿no condescendería, al apelo de algún argumento próximo y discreto? Él no iba a resabiar; conforme concordó, consultado. Y la acción se armó, tomó alas: la escalera exploradora —como un canguro, o, saltamontes enorme, rojo— se desdobló, en desgoznada cosa hasta más de medio camino en el camino en el vacuo. La subía el dr. Director, sin miedo, osadamente, él que se naturalizaba heroico. Atrás subía yo descendiendo, a modo de Dante atrás de Virgilio. Nos ayudaban los bomberos. Al otro, allá, en la cumbre, nos dirigíamos, sin la propia orientación en el espacio. Todavía a muchos metros de nosotros nos atendía y a nuestro latín perdido. Porque, brusco, entonces, bramó por: —«*¡Socorro...!*»

Tan entonces otro bullicio —y el mundo inferior estallaba. En furia, bullanga y frenesíes, allí la pobla-

ción que a insanarse y a enloquecerse, comandándola sus mil motivos en una alucinación de manicomiables. ¡Depréquese! —no fueran a derribar camión y escalera. Y todo a causa del sobredicho suyo: como si hubiese él instilado veneno en los depósitos de agua de la ciudad.

Reapareciendo lo humano y extraño. El hombre. Veo que él se ve, tuve que notarlo. Y algo terrible de repente pasaba. Él quería hablar, pero la voz se desmorecía; y se le enredó el habla. Estaba en equilibrio de razón: es decir, lúcido, desnudo, colgado. Peor que lúcido, cuerdo; con la cabeza asentada. Despertaba. Su trastorno, pues, había terminado, y, de la idea delirante, se veía despabilado. Desintuido, desinfluido —por lo menos— inspirado. En doliente conciencia, apenas se había desinflado, recuando a lo real y autónomo, a su mal momento de espacio y tiempo, al sin fin de lo comedido. Aquel pobre hombre descorazonaba. Y tenía miedo y tenía horror —de tan nuevamente humano. Tendría el susto reminiscente —de lo que, recién, hasta allí, había podido hacer, con peligro y precio, en descompás, su inteligencia en calma. Tendría ahora que despeñarse de un momento para ningún otro. Temblé, yo miserable. ¿Se vertía, caía? Tiritábamos. Y era el no más allá de la magia. Porque él estaba en sí; y pensaba. Penaba —de vergüenza y acrofobia. Allá, íntima, loca, en mar, la multitud: infernal ululaba.

Entonces, ¿cómo salirse, del lance, desmanchado el firme burgo? Lo entendí. No tenía cara con qué aparecer, ni ropas —bufón, truhán, estorbo— para enfrentar las razones finales. Él hesitaba electrochocado. ¿Preferiría, entonces, no salvarse? Al drama en el catafalco, se vertía la copa de la altura. Un hombre es, ante todo, irreversible. Todo puntillado en la esfera de la duda, se proponía en otra e inmensurable distancia,

de millones y trillones de palmeras. ¿Se desproyectaba, pobre, y tentaba agarrarse, inapto, a la Razón Absoluta? Adivinaba eso el desvariar de la multitud aspaventera —enloquecida. Contra él, que, de algún modo, de alguna maravillosa continuación, de repente nos frustraba. Por lo tanto, abajo, alto bramaban. Fieros, feroces. Él estaba sano. Vesánicos querían lincharlo.

Aquel hombre apiadaba diferentemente —fuera de la provincia humana. La necesidad de vivir lo vencía. Ahora, en aturdimiento de zorro, requería nuestra ayuda. En fácil prisa actuaban los bomberos, lanzándose a reaparecerlo y retraerlo —lo prestidigitaban. Lo bajaban, con tablas, cuerdas y piezas, con sus otros medios apocatastásticos. Pero estaba salvo. Ya, pues. Esto y así. ¿Iría el pueblo destruirlo?

Sin concluir todavía. Antes, aún en la escalera, en el descender, él miró, mejor, la multitud, deogenésica, diogenista. Venida la cosa, de tal cabeza, el caso que ya no se esperaba. Nos dio otro color. Pues, ¿volvían a enloquecerlo? Apenas proclamó: —«*¡Viva la lucha! ¡Viva la libertad!*» —desnudo, adán, nato, psiquiartista. Frenéticos lo ovacionaron, las decenas de millares se estremecían. Hizo ademanes, y llegó abajo incólume. Apañó entonces el alma de entre los pies, se puso otro. Aplomó el cuerpo, desnudo, definitivo.

Se hizo el monumental desenlace. Lo agarraron, en hombros, en espléndido, lo llevaron transportado. Sonreía, y, ciertamente, alguna cosa o ninguna profería. Nadie podría detener a nadie, en aquel desorden del pueblo por el pueblo. Todo se deshizo en andamiento, esparciéndose para trivialidades. Se había vivido el día. Sólo restaba inmutada, irreal, la palmera.

Concluyendo. Sucedió que, después, desahogados, se cambiaban los delantales por los sacos. Modulaban drásticas futuras providencias, con el profesor Dartañán, ex profeso, el dr. Director y el dr. Eneas —alie-

nistas. —«*Veo que todavía no vi bien lo que vi...*»: —refería Sandoval, lleno de escepticismo histórico. —«*La vida es constante progresivo de conocimiento...*» —definió el dr. Bilolo, serio, entendiendo todo por primera vez. Poniéndose el sombrero, elegantemente, ya que de nada se sentía seguro. La vida era a la hora.

Apenas, nada dijo el Adalgisio, que, sin algún motivo aparente, ahora y siempre súbito nos asustaba. Juicioso, correcto, circunspecto en demasía: y terrible él, no en sí, insatisfactorio. Visto que, en el sueño general, había permanecido insoluble. Me daba un frío animal retrospectivo. No dijo nada. O tal vez lo dijo en la orden del día y he aquí todo. Y se fue para el centro a comer camarones.

19

SUBSTANCIA

Sí, en los mandiocales el almidón se hace la cosa alba: más que el algodón, la garza, la ropa en el tendedero. Del colador a los alguarines, de la masera a los lebrillos, una pulpa se repasa, para posarse, en el fondo del agua y leche, azulina —la fécula— pura, limpia, hecha sorpresa. Se llamaba María Exita. La fecha era de mayo, ¿o de cuándo? Pensaba él en mayo, tal vez, porque el mes mayor —de rocío, de la Virgen, de claridades en el campo. Parejas se casaban, se organizaban fiestas; en una, allí, la había notado: ella, flor. No se acordaba de la niña, feúcha, flaca, con historias de desgracias, llevada, hacía mucho, para servir en la Hacienda. Sin hacerse idea, la sorpresa estaba formada. Sí, a veces, por asombro, una joven así se embellecía, también podía haber sido en el entretanto. Sólo que a él, Sionesio, le faltaban holganza y espíritu para primero fijarse en transformaciones.

Había salido de la fiesta aún en comienzo, apenas dada su presencia; pues la vida no le daba mucho para el sueño: tenía que desperezarse al adormecer, para ahorrar tiempo al despertar. Para el apresuramiento —de harina y almidón. Célebres, de larga fecha, en la región y lejos, los de la Sambura; heredándola, de repente, Sionesio, hasta entonces muchacho de impresiones holgazanas, había avanzado con decisión de látigo a excederles la fabricación. Plantaba en grandes extensiones las hectáreas de mandioca, que, de veras, allí, otra plantación no daba; llamaba y pagaba a los

braceros; espantaba, día a día, al pueblo. Y por nada daría atención a una criaturita, la cual.

María Exita. La trajo, por piedad, de la mano, recelosa de que el patrón y los otros no la aceptasen, la vieja Ñatiaga, cernedora. Porque, contra la menos feliz, la suerte había pintorreado de negro portales y puertas: la madre, liviana, desaparecida de la casa; un hermano perverso, en la cárcel, por muertes; el otro, facineroso igual, forajido, al acaso, en ninguna parte; el padre, razonable buen hombre, delatado con lepra, y enviado, seguramente para siempre, para una leprosería. Ni le restaban parientes lejanos; sea que había recibido madrina, de lujo y rica, pero que apenas había pasado por el lugar, ahora nadie sabía si y dónde viviría. En todo caso la acogieron. Menos por directa piedad; más por compasión a Ñatiaga. Pero le dieron ingrato trabajo, de todos el peor: el de romper, con la mano, el almidón en las lajas.

Sionesio, al atardecer, de retorno, cabalgaba a través de las plantaciones. O a medio galope, o al paso, pero ansioso despropositado, mirando a casi todos los lados. Y, aún en domingo no descansaba. Apenas por poco tiempo en inciertas casas, donde al cuerpo le dieran consuelo: atención para reposar. Ahí mismo, últimamente, demoraba menos. Placer era ver, abiertamente, bajo el fin del sol, al mandiocal de verdes manos. Amaba lo que era suyo —lo que sus fuertes ojos aprisionaban. Pero, ahora, una fatiga. El ensimismar. Su silla gastada por el uso, ya apareciendo la almohadilla; tantas cosas por renovar y él sin tiempo siquiera. Ni para ir de visita, en el Cerro-del-Buey, a la casi novia, común en el sosiego y paciencias, de la tierra, donde todo se revelaba por la medida de las distancias. Llegaba a la hacienda. Aún, espoleaba.

La quietud completa en la Sambura, en el domingo, el terrado y la casa de máquinas desiertas, sin centro

de murmurio. Había preguntado a Ñatiaga por su protegida. —«*Está partiendo el almidón en las lajas...*» —resumió la vieja. ¿Pero, hasta hoy en un trabajo de esos?" ¡Que por lo menos ahora la cambiasen! —«*Es ella que lo quiere, dice que le gusta. Y es verdad, en efecto...*» —susurraba Ñatiaga. A Sionesio, el saber que ella, de cualquier modo, pertenecía y lidiaba allí, se le influía un contentamiento; era él la persona que manejaba. No podía quejarse. Si en el avío de la harina se batallaba en rústico, en breve lo podría mejorar, por medio de mucho con máquinas, doblar cantidades.

Se demoró para ir a verla. Justo al hilo del mediodía —de un sol del que se habían huido los pajaritos. Ella estaba frente a la mesa de piedra; a aquella hora, sentada en el banquito rastrero, esperaba a que trajeran otros pesados, duros bloqués de almidón. Albísimo, era horrible, aquello. Atormentaba, torturaba; los ojos de la persona tenían de quedar cerrados, menudito, como los del armadillo, ante el implacable albor, el sol encima. El día entero, el aire paraba sostenido, a tiemblaluces, uno se perdía por un negror del horizonte, para templar la intensidad brillante, blanca; y todo cerradamente igual. Tuvo lástima de ella —pobrecita flor. Indagó: —«*¿Cuál es tu trabajo?*» —y era sonsa la cuestión. Ella no se avergonzó. Sólo el apenas, el boca-no-abrir, la sonrisa lenta. No se perturbaba. También, para pasmarnos, con ella acontecía diferente: no arrugaba la cara, ni apretaba o negaba los ojos, mas ofrecidos bien abiertos —ojos de esos, de otra luminosidad. No parecía padecer, sino sacar seguridad y distracción, del triste, siniestro almidón, portentoso, y la maldad del sol. Y la belleza. Tan linda, clara, cierta —de viva carnación y airosa— una señorita, joven hecha cascada. Se dio cuenta de que, sin querer, le hacía cortesías. Le habló, el asunto fuera de propósito: que

el almidón, allí, en la Sambura, era muy prolijo, justo, una dádiva de blanco, por eso, para la fábrica valía más caro que los otros, feos, medio tostados...

Después fue que le contaron. Retornaba aún, a caballo, su corazón no engañado, como si fuesen siempre desiguales los domingos; por la tarde, cuando cantaban las tórtolas y los canarios. Con todo —allí, él el dueño— sin abusar de las ventajas. «*Sus modales señorita, mucho me agradaron...*» repetía un tal vez futuro decir. La María Exita. Sabía, hoy: el alma del modo y ser, de ella, diferente a los demás. Así, había llegado, con los varios sin remedios de amargura, del opuesto mundo y maldiciones, solita, de sofocarse. Entonces, por sí, sin discusiones, vacilaciones ningunas, se había ido a aquel trabajo —por todos rechazado, el trabajo pedregoso, en el calor de boca de horno, donde se sienten engrosar los dedos, los ojos inflamados de ver, en el encandilar. ¿Se amodorraba, bajo refugio, ausente? No temía al granado, cruel almidón, que abate la vista, intacto blanco. Antes, como a un alcanforar lo miraba, de tanto gusto. Como a una especie de alivio, capaz de desafligirla; de mucho darle: una esperanza más dilatada. Todo ese tiempo. ¿Su belleza de dónde venía? ¿Su propia, tan firme persona? La inmensidad de la mirada —dulzuras. Si una sonrisa: artes como de un venir de ángeles. Sionesio ni siquiera lo entendía. Solamente era bueno, saberla feliz, a pesar de los ásperos. Ella —que dependía de un gesto no más. Si es que no se portaba alelado, en rodeos de un caracol; estaba amando más o menos.

«*¿Si otros la quisieran, si ya le gustase alguien?*» —las alas de esa preocupación lo asaltaron. Tantos en las faenas de la Sambura, enamoradores; y en las fiestas— le dolía la idea. También imaginarla platicando con los prójimos, en las facilidades. Pero, lo que escuchó, lo aquietaba. Aunque en gracia para amores,

tan hermosa, ella quedaba a cuidado de cualquiera de ellos, de malas o mejores intenciones. Se resguardaban de sus graves de sangre. Temían a la herencia de lepra, del padre, o a la falta de juicio de la madre de indóciles fuegos. Temían a algunos de los asesinos, los hermanos, inesperados, pero de a cualquier hora sobrevenir, vigilantes de su virtud. Cautelaban. Así, ella estaba a salvo. Pero uno nunca se provee según garantías perpetuas. Sionesio había pasado a frecuentar las fiestas, de los principios a los fines. No que bailara; le disgustaba aquello, las holgazanerías. Se quedaba a un lado, de ojos puestos en, como buitre cuidador. No la hubiera creído tan exacta en todos esos momentos —el quieto pisar, un mohinito húmedo prolongado, el modo de poner su cinturita en las manos, feliz por los pétalos, paloma jamás afligida. La misma que mañana estaría frente a la mesa de laja rompiendo el sol en las piedras del terrible almidón, los guijarros, las gravas. Si bailaba, era bien; pero muy pocas veces. Le tenían miedo, a la enfermedad incierta, bajo la hermosura. Ah, era bueno, una providencia, ese impedimento por escrúpulo. Porque ella se veía conducida a no casarse nunca, ni podría ser de vida airada. Necesitaba quedar en la pureza. Sí, del recelo no se carecía. María Exita era para separarse limpia y sin manchas, por encima de la vida; y de nadie. En ella, ningún hombre tocaba.

Sin embargo eso, él la quería, para sí, siempre por siempre.

Y ella, habría de quererle, a él, también, tan ciertamente.

Pero, en el tropiezo de inconstantes horas —a las viejas esperanzas y nuevas desanimaciones— de entremomentos. Pasaba por allá sin paz de verla, tenía un modo mordido de admirarla, más o menos de lejos. Ella en su banquito raso, cuando no de pie, trabajan-

do con ambas manos. Trabajaba el almidón —la ardiente especie singular, sequedad límpida, material arenoso— la masa de aquel objeto. O, el que venía aún mojado, frío, táctil, pegándose a sus bellos brazos, blanqueándolos hasta más encima de los codos. Pero que siempre de sol brillaba: los rayos reflejados, que los ojos de Sionesio no podían soportar, lastimados, igual sería mirar al cielo y encarar el propio sol.

Las muchas semanas lo castigaban, a menudo ni conseguía dormir, lo que era él mismo contra él mismo, consunción de pasión, romance hecho. De repente, de madrugada, se animaba a vigilar las amenazas de lluvia, se levantaba a los gritos, despertando a todos: —«*¡Recoger el almidón! ¡Recoger el almidón...!*» Corrían, en confusión de alarma, reuniendo sacos, alguarines, lebrillos, para recibir el almidón puesto al aire en las lajas, donde, en lo oscuro de la noche, era la cosa única que se afirmaba, como un claro de laguna, rodeado de criaturas soñolientas y afligidas. Mal podía divisarla, en el alboroto, pero la contentaba su proximidad viva, presencia caliente, aliviándolo. Escuchó que de ella hablaban: «*Si no es que la madre, cuando menos se espera, aparece por ella... O la señora madrina...*» Se sobresaltó. Sin ella ¿de qué valdría el activo laborar, el superesfuerzo, crecer las producciones, aumentar las tierras? Verla, de cuando en cuando. A ella —la única María en el mundo. Mujeres otras ningunas, más, en lo reposado; ninguna otra novia, en la distancia. Debía, entonces, asirse a la prueba o al desengaño, hacer la acción de tenerla, en el sensato valor, poner orillas a su sueño. ¿Si hablase primero con Ñatiaga? —hallaba, abofeteó aquel pensamiento contra la frente. No recelaba la recusación. Consigo forcejeaba. Quería y no podía, dar vuelta a una cosa. Los días se iban. Pasaban las cosas, pretextadas. ¿Qué temía, pues, que no sabía que temiera? De una vez pensó:

¿era, él mismo, sano? ¿Tenía por dónde merecerla? Miraba sus propios dedos, sus pulsos, pasaba mucho las manos por la cara. En tiempos diversos, se embravecía: le tenía rabia, a ella. Deseaba que todo se quedase falso, fin. Poder desentregarse de la ilusión, cambiar de parecer, pagar sosiego, sólo cuidar los estrictos de su obligación, desatinada. Pero en el luchar del día, criaba las agonías de la noche. Se vio en lágrimas, fiel. ¿Por qué, entonces, no decía ni has, ni he, andaba de mente tropieza, cansado, meditando consejo, en deliberación tan grave? —así, ¿de perro para claro de luna? Pero no podía. Pero vino.

La hora era de nada y tanto; y ella era siempre la espera. Osado, le preguntó: —«*¿Tú tienes voluntad de confirmar el rumbo de tu vida?*» —hablándole muy de corazón. —«*Sólo si fuese ya...*» —y, con la respuesta, ella rio clara y calurosamente, cierto que sin la deliberada malicia, sin menosprecio. Debía de tener significados el reír, en sus ojos duendes.

Mas, de repente, él se estremeció por aquellas oídas palabras. De un susto venido del fondo: y la duda: *¿Sería ella igual a la madre?* —se sorprendió más. *¿Si la belleza de ella —lo casi fruta, del cutis, tan fresco, lozano— fuese sólo por un tiempo, y después condenada a engrosar a la escamación, a los torcimientos y moretones, por la deteriorante enfermedad?* —el horror de aquello lo sacudía. Ni soportó mirar, en el momento, su preciosa hermosura, traicionera. Así sin querer, entregó los ojos al almidón, que ofuscaba, en la laja, a la vez del sol. Aunque por un instante, encontraba ahí un poder contemplado, la gradiosidad, dilatado repaso, que deshacía en blanco los alborotos del pensamiento, atormentantes.

La alumbrada sorpresa.

Aclaraba.

Así; pero era también el exacto, grande, el repen-

tino amor —la cima. Sionesio miró más, sin cerrar la cara, aplicó el corazón, abrió bien los ojos. Sonrió para atrás. María Exita. La socorría la linda claridad. Ella —¡ella! Se le acercó. Estiró también las manos hacia el almidón —solar y extraño: la acción de romperlo era gustosa, parecía un juguete de niño. Todos los verían en eso, nadie en la duda. Y su corazón se levantó. —«*¿María, tú querrás, los dos, nosotros, el nunca necesitar separarnos? ¿Tú, conmigo, vienes y vas?*» Dijo y vio. El almidón, cosa sin fin. Ella había contestado: —«*Voy, mucho.*» Desató una sonrisa. Él ni la vio. Estaban lado a lado. Miraban para adelante. Ni veían la sombra de Ñatiaga, que quieta y callada, allá, en el espacio del día.

Sionesio y María Exita —a medios ojos, ante el refulgir, el todo blanco. Acontecía lo no-real, la no-tiempo, silencio en su imaginación. Sólo el uno-y-otra, un en-sí-juntos, el vivir en punto sin parar, solamente corazón: pensamiento, pensamor. Albor. Avanzaban, parados, dentro de la luz, como si fuera en el día de Todos los Pájaros.

20

TARANTÓN, MI PATRÓN...

¡Chispas! —que no me dan ni tiempo de apretar el cinto en los pantalones y ponerme bajo el sombrero, sin poder terminar de beber un café en los sosiegos de la cocina. En eso —«*...dale!...*» —la voz de la mujer del casero declaró, cuando empezó el caso. Vi lo que era. Y, pues. Se iba, se escapaba, mi estimado Patrón, levantándose solerte de la cama, haciendo de las suyas, velozmente, el artimañoso. Ni parecía señor de tanta edad, ya la cabeza sin el escaso juicio, y aplazado de moribundo para uno de estos días, u horas o semanas. *Ea*, tengo que salir también en pos, ya se ve, me voy todito tras él. Y para eso, embarullé todo, con las pretinas levanto las tripas del vientre, viro y reviro, de veras tan al azar que me descompongo, me desplomo, me desarreglo: obligaciones de mi oficio: —«*¡Rápido, Luciérnago, no sueltes al viejo!*» —encuentra todavía para informarme el casero don Vicencio, presumo que riéndose, y: —«*¡Válgame yo!*» —ruego, *ih*, insultándolo, *¡epa!* y bajo a saltos esta vieja escalera de madera, de porquería, de esta antiquísima hacienda, *ah...*

Y el hombre —en el corral, desengoznadamente alto, caprichoso, apresurado —¡proponiéndose a ensillar caballo! Me arrimé a él, yo a las órdenes. Me miró mal, según, peor que siempre: —«*Estoy medio precisado de nada...*» me repelió y armó una cara, de las de desmanar criaturas. Concordé. Meneó la cabeza. Concordé con el no. Entonces él sonrió, medio consigo mismo. Pero más me miró, despreciándome,

bromista: —«*¡Lo que pasa, muchacho, es que, lo de hoy, es demasiado serio para ti!*» Me molesto, no me gustó, por el peso de las palabras. Vi que nosotros estábamos en pie de guerra, pero con espadas torcidas; y que él no iba a apelar a manías antiguas. ¡Y uno mismo, ya casi mandando buscar, por cuenta de él, al doctor médico, de la ciudad, con sabias urgencias! Ni modo, pues ahora el viejo me mandaba ensillar. ¡Buen desatino! Ni quería los nuestros, mansos, sino el bayo quemado, caballo alto, y presencia peligrosa, que se notaba. Y el tordillo ni más grande, ni más chico. Y los desgraciados, éstos no eran de ahí, de la hacienda, sino animales desconocidos, apresados sólo para saberse después de quien serían o fuesen. Obedecí, sin recurso de ningún remedio; para loco, loco y medio, sé. El viejo me imponía el azul de aquellos grandes ojos suyos, delirantes, de mucho mando aún. Ya estaba de barba levantada —aquella barba que se recruzaba y enmarañaba, siempre, ningún de sus blancos hilos acertados. Hizo gestos fabulosos. Él estaba mejor que en la muestra.

Mal pues los pies en los estribos, ya él salía por la tranquera, y espoleaba. Y yo —arre la Virgen— de seguimientos. Alto, el viejo, entero en la silla, inalterable, propuesto a hacer y acontecer. Lo que era ser uno descendiente de sumas grandezas y riquezas —¡un señor Juan-de-Barrios-Diniz-Robertes!— arreado, en alocada vejez, para allá, por los muchos parientes, que no querían sus molestias y desmandos en la ciudad. Y yo, por necesitado y pobre, teniendo que aguantar lo demás, ya se ve, en esta desentendida majadería, que me agobia y me asusta, paso vergüenzas. El caballo bayo quemado se aventajaba, andador de sólo espacios. Caballo relinchador capaz de algún derribamiento. ¿Sería que el viejo era de imponérsele? Suave, yéndonos, por el matorral a buen ligero, lado a lado. Su

sombrero, pomposas alas, pero surgiendo debajo los largos cabellos, que todavía tenía no pocos. —«*¡Oye, vamos derechos a agarrar al Flaquito; hoy acabo con él!*» —bramó, que quería vengarse. El Flaquito era el doctor, sobrino nieto de él, que le había dado inyecciones y lavado intestinal. —«*¡Mato! ¡Mato, todo!*» —dio de espuelas y más bravo. Se volvió hacia mí, y entonces dio el grito, revelando la causa y verdad: —«*¡Yo estoy suelto, entonces soy el demonio...!*» La cara se balanceaba, roja, él era demasiado claro, y los ojos de que hablé. Estaba convencido, ¡pensaba que había hecho trato con el Diablo!

¿Para dónde voy? —a trote, nosotros, por las izquierdas y por las derechas, pisando el cascajo, los caballos en el bracear. El viejo con buena mano en la rienda. De mí no, no las ha de oír, censuras mías. Yo, mis malestares. El encargo que tengo, y menester, es sólo el de colocarme cerca, y no consentir desórdenes mayores. Niñera de un trasto anciano —¡el caduco que no caía! De cualquier repente, si él, tan enfermo, por sí se muriera, entonces, ¿qué de trabajos inmensos no me habría de dar? Mi movimiento, por lo común era poco y dilatado, el viejo hombre mi Patrón se me hacía dañino. Me motejó: —«*¿Luciérnago, tú piensas entonces que vamos a salir por ahí para hacer niños?*» La voz toda, sin tropiezos ni esfuerzos. ¿E iba a tener el valor de andar, así, en lugares públicos —tan torpemente vestido? Sin saco, sólo el chaleco todo abotonado, sucios pantalones de brin desteñido, calzando un pie con botina amarilla, en el otro pie, negra bota; y un chaleco más, metido en el brazo, diciendo que aquél era su toalla para secarse. ¡Una de espantos! Y, por lo menos, desarmado, a no ser, apenas, por un cuchillo de mesa, fino de gastado y herrumbroso —pensaba que era capaz, contra el sobrino, el doctor médico: ¡iba a ponerle en los pechos el puñal!— feo, furioso.

Pero, pausado me dijo: —«*Vagalume, muchacho, vuelve de aquí, no quiero hacerte enfrentar, conmigo, riesgos terribles.*» Entonces ¡ésta! Hallaba que había hecho trato con el Diablo, poniéndose ahora de mayor valentón, con todas las fanfarronadas y bravuras. Ah, pero, todavía era un hombre —de la raza que había tenido— ¡y mi Patrón! En esto, apuntaba el dedo, para allá, para acá, y daba tiros mudos. Se avanzó para adelante, sólo avanzábamos hacia la distancia, por ahí campantes.

Pero, por entre grandes arboledas, dimos pues, con un incierto hombre, desconfiado y casi huidizo en incierta cabalgadura. Se podía verlo o no verlo, con tal sujeto no se tenía nada. Mas el viejo adivinó en él alguna falta, empinándose en la silla, pronto, a las barbas imprecó: —«*¡Mal te irá!*» —gritó alto. Aproximó su caballón, aumentó sus presencias. Parecía que se le iba a las manos. ¿No es que el otro, en un soplo, se encogió, todo entelerido, en un embotamiento? Siquiera pude regular la mirada, todo demasiado rápido y distendido se pasaba. ¡El viejo hallaba que ese era un criminal! —y, después, en Breberé, se supo: que lo era, cierto, en medios términos. Es decir, solamente un Sin-Miedo, mero ayudante de criminoso. Ni peleó para huir, de allí donde estaba. Se veía como gato con sonaja —«*¡Ay te!*» —el viejo, sacudiendo su cabezota, y nada de desencresparse: —«*¡Paga el barullo que tú compraste!*» —lo intimidaba. El ayudante-de-criminoso, oyó, demostrando respetos, no sabiendo qué no postergar: —«*¡Vente conmigo! Te propongo justa y buena condición, con señal de servidor mío...*» Y... ¿Es de creerse? De veras. Juntó el hombre su caballito, en bien a bien viniéndose con nosotros. Medio coaccionado, ya se ve, pero, más, medio esperanzado.

Yo, ni por sueño, ni por nada, frígido de calor y harto. Todo aquello, ya se ve, exponía la locura remata-

da. El viejo, pronto en imprecaciones e insultos, vociferante, en agarra-y-mata. Clamaba: —«*¡Mato pobres e infelices!*» Figuraba, por las ropas, ser el propio demonio, en el triste venir, ¿en la demonomanía?

Solamente seguíamos sin parar, en un hacia adelante de fantasmas. El ayudante-de-criminoso no reía, y yo, esquivándome todavía más. De pronto, lo visto: la que iba con atadito de leña y la enganchada criatura, de lado, la mujer paupérrima. El viejo, para llegarse a ella, apresuró el caballo, suavemente. Recelé. Pasmado para todo. El viejo sacó abajo el sombrero, hacía de esos firuletes, y otras gesticulaciones. Me hallé: —«*¡Mío, mío, malo!*» «*¡Esta es aquella flor, con la que no se pega ni a una mujer!*» Si bien que las cosas todas fueron otras. El viejo, espantosamente, del chiflar se aflojaba. ¿No es que, a aquella mujer, le ofreció tamañas cortesías? Tanto más, que, él siempre insistiendo, terminó ella, al fin, aceptando: Pues mi Patrón se apeó, y la hizo montar su caballo. Cuyas riendas él vino, galante, a pie, tirando. Así, nuestro ayudante-de-criminoso tuvo que cargar la leña, y yo mismo encargado, con la criatura a bandolera. Menos mal que nosotros dos montados; ¿ya se ve? —en esas peripecias de pato.

Por lo menos, feliz, pues corta fue la farsa, sólo hasta un poco más allá, en un pueblito. Donde, el destino de esa pobre y festejada mujer, que se apeó, menos agradecida que avergonzada. Pero, vaya uno a ver y rever, en lo que a veces da una buena patochada. De hecho, allá había, rústico, un tal «Felpudo», muchacho hijo de esa mujer. Él en un miramiento, se prendió de gratitudes al ver a la madre tan de reina tratada. Pero el viejo determinó, sin darle momento ni oportunidad: —«*¡Consigue caballo y ven, bajo mis órdenes, para gran venganza, y con el demonio!*» De ese Felpudo, advierto: tan bueno cuanto nada, del meollo.

¿Y no fue qué? —salió para proveerse del dicho caballo; y nos alcanzó ya muy adelante. Para avergonzar el pudor de uno, en toda esa barahunda. De las personas habitantes y de nosotros, los terceros personajes. Pero, ¿qué ser, qué haber? Los ojos del viejo se sucedían. ¿Qué estragos?

Por lo que sea. Si pongo lo recto en lo correcto: empecé a dudar. Sacar tiempo al tiempo. Pero ya nosotros pasábamos por el pueblito del M'engaño, donde mi primo Curucutú reside. Su vero nombre no es ése, sino Juan Tomé Pestaña; así como el mío, en lo cierto, no sería *Luciérnago*, sólo, sólo, conforme con agrado me tratan, sino Juan Delosmiospiés Felizardo. Vi a mi primo y le hice señas. Pude darle lo dicho: «*¡Ensilla alguna yegua, y alcanza a la gente, sin falta, que no sé para dónde ahora andamos, a no ser que sea de Don Demonio esta empresa!*» Mi primo pronto me entendió, me hizo ademán. Y ya uno —haya el galopar— al encalzo del viejo, trasmontado. Que, en lo de más salirse de sí, endiablado, en otro ímpetu, ya se lanzaba al avante: —«*¡Acabo con este mundo!*»

Ahí, lo demás: ¡polvaredas! Al zenit. Y después de una vuelta, el pueblo de Breberé, y allá íbamos a llegar, de entrada. El viento tocando, para nosotros, pedazos de campaneo. Me acordé del día: era una Fiesta de Santo. Y unos cohetes pororocaron en ese interintintin, con azules y humaredas. El Patrón nos paró a todos, a un gesto, incorporándose envanecido: «*¡Me están saludando!*» —se adueñó del *a-tchin-pun-pun* de los cohetes, que parecían tiros. No se podía discordar con él. Nosotros: el ayudante-de-criminoso, el Felpudo hijo de la pobre mujer, mi primo Curucutú; y yo, por oficio. Y pues, al galope, entonces se entró al poblado, nosotros de él así, atrásmente, acertados. En el Breberé.

Fue bravo. Allá el pueblo se aglomeraba, aguardan-

do la procesión, en la enorme plaza de la iglesia. ¡Qué viejo! —él vino a ras para adelante, punto en todo, *¡pá! ¡aplastó!*, su caballón en reparadas, *z't-zás*...; y nosotros. Ahí el populacho hizo vetevetevete; ¡pie para allá! Se esparcían. El viejo se apeó, piernas largas, chistosas; y nosotros. Lo que medio pensé, puse las riendas en el brazo: que íbamos a tener que asir de las cintas benditas de las andas. Pero, el viejo, poniéndome más en espantos. Se va acercando, discordando, gritó que se aproximase la gente: —«*¡Ustedes!*» —y sacó lo que tendría en los bolsillos. Y tenía. Vacío hasta el fondo. Era dinero, muchísimas monedas, que al suelo tiraba. *¡Chispas y ayte!* —a la olla de grillos, desataron que se empelotaron, y a curvarse, el pueblo, a gatas, para poder recoger prodigiosamente aquella porquería inmortal. Juntámonos. Safámonos. Se empujó para lejos la confusión. En el claro se tomó aliento. Pero, durante ese qué-fue-qué, el cura, a la puerta de la iglesia, sobrevestido surgía. El viejo caminó hacia el cura. Caminó, llegó, dobló rodilla, para ser muy bendecido; pero, antes, mientras caminaba, hizo todavía varios arrodillamientos: —«*Él está con un vapor en la cabeza*...» —oí mote que glosaban. El viejo, circunspecto, alto, se placía, se abanaba en su barba blanca, ensuciada. —«*¿Sólo salió de la cama para venir a morir en sagrado?*» —otro señor preguntaba. El cual era un tal Huelecielo, vecino y compadre del cura. Más decía: —«*A él no lo abandono, que debo pasados favores a su estimable familia.*» Lo oyó el viejo: —«*Usted, ¡venga!*» Y el otro, bajo, diciéndome: —«*Voy, para el final, para tenerle la vela*...» —consintiendo. También quiso venir un muchacho Jiló; ¿por ganancias de dinero? El viejo, en fuego: —«*¡Caballos y armas!*» —quería. El cura lo tranquilizó con otra bendición y mano besable. Ya no me importó: —«*Que se avenga Dios con su mundo*...» Se montó, se espoleó, se encaminó,

dejándose el Breberé atrás. Las campanas en tonada sonaban.

Y más galopes. Después de ningún almuerzo, medio camino desandado; esto es, camino y medio. En eso, el viejo: *¡pa!* se enhiestaba. Ahí, a orillas de la carretera principal, paraba el campamento de gitanos. —«*¡Para allá!*» —se metió: fue a ellos y a los perros, niños, y tachos que concertaban. En burlas, esos gitanos, en tretas, tramoyas, zarandajas; gitano siempre descarado. En el entendimiento del vulgo: pues, esos, proponían embusterías con que cambiar todos los caballos: —«*¡Vete al...! ¡Cruz, diablo!*» Pero el viejo hizo convocación; y uno quiso, se bandeó con nosotros. El gitano Moleque; ¿para posibles patrañas? Me demoré en admiraciones. Tantos, viniendo en seguida. Así, uno más Gouvea «Barriga-Llena», que ya en otros tiempos, peores, había sido mal soldado. ¿Ya me veo en chifladas ventajas?

Así nosotros, el viejo al frente —*tiploco... t'ploco. ...t'ploco...* —ya éramos caballería. Uno más, todavía, sin el cual lo mismo: el vagabundo «Taja-Palo»; el sinquehacer por influencias. Nosotros con Dios: ¡once! Para adelante —dale que dale— en un sosiego revoltoso. Yo veía al viejo mi Patrón: de loada memoria chiflada, torre alta. En un arroyo él estipuló: —«*Los caballos beben. Nosotros, no. ¡Nosotros no tengamos sed!*» Por áspera moderación penitencia de feroces. El Patrón, pescuezo largo, la manzana de Adán, respetable. ¡El rey! guerrero. Puedo hartarme de sudar, pero aquello existía para grandezas.

—«*¡Mato sucios y safados!*» —el viejo. Los caballos, jinetes. Galope. Nosotros trece... y catorce. A más otro joven, el «Bobo», y a menos un «Juan Paulillo». Luego el llamado Rapapié y un amigo nuestro de nombre anónimo; y, por gustarle mucho las holganzas, el negro «Gorra-Pintada». Todos venidos, entes, contentos, por

algún valor de amor a ese viejo. Nosotros retumbábamos, hacia adelante, queríamos hazañas, en el expandirse, nosotros infatuados. Queríamos seguir al viejo, por encima de cualesquiera ideas. Era un despabilamiento —el de preciarse, haga sol o lluvia. Y gritos, de llegar a este punto: —«*¡Mato muertos y enterrados!*» —el viejo se pronunciaba.

Para esto era el viejo el que valía por todos hasta el final de la farsa. —«*¡Voy al demonio!*» —bramaba ——«*¡Mato al Flaquito, hoy!, ¡mato y mato, mato, mato!*» —de su sobrino doctor, furioso no se olvidaba. ¡Caramba! que yo no era un flojo; ¿y quién no entiende de esas seriedades? Ahí, el tropel —¡buenos caballos!— que el que lo viera se perturbaría: no era para entender ni hacerlo parar. Apretamos espuelas. —«*¡Cuídese, quién vive!*» —desordénense. No lo era. En un galopar, vientos, flores. Me pasé para el lado del viejo, junto —*...tapatrón, tapatrón... tarantón... tarantón... tarantón...* —y él me dijo: nada. Sus ojos, el otro azul grueso, certeros, esos mucho se movían. Me vio mucho. —«*Luciérnago*» —solo, solo, yo entiendo, con sólo echar una mirada. —«*Juan es Juan, mi Patrón...*» Ahí: y —*patrapán, tampantrón, tarantón...* —yo entiendo. Tarantón, entonces... —en nombre, en honor que asumió, ya se ve. ¡Bravos! Que a la ciudad ya se iba a llegar, mayormente, a la estampida de nuestros caballos, desenfrenada.

Ahora, ¿qué es lo que iba a pasar? —ni pensé; y el viejo: —«*¡Lo mato, lo mato!*» Ya era alta la altura. —«*¡A las puertas y ventanas todos!*» —trintintín, en el atolondramiento. Y yo allí en medio. El Luciérnago, Delosmiospiés, el Sin-Miedo, Curucutú, Felpudo, Huelecielo, Jiló, Moleque, Barriga-Llena, Taja-Palo, Rapapié, el Bobo, el Gorra-Pintada; y el sin nombre nuestro amigo. El viejo, siervo del demonio —todito a banderas desplegadas. El espíritu de patas al aire, por los

cuernos de la diablada. Y estábamos a final de cuentas encima de otros escalones los intrépidos payasos. Estábamos, sin hasta que al fin. Ah, ya era la calle.

La ciudad —¡a la fresca! —¿Qué acogidas? La ciudad estupefacta, con autos y soldados. Aquellas calles, a lo menos, consideraron nuestro alboroto. Nosotros, ni pizca de miedo, no nos importaba lo que existía. Ah, y el Viejo, ¿burlón? —que juraba que mataba. Pues, ¡el diablo! vamos... El Viejo sabía muy bien adónde el lugar de aquella casa.

Allá fuimos, llegamos. La grande, bella casa. El mío en glorias Patrón, que añorado. Al llegar a este momento, tengo los ojos empañados. ¿Cómo fue, crédulo, cómo fue que él había adivinado? Pues en el día, en la hora justa, allí una fiesta se daba. La casa, llena de gente, requetechic, para un bautismo; ¡el de la hija del Flaquito, doctor! Sin temer leyes, ni chanzas, por ahí entramos de ráfaga. Y nadie para impedimento —criados, personas, mayordomos. Con honor. ¡Se festejaba!

¡Con sorpresa! La familia, en reunión, se asombraba gravemente, de ver al Viejo irrumpiendo —en formas de mal resucitado; y nosotros, atrás, en ese estado. Aquella gente da la tertulia, en el pasmo, en el atolondramiento. Demasiado. Lo que tenían: ahora, ciertos sustos de remordimiento. Y nosotros, empleando los ojos, por ellos. El instante, en tiento. El otro instantáneo. Pero, entonces, fue de repente, como en el cerrar lo abierto, descomunal. El Viejo nuestro, solito, alto, en los silencios bramó —*¡dlón!* —irguió los grandes brazos:

—«*Pido la palabra...*»

Y ya. ¿Qué cosa de creerse? De veras era un pasmarse. Todos alrededor de gran rueda, más atontados, consintieron, ya se ve. Ah, y el Viejo, mi Patrón para siempre, primero tosió: *¡bruba!* —y salió por ahí afue-

ra, sincero, de nada entenderse, pero la voz portentosamente sin paradas ni desmedros, en el raudal y rodar de piedras. Era para erguirse la cabeza. Me daban grandes ganas de llorar. Tuve más lágrimas. Todos, también; yo hallo. Más sentidos, más callados. El Viejo, fogoso, hablaba y hablaba. Se dice que lo que dijo, eran naderías, ideas ya disueltas, nonada. El Viejo sólo se crecía. Era supremo, las secas barbas, lo histórico de esa voz: y la cara de aquel hombre que yo conocía, que desconocía.

Hasta que paró, porque quiso. Los parientes se abrazaban. Festejaban el recorte del Viejo, y mucho, ya se ve. Y nosotros, que atrás, que servidos, de abre tragos, desempolvados. Porque el Viejo insistió sólo comía con todos los de él en rededor, en una mesa, que ésos, sus caballeros éramos, de alocada escolta, ya se ve, de tenedor y cuchillo. Embaulamos. Y se bebió, ya se ve. También el Viejo, de todo probó, tomó, muquió, manducó —en sus propios mentones. Sonreía definido para nosotros, aprontando distancias. Con alegrías. No hubo demonios. No hubo muertes.

Después, él paró en suspenso, solito en sí, apartado también de nosotros, parece que. Asaz así encogido, en pequeñito y tan en claro: quieto como una copa vacía. El casero don Vicencio no le iba a ver, nunca más, a la chifladura, en los oscuros de la hacienda. Aquel mi estimado Patrón, con su trato de triste excelencia —*Don Juan-de-Bárrios-Diniz-Robertes.* Ahora pudiendo irse para siempre de aquí, con derecho a su total sosiego. Di un sollozo corto. Tarantón —entonces... Tarantón... ¡Aquello sí era!

21

LAS CIMAS

El inverso alejamiento

Otra era la vez. Así, que de nuevo el Niño viajaba para el lugar donde los miles de personas hacían la gran Ciudad. Venía, sin embargo, solo con el Tío, y era una ardua partida. Había entrado aturdido al avión, al azar tropiezo, lo envolvía desde adentro un ahogo como cansancio; fingía apenas que sonreía, cuando le hablaban. Sabía que la Madre estaba enferma. Por eso lo mandaban para fuera, seguramente por muchos días, seguramente porque era preciso. Por eso quisieron que trajera los juguetes, aun la Tía, entregándole en manos el preferido, que era el de dar suerte: un muñequito macaquito, de pantalones grises y sombrero rojo, alta pluma. Del cual, el previo lugar, era la mesita de su cuarto. Si pudiera moverse y vivir como la gente, habría de ser el más impagable y artero de este mundo. El Niño cobrara mayor miedo, a medida que los otros se mostraban más bondadosos con él. Si el Tío, bromeando, lo animaba a mirar de la ventanilla o elegir revistas, sabía que el Tío no estaba del todo sincero. Otros sustos llevaba. Si encarase pensamiento en el recuerdo de la Madre, iría a llorar. La Madre y el sufrimiento no cabían de una vez en el espacio de un instante, formaban revés —de lo horrible, de lo imposible. Ni podía entender bien eso, todo se transtornaba entonces en su cabecita. Era así: ¿alguna cosa, más grande que todas, podía, iba a acontecer?

Ni valdría mirar, corriendo en direcciones contra-

rias, las nubes superpuestas, de muy lejos ir. ¿También, todos, hasta el piloto, no eran tristes, en sus modales, sólo de mentira en lo moral alegres? El Tío, con una corbata verde, en ella estaba limpiando los anteojos; ciertamente, no se habría puesto la corbata tan bonita, si a la Madre amenazase el peligro. Mas el Niño concebía remordimiento, el de tener en el bolsillo el muñequito macaquito, gracioso y sin cambiar, sólo de juguete, y con la alta pluma en el sombrerito encarnado. ¿Debía tirarlo? No, el macaquito de pantalones pardos también era menudo compañero, de no merecer malos tratos. Desprendió solamente el sombrerito con la pluma, éste, sí, lo tiró, ahora no había más. Y el Niño estaba muy dentro de él mismo, en algún rinconcito de sí. Estaba muy para atrás. Él, el pobrecito sentado.

Lo mucho que quería dormir. Uno debía poder cesar de estar tan despierto, cuando necesitase, y adormecerse seguro, salvo. Pero, no podía. Tenía que tornar a abrir demasiado los ojos, a las nubes que ensayan esculturas efímeras. El Tío miraba el reloj. Entonces, ¿cuándo llegaban? Todo era, por todo el tiempo, más o menos igual, estas cosas u otras. La gente, no. ¿La vida no paraba nunca, para uno poder vivir exacto, concertado? Hasta el macaquito sin sombrero iría a conocer del mismo modo el tamaño de aquellos árboles de la floresta pegados al patio de la casa. El pobre macaquito, tan pequeño, solito, tan sin madre; lo tocaba en el bolsillo, parecía que el macaquito agradecía, y, allá dentro, en lo oscuro, lloraba.

Pero, la Madre, era sólo la alegría de momentos. Si supiese que un día la Madre tendría que enfermarse, entonces habría quedado siempre junto a ella, mirando hacia ella, con fuerza, sabiendo bien que estaba y que miraba con tanta fuerza, ah. No habría jugado, nunca, ni otra cosa alguna, sino quedar cerca,

de no separarse ni para un aliento, sin necesitar que aconteciera nada. Del modo de ahora, en el corazón del pensamiento. Cómo sentía: con ella, más que si estuviésen juntos, justo, de verdad.

El avión no cesaba de atravesar la claridad enorme, él volaba el vuelo —que parecía estar parado. Pero en el aire pasaban peces negros, seguramente más allá de aquellas nubes: lomos y garras. El Niño sufría sofrenado. El avión entonces estaría parado volando —y volviendo para tras, más, y él junto a la Madre del modo que ni había sabido, antes, que el así era posible.

Aparición del pájaro

En la casa, que no había mudado, entre y adelante de los árboles, todos comenzaron a tratarlo con calidad de cuidado. Decían que era pena que no hubiese allí otros niños. Sí, daría a ellos los juguetes; no quería jugar, nunca más. Mientras uno jugaba, descuidado, las cosas malas ya estaban armando el ensañamiento a acontecer: ellas lo esperaban a uno tras las puertas.

También no daba ganas de salir en *jeep*, con el Tío, si para el polvo, la gente y tierra. Se agarraba fuerte, cerrados los ojos; el Tío dijo que él no debía agarrarse con tan tiesa fuerza, sino dejar el cuerpo en el ir y venir de los traqueteos del carro. Si también se enfermase, grave, tal vez —¿cómo iba a quedar, más lejos de la Madre, o más cerca? Él mordió su corazón. Ni quiso hablar con el macaquito muñequito. El día, sólo servía para hacerse el esparcimiento en el cansancio.

Así mismo, en la noche, no empezaba a dormir. El aire de aquel lugar era friíto, más fino. Acostado, el Niño se sentía sobrecogido, el corazón daba muchos

golpes. La Madre, esto es... Y no podía dormir en seguida, y por la dicha causa. Lo callado, lo oscuro, la casa, la noche —todo caminaba despacio, para el otro día. Aunque uno quisiera, nada podía parar, ni volverse atrás, para lo que ya se sabía, y de lo que se gustaba. Él estaba solito en el cuarto. Pero el muñequito macaquito no era ya para la mesa de cabecera: era el camarada, en el cojín, de barriguita hacia arriba, piernas extendidas. El cuarto del Tío estaba al lado, la pared fina, de madera. El Tío roncaba. El macaquito, casi también, hecho un muy viejo niño. ¿Se estaría hurtando alguna cosa de la noche?

Y, venido el otro día, en el no-estar-dormido y no-estar-aún-despierto, el Niño recibía una claridad de juicio —como un soplo— dulce, suelta. Casi como asistir a las certezas recordadas por otro; era como una especie de cine de desconocidos pensamientos; como si él estuviese pudiendo copiar en el espíritu ideas de gente muy grande. Tanto que, por ahí, desaparecían deshilachadas.

Mas, en aquel rayar, él sabía y hablaba: que uno nunca podía apreciar, bien, de veras, las cosas bonitas o buenas, que acontecían. A veces, porque sobrevenían de prisa e inesperadamente, sin estar uno preparado. O esperadas, y entonces no tenían gusto de tan buenas, eran sólo una imitación grosera. O porque las otras cosas, las malas, proseguían también, de un lado y de otro, y no dejaban lugar limpio. O porque faltaban aún otras cosas, acontecidas, en distintas ocasiones, pero que carecían de formar junto con aquéllas, para lo completo. O porque, justo, mientras estaban aconteciendo, uno sabía que ellas ya estaban caminando, para acabarse, roídas por las horas, deshechas... El Niño no podía quedar más en la cama. Estaba ya levantado y vestido, agarraba el macaquito y lo metía en el bolsillo, tenía hambre.

El alpende era un corredor, entre el terrenito más la floresta y el extendido otro lado —aquel oscuro campo, bajo hendeduras, neblinas, hecho un hielo, y las perlitas del rocío: que iba hasta el fin de la vista, a la línea del cielo de este, en la extremidad del horizonte. El sol todavía no había venido. Sólo la claridad. Las cimas de los árboles se doraban. Los altos árboles después del terreno, aún más verdes, por lo que el rocío había lavado. Entremañana —y de todo un perfume, y pajaritos piando. De la cocina, traían café.

Y —«*¡Pst!*» —se apuntó. A uno de los árboles, había llegado un tucán, en blando aleteo horizontal. ¡Tan cerca! El alto azul, de las frondas, el alumbrado amarillo alrededor y los tantos dulces rojos del pájaro —después de su vuelo. Sería de verse: grande, de adornos, el pico semejándose a flor de orquídea. Saltaba de rama en rama, comía del árbol cargado. Toda la luz era de él, que la esparcía de sus coloridos, en momentos saltando en medio del aire, extravagante, suspendido, esplendentemente. En el tope del árbol, en las frutitas, tuco, tuco... y ahí, limpiaba el pico en el gajo. Y, de ojos arregazados, el Niño, sin siquiera poder asegurar para sí el embevecido instante, sólo en los silencios de un-dos-tres. En el nadie hablar. Hasta el Tío. El Tío, también estaba de dar gusto por aquello: limpiaba los anteojos. El tucán paraba, oyendo otros pájaros —quién sabe si sus pichones— de la banda de la mata. El gran pico hacia arriba, soltaba, por su vez, a las una o dos, aquel grito medio herrumbroso de los tucanes: —«*¡Crrée!*»... El Niño estaba en los comienzos del llorar. Mientras tanto cantaban los gallos. El Niño se acordaba sin recuerdo alguno. Mojó todas las pestañas.

Y el tucán, el vuelo, recto, lento —cómo se fue volando, *¡xo, xo!*— mirable, pairantes colores, en el garrido ir; hizo sueño. Pero uno ni podía enfriar de

ver. Ya para el otro inmenso lado le indicaban. De allá, el sol iba a salir, en la región de la estrella del alba. La orilla del campo, oscura como un muro bajo, se rompía, en un punto, dorado rombo de bordes astillados. Por allí se balanceó hacia arriba suave, a los ligeros despacitos, el medio sol, el disco, el liso, el sol, la luz por toda parte. Ahora era la bola de oro a equilibrarse en el azul de un hilo. El Tío miraba el reloj. Tanto tiempo de eso, y el Niño ni siquiera exclamaba. Apañaba con la mirada cada sílaba del horizonte.

Pero no había podido combinar con el vertiginoso instante la presencia del recuerdo de la Madre —sana, ah, sin ninguna enfermedad, conforme sólo en alegría ahí tendría ella que estar. Y ni la rapidez de la idea de sacar del bolsillo el compañero muñequito macaquito, para que él lo viese también: el tucán —el señorcito rojo, batiendo manos, al frente el pico empinado. Pero como si, a cada parte y pedacito de su vuelo, él quedase parado, en el trechito e imposible del punto, ni en el aire —por ahora, sin fin y siempre.

El trabajo del pájaro

Así, el Niño, durante el día, en la tristeza, luchaba con lo que no quería en sí. No soportaba atender, en crudo, a las cosas, como son y como siempre van quedando: más pesadas, más cosas —cuando miradas sin precauciones. Temía pedir noticias; ¿temía la Madre en el malo espejismo de la enfermedad? Aunque se opusiese, no podía pensar para atrás. Si quería atinar con la Madre enferma, mal, no conseguía ligar el pensamiento, todo en la cabeza se le daba en un borrón. La Madre de uno era la Madre de uno y sólo; nada más.

Pero esperaba; por lo bello. Había el tucán —sin

tacha— en vuelo y poso y vuelo. De nuevo, de mañana, enderezando sólo a aquel árbol de ramaje alto, de especie llamada justo tucanera. Y dándose el rayar del día, su aliento dorado. Cada madrugada, a la horita, el tucán, gentil, rumoroso... *llego-llego-llego*... —en vuelo directo, quedo, a ras, trazado en el aire, como un barquito rojo sacudiendo despacio las velas, halado; tan cierto en la plana como si fuese patito deslizándose hacia adelante, por sobre la luz de agua dorada.

Después del encanto, se entraba en el vulgar entero del día. El de los otros, no de uno. Los traqueteos del *jeep* formaban el acontecer más seguido. La Madre siempre había recomendado cuidado con las ropitas; pero la tierra aquí estaba a desafiar. Ah, el muñequito macaquito, aún siempre en el bolsillo, se ensuciaba más de sudor y polvo. Los mil y mil hombres hartos trabajaban haciendo la gran ciudad.

Mas el tucán, sin falta, tenía su constancia de sobrevenir, todos allí lo conocían, en el pintar de la aurora. Hacía más de mes que eso había comenzado. Primero, apareció por allá una bandada de unos treinta de ellos, voceadores, pero siendo de día, entre diez y once horas. Sólo aquél había quedado, sin embargo, para cada amanecer. Con los ojos tardos, tontos de sueño, el muñequito macaquito en el bolsillo, el Niño apresuradamente se levantaba y bajaba al alpende, animoso de amar.

El Tío le hablaba con excesos de agrado, sin la habilidad propia. Salían —sobre el tener que hacer las cosas. El polvo tapaba todo. El muñequito macaquito, un día debía de poder ganar otro sombrerito, de alta pluma; pero verde, del color de la corbata, tan sobresaliente, la que el Tío, de camisa, no llevaba ahora. El Niño, a cada instante, era como si fuese sólo una cierta parte de él mismo, empujando hacia adelante, sin querer. El *jeep* corría por estradas de no pa-

rar, siempre nuevas. Pero el Niño, en su más fuerte corazón, declaraba, sólo: que la Madre tenía que reponerse bien, ¡tenía que quedar salva!

Esperaba al tucán, que llegaba, justo, a tiempo en punto, a las seis y veinte de la mañana: quedaba enarbolado en la fronda de la tucanera, birlando las frutas, sólo los diez minutos, comidos y resaltados. De ahí, partía, siempre en aquel otro rumbo, antes del goteado medio instante en que el sol arrebolaba redondo del suelo; porque el sol estaba a las seis y media. El Tío medía todo en el reloj.

De día no retornaba allá. De donde venía y donde moraba —si de las sombras de la mata, ¿las impenetrables? Nadie sabía sus costumbres verdaderas, ni los ciertos horarios: los demás lugares, donde iría encontrar de comer y beber, sobre los puntos aislados. Pero el Niño pensaba que debía acontecer así mismo —que nadie supiese. Él venía de lo diferente, sólo donde. El día: el pájaro.

Entretanto, el Tío, recibido un telegrama no podía dejar de mostrar la cara aprensiva —el envejecimiento de la esperanza. Pero, entonces, fuera lo que fuese, el Niño, callado consigo, temoso de sólo amor, precisaba repetirse: ¡que la Madre estaba sana y bien, la Madre estaba salva!

De repente, oyó que, para consolarlo, combinaban un modo de agarrar el tucán: con trampa, pedrada en el pico, tiro de espingardita en el ala. ¡No y no! —se enojó afligido. Lo que cuidaba, lo que quería, no podía ser aquel tucán apresado. Sino la fina primera luz de la mañana, con dentro de ella, el vuelo exacto.

El hiato —lo que él ya era capaz de entender, con el corazón. Al otro día siguiente. Ahí, cuando el pájaro, su rayar, cada vez, era un juguete gratis. Así como el sol: de aquella partecita oscura en el horizonte, luego fracturada en fulgor y como la cáscara de un

huevo —al término de la oscura y allanada inmensidad del campo, por donde la mirada avanzaba como en el extender el brazo.

El Tío, entretanto, frente a él, paró sin la cualquier palabra. El Niño no quiso entender ningún peligro. Dentro de lo que era, dijo y redijo: ¡que la Madre nunca había estado enferma, había nacido siempre sana y salva! El vuelo del pájaro lo habitaba más. El muñequito macaquito casi se había caído y perdido: ya estaba con la carita picuda y medio cuerpo salidos del bolsillo, ¡chismoso! El Niño no lo había regañado. El retorno del pájaro era emoción enviada, impresión sensible, un desbordamiento del corazón. El Niño lo guardaba, en el revolar, de memoria, en feliz vuelo, en el aire sonoro, hasta la tarde. De lo que podía servirse para consolarse, y desdolorirse, con escapar del apretón de siempre —de aquellos días cuadriculados.

Al cuarto día llegó un telegrama. El Tío sonrió, fuertísimo. La Madre estaba bien, ¡sana! En el siguiente —después del último sol del tucán— volverían a casa.

El desmedido momento

Y, poco después, el Niño espiaba, de la ventanilla, las nubes de blanco desengarzamiento, el veloz nada. Entretanto, se retrasaba en una saudade, fiel a las cosas de allá. Del tucán y del amanecer, mas también de todo, en aquellos días tan malos: la casa, la floresta, la gente, el *jeep*, el polvo, las jadeantes noches —lo que se afinaba, ahora, en el casi azul de su imaginar. La vida, de veras, nunca paraba. El Tío, con otra corbata, que no era la tan bonita, con prisa de llegar miraba el reloj. Medio pensaba el Niño, ya casi en la frontera soporosa. Súbita seriedad le hacía la carita más larga.

Y, casi en un salto se apenó: ¡el muñequito maca-

quito no estaba más en su bolsillo! ¡No era que había perdido el macaquito compañero!... ¿Cómo había sido posible aquello? En seguida se le saltaban las lágrimas.

Pero, entonces, el joven ayudante del piloto vino a traerle, de consuelo, una cosa: —«*Mira, qué fue lo que encontré para ti*» —y era, desarrugado, el sombrerito rojo, de alta pluma, que él, otro día, tanto había tirado.

El Niño no pudo atormentarse más con llorar. Sólo el rumor y el estar en el avión lo molestaban. Sostuvo el sombrerito solito, lo alisó, lo puso en el bolsillo. No, el compañerito macaquito no estaba perdido, en el sinfondo oscuro del mundo, ni nunca. Cierto, él sólo allá paseaba, venturo y veniente, en la otra-parte, a donde las personas y las cosas siempre iban y volvían. El Niño sonrió de lo que sonrió, conforme de repente se sentía: para fuera del caos preinicial, como el desenglobarse de una nebulosa.

Y era el inolvidable de repente, de que podía traspasarse, y la calma, incluso. Duró un casi nada, como se deshace la paja, y, por lo común, en uno no cabe: paisaje y todo, fuera de los marcos.

Como si él estuviese con la Madre, sana, salva, sonriente, y todos, y el macaquito con una bonita corbata verde —en el alpende del terrenito de los altos árboles... y en el *jeep* a los buenos traqueteos... y en toda la parte... en el mismo instante sólo... el primer punto del día... de donde asistían, en tiempo-sobre-tiempo, al sol en el renacer y al vuelo, todavía más vivo, entonante y existente —parado que no se terminaba— del tucán, que viene a comer frutitas en la dorada fronda, en los altos valles de la aurora, allí junto a la casa. Sólo aquello. Sólo todo.

—«*¡Llegamos, finalmente!*» —el Tío dijo.

—«*Ah, no. Todavía no...*» —respondió el Niño.

Sonreía cerrado: sonrisas y enigmas, suyos. Y venía la vida.

PALABRAS NO TRADUCIDAS EN EL TEXTO

buriti (burití)	Especie de palmera (Mauritia Vinifera). (Cuento 1.)
sertanejo	Hombre del «sertão», región más alejada de los terrenos cultivados; monte o floresta lejos de la costa. (Cuento 2.)
urucuiano, a	De la región del Río Urucuia, en el Estado de Minas Gerais. (Cuentos 2 y 4.)
vinhático (viñático)	Árbol leguminosa de Azores y Brasil (Pletymenia Reticulata). Su madera es empleada en la fabricación de muebles y toneles. (Cuento 6.)
gameleira	Árbol de la familia de las Moráceas, del género Ficus. (Cuento 6.)
senzala	Grupo de casas o alojamiento destinado a los esclavos. (Cuento 12.)
sambaíba	Planta morácea. (Cuento 12.)
parecis (parecís)	Indígenas brasileños del Estado de Mato Grosso. (Cuento 18.)
nhambiquaras (ñambicuaras)	Indígenas brasileños del Estado de Mato Grosso. (Cuento 18.)

ÍNDICE

Prólogo 7

1. — Las márgenes de la alegría 21
2. — Famigerado 29
3. — Soroco, su madre, su hija 37
4. — La niña de allá 45
5. — Los hermanos Dagobé 53
6. — La tercera orilla del río 61
7. — Birlibirlopsiquicia 71
8. — Ninguno, ninguna 85
9. — Fatalidad 97
10. — Secuencia 105
11. — El espejo 113
12. — Nada y nuestra condición 125
13. — El caballo que bebía cerveza 139
14. — Un joven muy blanco 149
15. — Lunas de miel 159
16. — La partida del audaz navegante . . . 171
17. — La bienhechora 183
18. — Barahunda 197
19. — Substancia 217
20. — Tarantón, mi patrón... 227
21. — Las cimas 241

Terminóse de imprimir
en enero de 1969
en los talleres de
GRÁFICAS DIAMANTE,
Zamora, 83, Barcelona